

A romantic couple is shown in a close embrace, with the man lifting the woman. They are standing on a paved area in London, with the Houses of Parliament and Big Ben visible in the background under a sunset sky. The man is wearing a dark suit, and the woman is wearing a light-colored coat and dark boots. The overall mood is romantic and nostalgic.

*Nunca es*  
**TARDE**  
*para comenzar*  
**DE CERO**

*Jenny Del*

*Nunca es*  
TARDE  
*para comenzar*  
DE CERO

Nunca es tarde para comenzar de cero.

©Jenny Del

Primera edición. Agosto 2020.

© Imagen portada: Freepik Premium.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Epílogo](#)

## Capítulo 1

Debían quedarnos unos veinte minutos para aterrizar en Londres, en el aeropuerto de Luton. Los aviones siempre me han dado un poco de yuyu, sobre todo en el momento justo en que las ruedas dejan ya el asfalto y ese bicharraco se levanta mostrando su tripa hacia el cielo.

Reconozco que la adrenalina corre por mis venas después de que el comandante recibe el permiso para despegar y le mete caña a aquello, corriendo como un loco por la pista hasta alzar el vuelo.

En esos escasos minutos en que los motores empiezan a rugir con fuerza y el avión la va recorriendo a una velocidad de infarto, se ve cómo los árboles, avionetas y edificios cercanos van quedando atrás. Es como si fuesen todas esas cosas las que corren en sentido contrario a nosotros y no a la inversa.

Distinto es, como decía, el instante preciso en que levantamos el vuelo. En ese momento todo da un cambio radical. Es una extraña sensación. La velocidad deja de notarse de un segundo a otro, todo se ralentiza, ya no estamos en tierra firme sino comenzando a surcar los cielos.

Ahí es cuando mi emoción se va al traste y me entra una especie de pánico que no sé bien cómo describir. Necesito seguir sintiendo la misma velocidad para asegurarme de que todo marcha por su cauce natural, que el avión no se va a caer de golpe...

¿Será que le temo demasiado a cualquier cambio? Lo cierto es que, minutos más tarde, una vez que ya hemos cogido la velocidad de vuelo y nos encontramos a bastante altura, ese pánico desaparece también. Es como que una se ha acostumbrado ya a la nueva situación.

Y eso es lo que hay, le guste o no. Esa quietud dentro del avión mientras pueden observarse por la ventanilla las nubes, campos y mares vistos desde arriba y en forma de manchas blancas, verdes y azules, forma parte del trayecto desde el punto de salida hasta el de destino.

Montada en aquel pájaro gigantesco que nos llevaría a Eva y a mí a la capital del Reino Unido, no podía evitar el comparar aquellas fases con la vida misma.

La vida también tiene sus etapas... ¡y qué distintas entre sí, madre mía! Tan pronto marcha el día a día sobre ruedas como que de repente, en un segundo, te cambia todo.

Cuando menos lo esperas, te despiden del trabajo, te quedas embarazada o se muere de golpe un familiar o amigo que estaba sano como una pera, debido a un infarto o un accidente.

Eso por poner algún ejemplo de tantos, lógicamente, porque son muchas las circunstancias que pueden hacer que la rutina dé un giro de ciento ochenta grados. Para mal o para bien.

En mi caso, no es que fuera un asunto muy gordo, ya que lo que me había ocurrido era que me había llevado un desengaño sentimental. Uno, no, dos. Y yo ya tenía algún que otro planecillo a corto plazo.

Aunque fuesen poca cosa, esos planes también desaparecieron en un pis pas como por embrujo con la huida de Mario, aquel hombre que supo engatusarme con mucha zalamería al principio con sus halagos constantes, como que yo era la mujer más especial que había conocido en su vida.

Tonta de mí que me lo creía todo... Traté de impedir que su recuerdo se montase conmigo y con Eva en aquel avión, pues se trataba básicamente de poner tierra de por medio para olvidarme de que Mario existía siquiera. Fue un viaje totalmente improvisado, como quien dice.

Estaba dispuesta a pasarme en aquella glamurosa ciudad una semana por todo lo alto con mi

súper amiga... y que saliese el sol por Antequera. Lo de ese individuo me había afectado bastante psicológicamente y necesitaba resetear mi mente a costa de lo que fuese.

¿Qué mejor que con ella, que estaba como una cabra y era la alegría de la huerta? La infancia y la adolescencia de mi amiga no habían sido fáciles junto a una madre un poco tocada del ala y que prácticamente la había abandonado a ella y al hermano después de enviudar para irse con otro fulano que también dejaba bastante que desear.

No obstante, mi Eva había nacido ya con un carácter alegre y positivo que nada ni nada había conseguido variar en lo más mínimo. Tuvo su época chungueta como quien más y quien menos, pero sacó fuerzas para echárselo todo siempre a las espaldas. Era un encanto de mujer.

Siempre que me veía lánguida por lo que fuese, tiraba de mí para animarme y me hacía ver el lado bueno del asunto que me trajese de cabeza. En un momento dado, cuando faltaba medio telediario para comenzar el aterrizaje, me vio cabizbaja.

—¿Qué te pasa, Carola? —me preguntó.

—Nada, tranquila —le contesté, a sabiendas de que no se lo iba a tragar de ninguna forma.

—¿Nada? Nada bueno, dirás. Mira que te conozco como si te hubiera parido, guapa...

—Tranquila, estoy bien, mosqui.

Ese era el apodo que le había puesto hacía ya años. Suena raro, lo sé, pero aquello venía por lo de la mosca cojonera. Y no es que Evita fuese una petarda para mí, todo lo contrario.

El llamarla así en plan cariñoso venía porque éramos uña y carne. Como dos almas gemelas inseparables. Siempre estaba pendiente de mí tanto en las duras como en las maduras.

Yo representaba lo mismo para ella. Nos habíamos conocido diez años atrás, cuando las dos teníamos dieciocho y ella ya se encontraba embarazada de tres meses de Nerea, su única hija. La futura mami estaba aterrorizada por todo lo que aquello conllevaba.

Por un lado, el padre de la criatura era un capullo integral que no parecía tener mucho interés en el asunto, o sea, no es que se quitase de en medio al dejarla en estado, pero se veía venir desde lejos que eso sería lo que terminaría ocurriendo. Y al final los peores presagios se cumplieron y la dejó tirada como una colilla.

Al saber que la niña venía en camino, Eloy se puso muy bien puesto con mi amiga y le propuso que se fuesen a vivir juntos. Ella estaba enamoradísima de él y le faltó el tiempo para correr a buscar piso de alquiler en el barrio madrileño en que las dos vivíamos.

El embarazo no comenzó a notársele hasta los siete meses, algo poco normal, pero Eva siempre ha sido una chica muy delgadita y daba la sensación de que iba a dar a luz un folio en lugar de un bebé.

De hecho, a los cuatro días de nacer Nerea, la orgullosa mamá salió del hospital de la Paz con la criatura envuelta en una toquilla y luciendo un vientre tan plano bajo los vaqueros que ya hubiera querido yo para mí alguna vez en mi vida.

Increíble el tema. El caso es que compartieron aquel apartamento durante el primer año de la niña, pero a partir de que esta comenzara a dar sus primeros pasitos, la relación comenzó a cambiar entre ellos. Eloy tan solo tenía veintidós años y el asunto de la paternidad empezó a venirle grande.

Entre otras cosas, echaba de menos las juergas con sus amigos, pero claro... Eva eso no lo veía ni medio bien. A mí tampoco me hubiera hecho gracia que el padre de mi hija me planteara el coger la noche por punta con los colegas mientras yo me quedaba dándole biberones a la pequeña y cambiándole los dodotis.

Bueno, ni a mí ni a nadie, me imagino. Aquel listillo se agarró un día a que se casaba un

coleguita y que le había invitado a la despedida de soltero. Esa noche, mi amiga claudicó y, aunque se quedó de morros, no armó ningún numerito.

Los numeritos fueron apareciendo a medida que él encontraba excusas para escaquearse sin ella cada dos por tres. Llegó un día en que Eva no pudo más y reventó. Antes de dar ningún paso, me pidió mi opinión.

—No sé qué hacer, Carola —me dijo con ojos llorosos mientras tomábamos un café—. Tú sabes que le quiero, pero estoy empezando a pensar que él ni me quiere a mí ni a su hija tampoco.

—Te entiendo, cariño. Y te digo una cosa, yo pensaría igual que tú en esa situación. ¡Ya es hora de que madure, joder!

—Tú lo has dicho, pero al revés, este va para atrás. El problema es...

—Lo sé, hija, que ahora dependes absolutamente de él.

Di en el centro de la diana y ahí fue cuando mi mosqui rompió a llorar como la Magdalena. Lo tenía crudo. A su corta edad, mi amiga era ya una experta esteticista.

Hasta quedarse embarazada de la cría, se había estado ganando la vida en un salón de belleza de postín, situado en uno de los centros comerciales más lujosos de Madrid. Había entrado en él mucho tiempo atrás como aprendiz y allí se había perfeccionado.

Al parecer, la jefa era una persona muy considerada y además la miraba bien por su valía, de modo que, cuando se enteró de lo que había, le dijo que no pasaba nada, que siguiese trabajando hasta que la barriga se lo permitiera.

Que cuando se encontrase ya muy cansada, harían cuentas y para casita. Así fue. Eva estuvo al pie del cañón como una jabata hasta casi los ocho meses, momento en que dijo que ya era hora de dejar su puesto.

Arreglaron aquello como que era su jefa quien había decidido prescindir de sus servicios por equis motivos, para que Eva pudiese acogerse a la ayuda del paro. Lo malo es que el paro también se le acabó poco antes de que empezaran a aparecer los problemas entre ella y su pareja.

Con las cosas así, él le dijo que se estuviese tranquila y que se dedicara exclusivamente a los cuidados de la niña, ya que con su sueldo de encargado en un concesionario de la Peugeot saldrían sin estrecheces para adelante.

Hasta ahí todo bien, pero el hecho de que se separasen cambiaba todo por completo. Las guarderías costaban un buen pico y solo le cubrirían parcialmente los horarios de un nuevo trabajo, el alquiler también tenía lo suyo...

En resumen, que las cuentas no le salían, aunque él le pasase lo que fuera para la manutención. Eva lo tendría bastante complicado para criar a Nerea sola, puesto que la poca familia que le quedaba no le iba a servir de mucho.

Pero algo tenía que hacer, y al final, contra su voluntad, aterrizó con aquella renacuajilla bajo el brazo en casa de su tía Mercedes, una mujer ya de cierta de edad, solterona y bastante amargada. Para colmo, la cabeza ya empezaba a fallarle.

Allí, bajo su mismo techo, tuvo que apañarse una temporada como pudo. No tenía posibilidad alguna de volver a su antiguo puesto laboral porque su jefa ya contaba para entonces con otra chica bastante competente de la que no quiso desprenderse.

## Capítulo 2

Qué cierto es que el tiempo todo lo pone en su sitio. Las vueltas que dimos Eva y yo por los madriles entregando currículums en mano para nosotras se quedaron. Yo la llevaba en coche siempre que podía. Me daba una pena tremenda de su situación.

Tuvo que descartar un par de ofertas de trabajo que le salieron porque no le interesaron en absoluto las condiciones por diversos motivos. La tía le había ofrecido techo y, como la muchacha estaba sin un duro, le compraba todo lo que le hiciera falta a la niña.

Así andaba a esas alturas, puesto que su querido papaito también se quedó sin trabajo de un día para otro por apropiarse de un dinero de la empresa que no le correspondía y acabó desapareciendo del mapa, desprendiéndose de sus obligaciones por todo el careto.

Aunque a la pequeñaja no le faltase de nada, mi amiga andaba por la vida con la ropa que llevaba puesta encima nada más. No tenía ni para tomarse una caña. Por fortuna, acabó encontrando un nuevo empleo en otro salón de belleza en Valdemoros, un pueblo al sur de la capital.

Por supuesto, era un lugar mucho más modesto que el anterior. Lo mismo pasaba con el sueldo, pero parece ser que ella ya había sopesado los pros y los contras de tirar a diario hasta allí.

—Mosqui, ¿tú te lo has pensado bien? —le pregunté la mañana en que me dio la noticia—. Piensa que vas a depender a todas horas de los trenes para ir y venir.

—Lo sé, Carola, pero eso me da igual. Total, para ir al otro sitio también tenía que moverme en metro haciendo trasbordos entre líneas. Al final se me va a ir el mismo tiempo en llegar y en volver. Pero aquí saldré dos horas antes entre semana y los sábados solo curraré hasta mediodía.

—Bueno, si tú ves que te compensa...

—Me compensa —me respondió—. No voy a cobrar lo mismo que antes, eso es verdad, pero ya lo tengo todo pensado y arreglado. Mi hermano Claudio se hará cargo de Nerea desde que salga de la guardería hasta que yo llegue. Serán nada más que un par de horas al día.

—Sí, chochona, ¿y los sábados qué?

—Pues verás...había pensado en que tú y Julia me echarais una manita si pudiera ser...

La manita estaba muy clara antes de que ella soltara por la boca su idea; Nerea se quedaría conmigo un sábado y al siguiente se haría cargo de ella Julia, una buena amiga que teníamos en común. ¿Cómo decirle que no?

Entre las dos, tendríamos que echarle un capote para que levantase cabeza y por mi parte estaba dispuesta. Por lo visto, la otra también lo estaba, y es que Eva ya se lo había comentado a aquella antes que a mí y estaba de acuerdo en ayudarle en lo que le hiciera falta.

Sería algo temporal hasta ver cómo se desenvolvía allí en Valdemoro, me dijo, pensando que tal vez más adelante las cosas podrían cambiar y pudiera permitirse pagar a una canguro fija para las mañanas de los sábados.

Vaya si le cambió la cosa. Para bien, por supuesto. No llevaría ni dos meses currando en aquel nuevo sitio cuando empezó a tontear con Abel, un peluquero de Ubrique guapísimo, que trabajaba allí también y que ya había puesto sus ojos en ella el mismo día en que la vio aparecer por el local para la entrevista.

Los dos se lo tomaron en serio, y él, que era un buenazo, al saber en las condiciones que vivía

Eva, no tardó en proponerle la convivencia. En aquel caso la cosa fue distinta porque ya no hubo que buscar ningún alquiler.

A pesar de tener tan solo veintiséis años, Abel ya era un chico independiente que vivía en un adosado muy mono en el mismo pueblo, a poca distancia del salón de belleza en que a ambos el destino había colocado frente a frente.

Por tanto, le dijo que estaba tardando en coger los bártulos y a la pequeña Nerea, que para entonces ya tenía como un añito y medio y era una criaturita encantadora en todos los sentidos. Buena y bonita como he visto a pocas.

Y no, Eva no perdió ni un minuto. Cambió volando a la niña de guardería y allá que se fueron las dos para Valdemoro a emprender una nueva aventura al lado de Abel. Hay que decir que se organizaron muy bien desde el primer día en que comenzaron a vivir juntos.

Los dos trabajaban a destajo y eran dos profesionales como la copa de un pino, de manera que cuatro años después consiguieron abrir su propio negocio de peluquería y estética, algo que ambos por separado habían soñado desde siempre.

Eso sí, arramplaron con parte de la clientela que había pasado por sus manos hasta aquel momento en el trabajo primitivo. No es que arramplaran, pues nadie en esta vida obliga a nadie a hacer nada.

Simple y llanamente, la gente estaba muy a gusto con el trabajo de ellos y decidieron acudir al nuevo local para que aquellos dos les siguiesen atendiendo. La vida es así.

Al tiempo, como el negocio prosperaba, contrataron a un par de mujeres que les sacasen el trabajo que se les estaba acumulando. Eso les permitía hacerse una escapadita de puentes de vez en cuando y tomarse algunos días de vacaciones en Navidades, verano y demás.

Pero lo bueno es que mi amistad con Eva nunca se vio empañada por su vida en pareja, nada de eso. Diré más, incluso ella y yo nos habíamos hecho varios viajecillos a solas con el visto bueno de Abel, que era, aparte de guapo, un cachito de pan.

La primera vez que Eva me llamó por teléfono para proponerme un fin de semana las dos solitas en Sierra Nevada, me resultó un tanto extraño, pero ese sería el primero de una tanda a lo largo del tiempo.

—¿Irnos tú y yo solas a Granada? —le pregunté asombrada—. Chiquilla, tú estás loca... ¿no se lo tomará a mal Abel?

—Te equivocas de cabo a rabo, señorita Carolina. —me respondió—. Ha sido él quien me lo ha ofrecido. Nos hemos tirado una rachita en el curro con las Navidades que no veas, no dábamos abasto entre los cuatro. Entre los deberes del cole de Nerea por las tardes y unas cosas y otras he estado estresada que ni te imaginas.

—Sí, ya me supongo. ¡Si a mí me ha pasado algo parecido con la inmobiliaria! Tú sabes que con los negocios es así, lo mismo no te entra nadie por las puertas como que parece que se pone todo Cristo de acuerdo. He estado enseñando pisos hasta el mismísimo día de Nochebuena por la mañana, ¿te lo puedes creer?

—Me lo creo, me lo creo. Entonces, ¿qué me dices?, ¿cogemos las botas y los esquís y tiramos para allá?

—¡Maricón el último, mosqui! ¡Vámonos que nos vamos!

Esa era nuestra relación. Y a lo de Granada siguió otro viajecito de tres días en Marraquech y otros cuatro en la Costa Brava... Todo perfecto entre nosotras, pero un nuevo revés de la vida le sobrevino a mi amiga entre medias.

Después de hacer mil y un intentos sin éxito por quedarse embarazada de nuevo, acudieron a

los especialistas. Fue entonces cuando descubrieron el problema de infertilidad de Abel que impedía esa concepción que deseaban con todas sus fuerzas.

Se quedaron bastante plox y pasaron por una etapa muy tristonha hasta acordar una solución que solventaría el asunto de algún modo, aunque no fuese exactamente lo que sus mentes habían concebido: adoptarían a un niño chinito. O una niña, eso les daba igual.

Aunque no fuese ya un recién nacido, tampoco les importaba mucho. Pero ya se sabe lo que se demoran esos trámites...algunos años después, planificando los detalles de aquel viaje a Londres que cambiaría el rumbo de mi vida por completo, el peque de adopción seguía pendiente de llegar a sus brazos.

No obstante, mantenían intacta la ilusión y parecía que el crío estaba a pique de llegar. Y nosotras lo estábamos ya de aterrizar de un momento a otro entre los *british*.

A Eva se le daba de maravilla el habla inglesa, y es que la madre sería lo que fuera, pero desde que nacieron sus hijos tuvo bien claro que los dos deberían aprender otro idioma que les abriera puertas en el futuro.

Les tuvo siempre en academias de inglés y, cuando Eva y Claudio, sus mellizos, cumplieron catorce años, los mandó a Inglaterra un verano para que perfeccionaran la lengua, acogiéndose a un programa de esos de intercambio de estudiantes.

Yo no es que me maneje a la perfección, aunque me defiendo como puedo con las cosas más básicas, como para pedir una copa o preguntar por tal o cual calle sin problemas. Indudablemente, me entendería con los británicos mucho mejor que con Mario. De eso estaba segura...

## Capítulo 3

Rumbo a Inglaterra, todavía no había asimilado por completo la decepción que me había llevado con él. Le conocí a renglón seguido de terminar con Israel, otro que tal baila. Pero con Israel todo había sido distinto. Digamos que era un hijo de su madre, sí, pero a ese se le veía venir.

Aunque me dolió mucho el fin de fiesta y me quedé sin entender nada, no puedo culparle completamente de lo que pasó. La culpa había sido mía también por liarme con un hombre con una personalidad tan misteriosa y que podía salir por peteneras en cualquier momento.

Cualquiera que me oiga dirá que soy una imbécil, y quizás no le falte razón. Lo único que puedo decir en mi defensa es que era a su vez un ser muy carismático, capaz de hechizar con tan solo chasquear los dedos a toda mujer que se le pusiera por delante. Y claro... yo también caí rendida a sus pies pero que a base de bien.

Me sacaba veinte años, cosa que a mí, que siempre me han atraído los hombres más mayores, no me importó un pimiento. Era un tipo con muchas tablas y mucha labia, con un punto misterioso y espiritual bastante desconcertante.

Creo que eso era lo que más me llamaba la atención de él. Por cierto, durante el tiempo que duró aquello yo nunca supe la edad que tenía. Hasta para eso era rarito el menda. Me decía que qué más me daba, y realmente así era.

Supe sus años de casualidad poco antes de terminar con él como el rosario de la aurora, y es que dicen que al mejor cazador se le va la liebre y a Israel le pasó eso exactamente.

En una de tantas charlas me empezó a contar un viaje determinado que no sabía concretar bien el tiempo, tiró del año en que estábamos, los que hacía de aquello y soltó por la boca sin querer los que tenía más o menos por entonces. Solo tuve que sumar dos más dos prácticamente para acertar su edad.

Lo nuestro duró unos seis meses más o menos y no tenía ninguna solidez. No puede decirse que fuésemos pareja, simplemente quedábamos para acostarnos y sanseacabó. El resto del tiempo manteníamos contacto por wasap y por llamadas.

Era un rollete divertido, no había más, pero me tenía enganchada y ahí seguíamos. Me daba la sensación de que el tema podría ir cambiando hasta convertirse en algo “más formal”.

Siempre tenía un chiste en la boca con que hacerme reír o una buena receta que me mandaba por fotos paso a paso según la elaboraba hasta presentarla en el plato. La cocina la dominaba que daba gusto, a diferencia de mí.

Lo único que nunca le oí de sus labios fueron historias con otras mujeres. Llevaba ocho años separado de la madre de su hijo, vivía solo en un loft en Lavapiés que tenía decorado con mucho estilo y no parecía tener ganas de rehacer su vida junto a nadie.

Lo que sí tenía era un patinete para manejarse por el barrio para los recados, una autocaravana impresionante de grande y muchas ganas de tirar con ella para acá y para allá a su aire sin más compañía que su cámara de fotos.

Israel era un espíritu libre al que parecía no haber forma humana de echar el lazo. Sentimientos cero, vaya. Yo a veces le decía de broma que en lugar de corazón tenía una piedra en el pecho.

—Carol, no juzgues tan a la ligera —me dijo en una de esas ocasiones.

—Dios me libre, hijo.

—Tu problema es que eres demasiado sentimental y piensas que todo el mundo tiene que ser igual que tú. A ti es muy fácil conocerte.

—Hombre, ya. Yo es que soy como ves, desde el minuto cero hablo de mí con total naturalidad. Y al que no le guste, puerta —le respondí.

—Quizás ese sea otro de tus grandes problemas, que te descubres rápidamente a los ojos de cualquier desconocido.

—Sí, y no me importa. No tengo nada que esconderle a nadie.

Él sí que escondía. Y mucho. Aquel hombre que siempre andaba presumiendo de la habilidad de sus manos con los masajes y a la hora de poner a “cantar” la colección de cuencos tibetanos que se había traído de la India, un buen día empezó a poner una distancia entre nosotros que a mí no me cuadraba.

Me dio por pensar que tal vez estuviera conociendo a otra sin que yo me hubiera enterado y que por eso trataba de aburrirme para que fuese yo la que le mandase a la mierda. Aguanté el tipo todo lo que pude hasta que dije que ni una más, santo Tomás.

Una cosa era que se estuviera volviendo más frío que el hielo y otra bien distinta que me ninguneara como lo estaba haciendo últimamente. No tenía ningún derecho a ello, fueran cuales fueran las circunstancias que le estaban llevando a comportarse así conmigo.

Se pasaba por ahí mismo mis wasaps aunque los viese y me los contestaba al día siguiente, me cortaba las llamadas al recibirlas y me las devolvía horas más tarde cuando a él le venía en gana...en fin, me hacía feo tras feo.

Me levanté una mañana con los cascos calientes, pillé el móvil y le dije en dos largos wasap lo que no estaba en los escritos, pero los leyó y no dijo ni *mu*. Se limitó a tragarse toda la retahíla de insultos y a desaparecer.

Sí, insultos, porque le puse de lo peor, desde sinvergüenza hasta engreído, pasando por narcisista, retrasado y un sinfin de barbaries más. No suelo reaccionar así, pero aquel malnacido era tan hábil que llegó a sacarme mi peor versión. Me escamó que no me bloqueara, aunque días más tarde entendí el motivo.

Un mediodía de domingo me sonó una notificación de wasap. Cogí el móvil y me encontré con que era de él. Me quedé sorprendida, pero mayor fue la sorpresa del contenido: Feliz domingo, Carol. Quiero que te enteres por mí. La semana pasada me reencontré con una chica y hemos decidido retomar la relación. Ni que decir tiene, eso no significa que no podamos continuar con nuestra AMISTAD.

Me quedé tiesa con lo que mis ojos estaban viendo. Por una parte, entendía eso de “nuestra AMISTAD” en mayúsculas como un recochineo absoluto porque nosotros ya no éramos ni amigos ni niño muerto. A esas alturas ya no nos dirigíamos la palabra siquiera.

Por otro... ¿retomar la relación con una chica? ¡Por las barbas de Neptuno! Israel no valía para estar con nadie. Ilusa de mí, que no quería abrir los ojos para ver que ese puesto por el que yo me había mantenido firme con la esperanza de alcanzarlo tal vez algún día, se lo había ganado ya otra.

Vamos, que en esa piedra que, según yo, tenía por corazón en el pecho, sí que tenía cabida alguna fulana cuya identidad servidora desconocía. Jamás de los jamases me habló de ningún amor ahí enquistado, entre tantas y tantas historias como me contase sobre su persona y su pasado lejano y reciente.

Me dolió tela, no ya porque entendí que había sido una pérdida de tiempo, sino por su falta de transparencia, por su forma de tratarme a puntapiés en los últimos momentos antes de yo cortar

con aquello a base de ofensas con mi lengua viperina. ¡Lo cortés no quita lo valiente, hombre, venga ya!

Con haberme contado lo que estaba pasando hubiera sido suficiente y hubiese quedado como un señor, pero no... había preferido hacerlo de tan sucias maneras. ¡Menudo perro!

## Capítulo 4

Echando la vista atrás y analizando los pormenores de mi siguiente relación, me doy cuenta de las diferencias entre aquellos dos personajes que ya estaban muertos y enterrados para mí, pero que me habían dejado tan mal sabor de boca.

Nada tenía que ver la imagen que daba de entrada aquel primer hijo de Caín con la de Mario al comenzar a conocernos. Sin embargo, dice el refrán que otro vendrá que bueno te hará. Cada día tengo más claro que todos los dichos y los refranes son verdades como castillos de grandes.

Habrían pasado unos tres o cuatro días de aquel “notición” por wasap, cuando me dio por cotillear el Facebook de Israel para ver si daba con quien era aquella tipa tan importante en su vida. Y no, no saqué ninguna conclusión en medio del enjambre de comentarios cruzados entre él y sus “admiradoras”.

Israel era muy dado a subir fotos chulas que él mismo hacía con su cámara y siempre ponía algún texto para acompañarlas. Ya se sabe, frases alentadoras y tal, todo muy en plan “coach”.

Pero lo que sí me encontré es con una palabra, una sola palabra que me heló el corazón y me dejó ya completamente traspuesta: PROMETIDO. Eso ponía entre sus datos personales.

Aquello era ya la leche. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Una cosa era que anduviera muy entusiasmado con vaya usted a saber quién y otra que lo hiciera público de esa forma.

Y más teniendo en cuenta que, de sus cerca de cinco mil amistades, el noventa por ciento por lo menos eran femeninas; mariposas que revoloteaban alrededor de él a ver qué les caía, sin tener ni puñetera idea de cómo se las gastaba el guaperas ese de las fotos.

Me entraron ganas de darme un chocazo contra la pared. Serían las dos de la madrugada cuando me encontré con aquello y el poco sueño que tenía se me había espantado por completo.

Dando vueltas y más vueltas en la cama, encendí la luz de la mesilla, cogí otra vez el teléfono y abrí el face nuevamente. No me lo pensé dos veces y pulsé el botón de “aceptar”. Ahí empezó mi siguiente odisea.

Hacía por lo menos dos meses que tenía su solicitud de amistad en espera. Mario era un chico también bastante guapetón, atractivo, mejor dicho. Él quizás no tuviese claro quién era yo, pero yo sabía de sobra de quién se trataba.

Era el hermano de Andrea, una excelente persona a la que había conocido tres años atrás cuando le vendí un piso de obra nueva en una urbanización a las afueras de Madrid.

Fueron varias las ocasiones en que coincidimos desde que cayó por primera vez en la inmobiliaria en la que yo trabajaba hasta que por fin tuvo las llaves de la vivienda en sus manos.

Que si “quedamos tal día para verlo”, que si “aunque ya lo he visto, quiero repetir visita con mis padres”, que si “cuánto te tengo que traer para firmar la reserva”, que si la firma del contrato de arras, el papeleo a presentar en los bancos....

Con tantas vueltas que dimos juntas para arriba y para abajo, se fue forjando una bonita amistad en el tiempo que perdura a día de hoy. Andrea tenía un año menos que yo, una sencillez y una simpatía natural que le rebotaba por las orejas y un marido que resultó ser un auténtico hipócrita, según pude comprobar en mis propias carnes más tarde.

La chica y yo quedamos una mañana para que me enseñase su piso ya completamente decorado

y desde entonces comenzamos a quedar cada equis tiempo para tomar algo y charlar de nuestras cosas. Me encantaba su carácter. Congeniábamos a la perfección.

Un día determinado, y no sé a santo de qué porque no lo recuerdo, me habló de este hermano suyo y de los problemas familiares que tenía el chaval.

Me dijo algo así como que se llevaba a matar con la ex y que tenían un hijo con algún tema delicado de salud o similar, pero la verdad es que no le presté mucha atención al tema y no retenía los detalles sobre su persona y sus penas.

Mucho después me llegó aquella invitación de amistad que había ignorado y no me cupo la menor duda de que era ese mismo hermano por los apellidos y el físico. Había llegado la hora de hablar directamente con él. Le admití y lancé el ataque al verle conectado.

—Buenas noches, Mario. Perdóname, pero no había visto hasta ahora tu solicitud. No soy yo muy de face, la verdad —le solté la mentirijilla piadosa sin que nadie me hubiese pedido ninguna explicación.

—Buenas noches, Carolina, no te preocupes. Yo tampoco abro mucho esto que digamos —fue su respuesta.

—Eres hermano de Andrea, ¿no?

—Síiiii. ¿La conoces?

Evidentemente, ella no le había hablado de mí, con lo cual iniciamos una conversación como dos auténticos desconocidos, aunque yo le llevaba cierta ventaja al saber ya algunos detalles de él como que estaba separado y que tenía un hijo en el mundo.

Pues eso, lo típico, que si a qué te dedicas, que si qué edad tienes, que si dónde vives... Todo correcto, pero, después de casi dos horas de conversación, me dijo de sopetón algo que me dejó cortada.

—Verás, Carolina. Me gustaría contarte algo para que no haya malentendidos entre nosotros. A ver, yo no tengo pareja, ¿vale?, pero estoy conociendo a una chica y me temo que, de seguir hablando contigo, eso pueda distraerme de mis intenciones con ella.

—Tranquilo. No sabes cuánto te agradezco tu sinceridad.

Sí, la verdad es que se lo agradecía y mucho, pero también es verdad que para mis adentros ya estaba maldiciendo mi suerte. Resulta que en el momento en que me había enviado la solicitud no tenía a nadie cerca, pues de lo contrario no lo habría hecho, según él.

Por lo que me dijo, no era una persona de tontear con varias mujeres a la vez. La tonta, y de remate, había sido yo dejando escapar la oportunidad de conocerle por estar ahí pendiente del liante de Israel, pero las cosas habían surgido así.

—En serio, Carolina. Siento que me pilles en esta situación porque me pareces una mujer muy interesante de conocer, pero ni esa persona de la que te he hablado se lo merece ni mi conciencia me lo permite.

—Quédate tranquilo. Me agrada comprobar que aún hay gente que habla tan a las claras. Te repito que te lo agradezco. Y no te preocupes, que aquí no ha pasado nada. Yo no te volveré a hablar, pero si alguna vez te apetece charlar por lo que sea, aquí estaré.

—Muchas gracias por tu comprensión.

—De nada, Mario. Gracias a ti por ser tan honesto.

De ese modo finalizó nuestra primera charla. Digo primera porque no hubiera sido yo quien iniciase otra, pero su inesperada aparición en la madrugada siguiente abrió una segunda a la que siguió una tercera... y aquello ya no hubo modo de frenarlo.

Mario me decía que se encontraba muy a gusto hablando conmigo, que además de guapa era una

chica encantadora con la que se podía charlar de cualquier tema.

A mí me estaba encandilando también con esas conversaciones nocturnas inacabables. Una noche, sin yo esperarlo, me propuso quedar el viernes al atardecer para tomar una cerveza y conocernos.

Después de lo de Israel me había jurado a mí misma que no tendría más rollos con nadie. Me explico: me apetecía tener una relación con una persona normal y corriente como yo, o sea, libre, sin nada que ocultar, con gustos similares a los míos y con la que poder compartir mi vida, no solo la cama.

Si no era en esas condiciones, pasaba olímpicamente. Y de momento, había una persona ahí de por medio, aunque en nuestra primera cita entendí que entre ellos no había futuro ninguno, que estaba conociendo a la tal Lourdes pero que la chavala estaba bastante de su perfil de mujer ideal.

A la par vi claramente su entusiasmo conmigo. Mario hablaba con los ojos. Esas miradas, esa forma de observarme, de alabarme la melena, las uñas impecablemente pintadas...

Terminamos cenando en una famosa terraza del centro de Madrid con la luna por testigo. No habían llegado los postres aún, cuando le entró un mensaje de mi adversaria preguntándole que dónde coño estaba. Así tal cual.

Me lo enseñó, le dijo que andaba cenando con una chica, la otra le dijo que era un hijo de puta y a continuación apagó el móvil y se lo guardó en el bolsillo. Así de educadita y de bien hablada era la niña.

—¿Ves? Al final me ha pasado lo que me estaba temiendo —me dijo.

—¿Y puede saberse qué es exactamente lo que te temías?

—Pues que al verte y compartir este rato contigo, me gustases más de lo que ya me estabas gustando de por sí.

—¡Ah! ¿Y puedo saber ahora dónde está el problema? —le pregunté, aunque me imaginaba por dónde me iba a salir.

—A ver, Caro— ya había empezado a llamarme así por petición mía—, ¿a ti también te apetece seguirme conociendo?

En este punto, tengo que decir que soy bastante espontánea, por lo que mi respuesta no se hizo esperar y me salió sola. Creo que con ella ya firmé mi propia sentencia sobre el taburete en que estaba sentada.

Meses después, recordándola, pienso en el susto que le metí, aunque bien se encargó de disimularlo con la amplia sonrisa y el brillo extra repentino de sus ojos.

—Nada me haría tanta ilusión como convertirme en la cuñada de Andrea de esta hecha —le solté.

¡Toma ya! Ahí quedó eso. A partir de ese instante, la emoción por ambas partes subió varios niveles. Yo estaba en la gloria charlando de esto, lo otro y lo de más allá con ese hombre cuya personalidad ya iba conociendo después de tantas horas hablando por Messenger.

No es que fuese un adonis, pero no estaba físicamente mal ni de cara ni de cuerpo. De todos modos, a mí me estaba fascinando la persona que se ocultaba tras el envoltorio. Un hombre hecho a mi medida, como llegué a pensar.

Al igual que dijo Drácula en la película de Bram Stoker, yo había atravesado océanos de tiempo para encontrarle, para cruzarme con alguien así en mi vida, y no estaba dispuesta a dejarle escapar tan fácil.

No nos recogimos muy tarde porque se levantó un viento frío que a mí particularmente empezó

a incomodarme por no llevar ni una mísera chaquetilla. Además, aquello acababa de empezar y prefería dosificar un poco la ilusión del principio.

Con todo y con eso, viéndole que por educación o por ese toque de timidez suyo se iba a quedar con las ganas, antes de despedirnos en mi portal le di un beso con el que los dos nos quedamos atontados ya del todo.

Nos veríamos de nuevo al día siguiente, sábado. Estaba todavía remoloneando en la cama al amanecer cuando me sobresaltó la llamada de mi hermana Aurora.

—¡Niña! ¿Qué tal te fue anoche?

—¡Ayyyyy! Genial, tía—le contesté.

—Estaba yo pensando... ¿y si te pones cualquier cosa y nos vamos a la plaza Mayor a desayunar? ¿Te apetece?

—¡Venga, va! Dame media hora para ducharme y vestirme y vente a recogerme, que tengo muuuucho que contarte. Hoy te voy a poner la cabeza como un bombo.

Y se la puse. Ya lo creo que sí. Fue una mañana de lo más rumbosa, como yo digo. Mientras le contaba de pe a pa lo que había sido mi noche junto a Mario, nos tomamos unos chocolates con churros que nos costó terminarnos.

Desde allí nos fuimos de tiendas y ya la cabeza se me fue por completo. Aprovechando que estábamos en plenas rebajas de verano, me compré un bolso, tres pares de zapatos y una camisa blanca monísima de la muerte.

Ella también picó. Entre medias, recibí varios wasaps de mi chico en los que me recordaba lo bien que lo había pasado conmigo la noche anterior y la ilusión que le hacía el hecho de volvernos a ver por la tarde.

Yo estaba que daba botes por las calles. Poco podía imaginarme que esa siguiente cita se truncaría y, peor aún, por un motivo tan desagradable. Habíamos quedado a las ocho y un par de horas antes le escribí para decirle que estaba impaciente por verle aparecer con el coche a buscarme. No me contestó hasta las siete y media y tampoco lo hizo por wasap sino llamándome.

—Hola, Carolina —el llamarme por mi nombre completo, sumado a la seriedad de su voz, me dio muy mala espina.

—¿Te acuerdas de la chica que te conté?

—Sí, claro, Lourdes. ¿Qué pasa con ella?

—Pues que la tengo aquí en mi casa. Le dije que ni se le ocurriera venir pero se me ha plantado aquí sin que pudiera evitarlo.

—No te preocupes, no pasa nada —le respondí con unas ganas de llorar tremendas, pero aguantando el tipo.

—Sí pasa. Pasa que yo había quedado contigo y que ya no voy a poder ir a verte. Está ahí fuera con un ataque de nervios, llorando como las locas, diciéndome que me quiere y que le dé una oportunidad.

—Muy bien, Mario. Yo ya sabía que ella estaba ahí cuando quedé ayer contigo, así que no soy quién para decir nada.

—Bueno, lo siento. Ya hablamos. Hasta luegoito.

—Hasta otra —le contesté diplomáticamente, aunque pensando que iba a volver a hablar con él la madre que le parió.

Me había quedado compuesta y sin novio, nunca mejor dicho. Media tarde arreglándome como si fuera de boda y allí plantada como un mojón. Pero no, no me eché a llorar. Marqué el número de mi hermana Aurora e improvisamos otros planes para aquella noche de sábado.

—Ni se te ocurra volver a cruzar ni media palabra con semejante falso —me advirtió.

—Tranquila que no quiero saber nada más de él.

No sé si verdaderamente era eso lo que sentía, pero la cuestión es que me faltó el tiempo para volver a hablar con él en cuanto dio señales de vida la noche del domingo. Eran casi las doce y acababa de entrar en su curro.

—Caro, lo siento. Me hubiese encantado verte ayer.

—Permíteme que lo dude —aunque me entraron ganas de mandarle a la mierda, no quise perder la compostura. La educación entre nosotros desde el primer momento no podía perderse por mi rebote—. Si hubieses querido verme, me habrías visto, Mario.

—Ya veo que no lo entiendes.

—No, no lo entiendo.

Se esmeró dándome toda clase de explicaciones hasta que acabé comprendiéndole. Al parecer, le había dicho por teléfono a ella la mañana del sábado que estaba conociendo a otra persona y que habíamos quedado por la tarde.

La tipa armó el dos de mayo y amenazó con tirar para su casa. Por más que él le dijo que nada de eso, cogió el coche y allí se presentó. Dado que él no quiso abrirle la cancela de entrada, saltó el murete de piedra y se coló dentro en el jardín.

In situ comenzó el drama. Mario trató de disuadirla para que se fuese y poder venir a recogerme a mí, pero ella le chantajeó argumentando que estaba mareada y que no podía conducir en esas condiciones. Además, si la obligaba a irse, sería “capaz de hacer cualquier locura”.

Según lo tienen hoy día los hombres de complicado en ese aspecto, a Mario le entró miedo con aquella amenaza, creyéndola capaz de darse un cabezazo contra la pared para acusarle a posteriori de haberle pegado.

Vaya tela. Le entendí perfectamente, sí, pero también le dije que yo no quería estar cerca de él con semejante loca merodeando en torno a su persona y que, cuando acabase de rematar el asunto, ya hablaríamos...

## Capítulo 5

Los días fueron pasando sin pena ni gloria ni noticia alguna de su ser. Ese hombre me gustaba mucho, para qué ocultarlo, pero al no saber ni siquiera si estaba vivo o muerto, los nubarrones de mi cabeza ya se iban apartando lentamente.

El trabajo a tutiplén aportaba también su granito de arena a mi calma. Un par de semanas después, cuando menos lo esperaba, volvió a dar señales de vida. Era viernes a mediodía y quería verme por la tarde si era posible.

Le pregunté que qué había pasado con aquella majara y me mandó las pruebas para que no me quedase ninguna duda; una captura de pantalla de la conversación entre los dos.

—Hola, Lourdes. No se me quita de la cabeza la chica de la inmobiliaria. Esto no tiene sentido, me gustaría seguir viéndola y para eso tenemos que cortar nuestra relación.

—Vale.

—Necesitas una estabilidad que no puedo darte. No voy a darte buena vida.

—Ok.

—Por favor, ten amor propio y no hagas tonterías como volver a presentarte en mi casa.

—No, descuida. Tú no te lo mereces.

—Sé feliz, Lourdes. Te deseo lo mejor del mundo.

—Y yo te deseo a ti lo que te mereces. No sé cómo puedes ser más falso. Chao.

Ahí se cerró el capítulo entre ellos, en vista de lo cual vi el cielo abierto y fui yo la que se volvió ya loca de golpe dándole al tarro sobre qué ropa ponerme para verle.

No se me olvidará mientras viva el momento en que por fin le vi unos metros más abajo de mi portal, esperándome recostado contra la puerta del coche y observando algo en el móvil. Se lo guardó según me vio correr hacia él con los brazos abiertos.

Esa segunda cita fue más emocionante aún si cabe, y es que ambos sabíamos cómo y dónde terminaría... Bueno, lo del dónde ya no coincidió al final con la realidad.

Durante la cena quedó bien claro que esa misma noche lo haríamos, pero la idea primitiva fue tirar para su casa, un chalecito con un pequeño terreno alrededor, en un pueblecito a unos cuantos kilómetros de la ciudad.

—¿Necesitas subir a casa a coger algo? ¿Ropa para mañana, un pijama, lo que sea? —me preguntó al arrancar el coche para marcharnos.

—Pues mira, ahora que lo dices, sí que me gustaría coger por lo menos unos zapatos más cómodos y el cepillo de dientes.

Aparcó al final de la calle en el único hueco que encontramos vacío a esas horas, por lo que quiso acompañarme hasta el portal. Vaya estupidez que se quedase allí en el mismísimo escalón de entrada, pensé.

—Puedes subir conmigo, ¿eh?, que ni te voy a cobrar ni hay ningún lobo dentro que te vaya a comer —según se lo decía, pensé que para loba hambrienta ya estaba yo.

—¿Sí? Como quieras...

Cuando me vi dentro de mi piso a solas con él, la loba sacó los colmillos y afiló las uñas. ¿Qué necesidad había de coger la carretera a esas horas? A fin de cuentas, lo que queríamos era estar solos en la intimidad y ya lo estábamos. ¿Para qué perder más tiempo?

—Peque —yo ya había empezado a llamarle así cariñosamente, y es que Mario no era un hombre alto precisamente—, ¿te apetece una cerveza?

—Pero si voy a coger el coche ahora.... Además, ya me he tomado un vino cenando.

—¿Cómo ves el que nos quedemos a pasar aquí la noche? —le pregunté sin saber si aceptaría mi propuesta.

—¡Ah! Como quieras, por mí no hay ningún inconveniente.

Puedo asegurar que hasta ese instante no nos habíamos puesto ni un dedo encima. El contacto físico entre nosotros se reducía a aquel beso que le di a modo de despedida en nuestra primera cita, pero entre eso y el todo casi que no hubo pasos intermedios.

Tiré por el pasillo a oscuras hacia la cocina y Mario me siguió hasta ella. La única luz que alumbró el primer asalto fue la del frigo, que se quedó con la puerta abierta sin darme opción a echar mano del par de botes de cerveza antes de que mi “tímido” acompañante me acorralara contra el fregadero.

Ni corte ni modales ni nada parecido. Se convirtió en otra persona, ¡y yo que pensaba que llegado el momento me tocaría a mí llevar las riendas...! Había imaginado nuestra primera vez como algo muy distinto, muy romántico, muy tierno, no sé...

¿Dónde estaba ese hombre que no había parado de tatarrear estribillos de canciones de Dyango y Camilo Sesto toda la tarde, cena incluida? Ese mismo chaval que imitaba tan bien a Bertín Osborne y Julio Iglesias tenía mis mismos gustos musicales. Vaya, que era otro carroza total como yo en eso.

Ese era otro de los puntos suyos que me fascinaron desde el principio. Los dos éramos soñadores que creíamos en el amor. Habíamos hablado bastante en aquellas conversaciones de madrugada del comienzo sobre esos valores que se estaban perdiendo.

Solía decirme que era una pena, que hoy día la gente no quería compromiso de ninguna clase, solo darle al molinillo y santas pascuas, si te he visto no me acuerdo. A través de esos comentarios fui descubriendo muchos rasgos de su personalidad que hacían que mi interés fuera creciendo.

Virgen santa, ¡qué ciega estaba! Bien que me dejé embaucar por la labia de aquel flautista de Hamelin hasta hacerme caer en sus redes. Allí en mi propia cocina comenzó a meterme mano y a comerme la boca con ansias.

No nos lo montamos ahí mismo de puro milagro, porque cuando pude zafarme de él para llevarlo al dormitorio ya me tenía medio desnuda. Solo me quedaba puesto el sujetador.

Le pedí que se calmase un poco para acondicionar el cuarto, que teníamos toda la noche por delante, así que me pidió que le permitiera darse una ducha rápida mientras.

Aproveché esos minutos para quitar los cojines, destapar la cama y colocar estratégicamente unas velitas por distintos rincones. Con el móvil escondido detrás de un marco de fotos sobre la mesilla y reproduciendo una música sensual que elegí casi al azar en YouTube, conseguí crear un ambiente mágico para una noche mágica de principio a fin.

Lo hicimos cuatro veces aquella madrugada en mi casa. La verdad es que en el plano sexual nos compenetramos a la perfección desde el primer momento. Al día siguiente nos fuimos a la suya y allí echamos el resto del fin de semana.

Yo me había llevado ropa de recambio en una mochila con idea de quedarme a su lado hasta el lunes por la mañana temprano, momento en que tendríamos que separarnos para acudir a nuestros respectivos trabajos.

Pero hubo algo con lo que yo no contaba y que se llevó por delante mis planes. Seguíamos allí

tan relajados tomando una copa en el porche la tarde del domingo, después de haber compartido un mogollón de horas idílicas en las que no faltó de nada, karaoke y baños en la piscina incluidos. De pronto, me encontré con su mirada fija en mí.

—¿Por qué me miras así? ¿Qué piensas?

—Caro, que no te siente mal lo que te voy a decir, ¿vale?

Esas palabras hicieron saltar mis alarmas. Resultó que el señorito prefería llevarme ya para mi casa para descansar tranquilamente ya esa noche a solas allí en su casa. Según él, si nos acostábamos juntos, nos darían otra vez las quinientas mil haciéndolo y no dormiríamos ninguno de los dos.

Aparte, tendría que desviarse de su ruta por la mañana para ir al curro si antes tenía que dejarme en el mío. Aquello no me pareció de recibo, pero disimulé lo mejor que pude el chascazo.

—No te preocupes, te entiendo. He sido yo la que me he autoinvitado a quedarme esta noche también.

—En serio... ¿no te molesta que te lleve ya?

Molestarme, no, pero no entendía lo que ocurría y, para colmo, estaba avergonzada perdida, como si hubiese hecho algo malo. El camino hacia mi casa fue un poco tenso.

Él trataba de aparentar normalidad charlando como si nada, pero algo me decía que las cosas no estaban tan bien como yo había creído hasta ese momento. Mi instinto no me falló.

Volvimos a vernos un ratillo el lunes por la tarde en la terraza de una heladería y una serie de detalles reforzaron mi hipótesis. Pese a todo, cuando le pregunté, me dijo que me relajara, que no había ningún problema y que seguía interesado en seguirme viendo.

Ya no me lo tragué. Es más, tenía yo razón y la noche del martes estalló la bomba. Como dirían los argentinos, el tema ya venía malparado desde el comienzo.

Ahora bien, qué poquito estilo tuvo al no dar la cara y recurrir al wasap para decirme que lo sentía pero que creía que no íbamos a ir a ningún lado juntos, que si “éramos muy distintos”, que si yo era “muy enamoradiza” y él de “hacer las cosas a pasitos más lentos” y que si bla bla blá y bla bla blá y bla bla blá.

¿Era o no era para matarlo? Saltaba a la vista que cualquier atisbo de compromiso le asustaba y no daba con las palabras exactas para exponérmelo abiertamente. Eso o que era un cobarde al que le faltaba el valor para espetarme sus temores.

Visto lo visto, ya daba igual. Mis castillos de naipes se derrumbaron de sopetón y yo me desmoroné con ellos, pero no quise demostrárselo. Una también tiene su orgullo, de modo que le dije que perfecto, que no había ningún problema y que siempre podríamos seguir siendo amigos.

—Cuando te apetezca que nos veamos algún día, me llamas si quieres —le dije ya de últimas por audio.

—¿Pero eso cómo va a ser, Caro? Tú no vas a estar ahí disponible para cuando a mí se me antoje.

—Bueno, tú prueba. Lo mismo tienes suerte.

La única realidad es que yo me resistía a pensar que era un adiós y quise dejar la puerta entornada. De esas maneras acabó la primera parte de la historia, una historia muy corta en el tiempo, pero muy intensa, en la que había habido un poco de todo.

En las dos semanas siguientes nos saludamos alguna que otra vez por ahí suelta y, ya puestos, nos preguntábamos que qué tal y todas esas cosas de pura cortesía. En una de aquellas me lanzó que estaba muy guapa en la foto del perfil con ese vestido corto que me hacía una figura tan bonita.

Le vi las intenciones, y yo, que no era capaz de pasar página, empecé a maquinan un plan para volverle a ver. Éramos dos adultos, los dos estábamos libres y nos lo habíamos pasado muy juntos, ¿no? ¡Pues hala!

Escogí cuidadosamente las palabras para aquel wasap en que le dejé caer la posibilidad de vernos sin ningún tipo de compromiso, siempre que estuviese de acuerdo conmigo. ¿A la cama y punto? Pues a la cama y punto, no teníamos que darle explicaciones a nadie.

Aunque al principio mi proposición le chocó un tanto, en seguida se agarró a ella como a un palo ardiendo. Dos días después volvimos a quedar, pero claro... no para tomar un cafelito por ahí ni para cenar en ningún restaurante, sino en su casa.

Me dijo al llegar a ella que se sentía un poco nervioso, que era todo muy raro después de lo compartido y me pidió por favor que el tiempo que estuviésemos allí dentro nos comportásemos como si fuésemos una pareja. A ninguno de los dos nos costó lo más mínimo meternos en el papel.

Estuvimos juntos desde las siete de la tarde hasta la hora del almuerzo del día siguiente, y es que no nos apetecía separarnos. Era como si nada hubiera cambiado; las mismas miradas embelesadas, la misma chispa conversando, los mismos besos apasionados...

Nos seguimos viendo cada vez que podíamos. Mario no lo tenía fácil por sus horarios de trabajo, pero no se reducía el tema a su complicadísimo cuadrante; tenía otro gran hándicap, aquello que en su momento me contó Andrea y que mi cabeza no había retenido.

No, no era un hijo lo que tenía, sino una hija de tres añitos con síndrome de down, cuya custodia compartía con la exmujer. Una semana cada uno, y así siempre, nada de vacaciones de verano a medias ni cosas parecidas.

El asunto lo llevaban a rajatabla durante todo el año y era inamovible. Por otra parte, en esa semana que le tocaba hacerse cargo de su pequeña, él no existía para nadie.

Como era lógico, Mario tiraba de su madre para que le ayudase con la chiquilla, puesto que él no tenía un turno fijo sino que alternaba mañanas con tardes y noches. Luego cogía tres días seguidos de libranza, días que caían como cayeran.

Para pillarle librando un fin de semana había que echar una solicitud. Lo que quiero decir en resumidas cuentas es que entre nuestros encuentros solían pasar al menos doce o trece días.

Entremedias, hablábamos mucho. No era yo precisamente la que iniciaba las conversaciones. Aunque me apeteciese, me daba mal rollo escribirle para que no se sintiera presionado.

Pero lo cierto es que parecía no poder vivir sin saber de mí a todas horas. Me mandaba fotos suyas en el trabajo, me pasaba canciones de esas que tanto nos gustaban y que siempre contenían un mensaje directo a mi corazón...

En fin, que poco a poco ese “rollo” que nos traíamos entre manos fue avanzando hasta el punto de llegar a contarle nuestra relación a su familia al completo. Yo no podía sentirme más orgullosa, aunque seguía con pies de plomo por si las moscas.

Empezamos a planificar cosas en común, ojo, en plan “light”. Por ejemplo, al mes siguiente sería el bautizo de su sobrina, la hija de Andrea, y lo celebrarían en su casita de campo, así que, aunque sería una reunión íntima de los familiares más allegados, yo estaba invitada.

De paso, me presentaría oficialmente a su madre, tíos, primos y demás. También revisamos a fondo el calendario y acordamos hacernos una escapadita a Córdoba, una ciudad que él no conocía y que estaba deseando visitar.

Nada de aquello llegaría. Como en la canción, “un pasito *palante*, María, y un pasito *patrás*”. Ya llevábamos un buen puñado de meses cuando de buenas a primeras empezó a cambiar su actitud hacia mí. Y yo, por consiguiente, a recordar lo ocurrido en aquellos primeros días cuando

me cortó las alas de golpe y porrazo sin esperármelo.

Durante el tiempo en que estuvimos juntos, más de una vez había salido en conversación el feo final que me había dado Israel con todo su golpe de espiritualidad.

Yo le había insistido a Mario en que por favor no me hiciera lo mismo si por lo que fuera se cansaba de mí o si simplemente se cruzara otra mujer en su vida. Pero tampoco eso pudo ser.

Me anduvo mareando la perdiz unos cuantos días diciéndome siempre que le preguntaba que tranquila, que no pasaba nada, pero su distanciamiento no dejaba ya lugar a dudas. Deduje que quería dejarlo y le abordé ya una noche por wasap sin cortarme un pelo.

—Mario, no te lo voy a preguntar más. ¿Ya has tenido suficiente? ¿Quieres dejarlo?

—Sí... Pienso que será lo mejor —fue su escueta y dura respuesta.

El que yo ya lo presintiera no me hizo más llevadero tan cínico final. Le contesté que no había sincero conmigo, que no era en absoluto ese hombre tan transparente como él mismo se pintó en nuestra primera conversación por Messenger y que se podía haber ahorrado todo lo último... esa frialdad desde un par de semanas atrás.

Resultaba que Lourdes le había espetado al final en toda su jeta que era un falso y que yo le acababa de decir exactamente lo mismo, pero con más elegancia. Considero que tengo mucha más clase para todo que aquella de aquí a la Habana.

Tuve también en cuenta mi amistad con su hermana Andrea y no quise armarle el cirio que tal vez se merecía por no quedar mal además con ella, a la cual Mario estaba muy unido. Yo le tenía a esa chica mucho cariño. Era algo mutuo entre nosotras.

—Lo siento, Caro, no te mereces nada de esto. Lo siento mucho.

Con esas bonitas palabritas remató el asunto y se quedó tan pancho. Se desconectó del wasap y yo me quedé con el móvil en la mano con ganas de estrellarlo contra la pared, pero ni fuerzas tuve para bloquearlo. No es mi estilo.

¡Maldita sea! ¿No quieres coles? Pues ahí tienes el plato lleno, y es que yo me olía algo detrás de todo aquello: que para entonces ya había alguien más llamando a su puerta. O él a la de ella, que era más probable.

Mi instinto tampoco me falló en cuanto a ese punto. Desolada porque tan solo con la sospecha comprendí que Mario me importaba más de lo que yo creía, llamé a Andrea y quedamos en que vendría a mi casa a verme para charlar conmigo.

Sentada a mi lado en el sofá, corroboró mi teoría. Me confesó que sí, que Mario andaba con un comportamiento extraño últimamente y que ella misma le había preguntado. El muy canalla terminó reconociéndole que había una tercera persona.

Para mi pasmo total, esa mujer era nada más y nada menos que Lourdes. Ya no supe si llorar o reír. Andrea me pidió perdón, poniendo de parapeto que no había querido decirme ni pío porque se encontraba entre la espada y la pared. Además, en las cosas de parejas no debería meterse nunca nadie, añadió de propina. Lo entendí.

Contándole al detalle con mi propia boca lo que había sido nuestra relación durante esos meses atrás, me vine abajo sin poderlo evitar. Le mostré el chat con Mario, las cosas tan bonitas y tan esperanzadoras que me llegó a decir, las fotos, los vídeos... Todo.

La pobre trató de consolarme como pudo diciéndome que ya vendría otro que me hiciera tan feliz como me merecía, pero yo ya estaba saturada de hombres. Con los dos últimos había tenido de sobra.

Mi queridísima Eva, que también había estado al tanto de todo lo nuestro desde el minuto cero, al enterarse por mí de la enorme decepción que me estaba asfixiando, me dijo que le dieran por

donde amargan los pepinos y que iba a pensar cómo me quitaba las penas de un plumazo.

—Mira, Carola, déjame que hable con Abel y mañana te llamo tempranito, ¿vale?

—¿Hablar el qué, loca?

—No preguntes tanto y déjame a mí hacer...

Claro que la dejé. Y también la dejé pasar cuando, en lugar de llamarme por la mañana “tempranito”, se personó en la puerta de mi casa. Traía un sobre en la mano.

—¿Qué es eso? —le pregunté intrigada.

—Algo para ti y para mí. Algo para pasárnoslo pipa. Venga, ya estás hablando con tu jefe para reajustar las vacaciones, que la semana que viene volamos a Londres.

—¿Qué estás diciendo, tía?

—Lo que oyes, así que... ¡arreando, que es gerundio!

Mamma mía, poco tiempo me dio ya para pensar, entre plantearle el asunto a mi jefe, pedirle ese cambio, hacer varias llamadas a los clientes que tenía en la agenda para modificar las citas y organizar a conciencia el viaje que había programado de forma unilateral Evita para las dos, en un abrir y cerrar de ojos.

Ella se había encargado de los billetes y de lo demás me ocuparía yo. Me tomé mi tiempo para elegir el hotel, un Meliá, finalmente, ya que esa cadena hotelera me había gustado desde siempre.

Cuando anunciaron por megafonía que íbamos a comenzar la maniobra de aterrizaje y que debíamos irnos abrochando los cinturones, me dije a mí misma que no iba a permitir que nada eclipsase nuestra felicidad por tierras británicas. Y cumplí mi promesa.

## Capítulo 6

Parece que la estoy viendo descender del avión por las escalerillas. Eva iba bajando los peldaños, meneando las caderas con los brazos flexionados hacia arriba y agitando las manos como una niña chica.

Iba cantando a todo pulmón “...oye, abre los ojos, mira hacia arriba, disfruta las cosas bueeeeenas que tiene la vida...” De vez en cuando, volvía la cabeza hacia mí, que iba detrás.

—¡Vaaaamos, señorita Carola! ¡Espabile usted, hombre!

—¡Tranqui, nena, que Londres no se va a ir!

—Ya, pero el tiempo sí que se pira —me replicó.

—Lo mismo nos va a dar correr que ir a paso de tortuga —le contesté—. Total, hay que esperar al minibús para que nos lleve hasta la terminal.

Exacto. Estábamos en una de esas pistas alejadas, allá donde Cristo dio las tres voces y nadie le escuchó, pero el vehículo venía ya de frente y se acercaba despacito para recoger a los viajeros a pie de avión.

Una vez que nos montamos, mi incondicional amiga desplegó un gran mapa de Londres que llevaba en el bolso. En él venían también distintos planos con la red de metro, las líneas de autobuses, los trenes y demás.

—A ver, Carola. Para que te ubiques... Estamos aquí exactamente —Señaló con el dedo un punto determinado al que no presté demasiada atención. Al fin y al cabo, para mí era un territorio completamente desconocido y no me iba a enterar de mucho de lo que explicara.

—Vale, ¿y qué me quieres decir con eso?

—Nada. ¡Uy, chiquilla! ¡Cómo estás hoy! Nena, despierta que hace ya un buen rato que hemos caído en tierra firme.

—Perdona, corazón. No me pasa nada, es tan solo que tengo un ligero mareo, pero ya se me pasará.

No le estaba mintiendo. Desde que había comenzado a bajar por aquellos peldaños, sentía como si mi cabeza fuera por un lado y mis pies por otro. Era como que no pisaba en firme, como si estuviese caminando sobre el agua.

Supongo que era algo normal por aquello de la diferencia de altura. Algo parecido solía sucederme al despegar; los oídos se me taponaban según el aparato iba ascendiendo.

Digamos que no me estabilizaba hasta que ya el avión llegaba a sus cotas más altas para volar y se encontraba totalmente en horizontal. Afortunadamente, esa desagradable sensación me abandonó pronto.

—Te cuento —prosiguió Eva—. Ahora tenemos que coger este tren de cercanías que nos llevará hasta la ciudad. Son unos cincuenta kilómetros, pero di tú que con tantas paradas tardaremos como una hora o algo así en llegar.

—Muy bien, guapa. Nos registramos en el hotel, soltamos los bultos, nos damos un agüita y... ¡a patear se ha dicho!

—¡Eso es! ¡Así me gusta! ¡Esa es mi Carola, sí señor!

—Y lo seguirá siendo, descuida.

—¡Y que mis ojos lo vean! —exclamó Eva, viniéndose arriba—. ¿Vamos a pasarlo genial?

¿Sí? ¡Arriba esas manos, chica!

Levantamos las palmas simultáneamente y las chocamos en el aire. Todo esto último de la pregunta y el choque de palmas formaba parte de un ritual que se había repetido a lo largo del tiempo cada vez que habíamos hecho algún viajecillo juntas.

Y sí, siempre lo habíamos pasado genial. Para nosotras ese gesto representaba como una especie de amuleto de la suerte, con lo cual, ya se había convertido en un hábito al llegar a cada destino.

En el andén, esperando ya la inminente llegada de ese tren que nos conduciría hasta Londres, a la guasona de mi amiga le dio por cachondearse de mi ropa.

—Y que digo yo, ¿dónde vas tú con esa falda hasta los pies y ese cuello hasta la boca?

—¡Jolín, guapa! Si te parece, con el frío que hace, me vengo en bañador...

—Ya, ya, y todo lo que tú quieras. Pero, en cuanto llegemos a la habitación, te me quitas ese disfraz de rusa y te pones una faldita de esas tuyas tan sexys. Unas buenas medias gordas, y listo.

—¡A la orden, mi sargento! —le dije, cuadrándome a lo militar y llevándome la mano a la sien.

Nos echamos a reír, más que nada por la cara de pasmo que se le quedó al verme a una señora mayor, sentada en un banco a un par de metros. Estos ingleses debían tener muy poquito sentido del humor, pensé.

El tren llegó con esa misma puntualidad por la que los británicos son mundialmente conocidos. Con lo que no contábamos precisamente era con el retraso que arrastraríamos luego hasta alcanzar el hotel.

En los vagones, los viajeros se agolpaban como sardinas en lata. Yo iba pendiente de todo el mundo, de sus ropas, de sus sombreros, del gesto de sus rostros...

Era la hora de la sobremesa de un jueves cualquiera y se ve que muchos de ellos volvían de sus respectivos trabajos. Algunos, los que habían tenido la suerte de pillar asiento, aprovechaban el trayecto para hacer cosas en sus ordenadores portátiles.

Ensimismada con mi observación, no me di cuenta de cuántas paradas habíamos dejado ya atrás. Lo único que sé es que, en un momento puntual, y estando a la espera de que las puertas se cerraran para continuar hasta la siguiente, me pareció extraña la tardanza.

No debí ser la única, puesto que los viajeros empezaron a mirarse entre sí y a echar ojeadas al reloj, como pensando también que allí estaba pasando algo anormal.

Pronto se aclaró el enigma. Una voz femenina emitió un mensaje por megafonía que no capté del todo pero que daba a entender algo así como una avería.

—¡Ea, ya la hemos cagado! —dijo Eva.

Segundos antes de que pronunciara esas palabras, el personal ya había comenzado a levantarse y movilizarse. Nosotras íbamos agarradas a la barra del techo y nos encontrábamos ante las puertas, por lo que fuimos de las primeras en apenarnos.

Sí, nos tocó bajarnos a todos a dos paradas ya de Londres porque, fuese cual fuese esa avería, había impedido que el tren continuara su trayecto. ¡Menuda gracia, oigan!

Aquella estación estaba en un campo en mitad de la nada, de manera que habría que coger un taxi hasta la ciudad. La mayoría de la gente apresuró sus pasos hacia unas escalerillas mecánicas de subida que nosotras no teníamos muy claro a dónde darían.

Tampoco entendí bien esas prisas, aunque minutos después supe el motivo. El final de la escalera desembocaba en un pueblecito que no debía tener muchos habitantes.

Miré hacia los lados y la vista me alcanzó para ver dónde terminaba aquella pequeña población por sus cuatro puntos cardinales. Todos los que se habían bajado del tren y corrían para

cogerse la delantera, guardaban ya cola para pillar un taxi.

No me quiero ni acordar. Tuvimos que permanecer allí en fila india más de hora y media hasta que nos tocó el turno. Me encantaron los taxis londinenses, muchos de ellos, súper coloridos por fuera, exhibiendo publicidades de todas clases.

En cuanto a los taxistas, casi todos seguían la misma línea; lucían elegantes sombreros y pulcros trajes de chaqueta, corbata incluida, ¡faltaría más! Eva le dio la dirección al nuestro y enfilamos hacia la capital.

En realidad, no era tanta la distancia, pero claro... impensable hacerla a pata. No obstante, nos costó un buen pico que pagamos a medias. Ese era nuestro acuerdo de antemano.

Ella había pagado los billetes de avión y yo la estancia en el hotel. El resto, es decir, transporte, comidas, copas y tal lo abonaríamos entre las dos. Según nos íbamos adentrando en la ciudad, mi alucine crecía.

Para Eva, que la conocía, no era tan grande el impacto. Aunque hacía catorce años que había caído por allí por aquello del intercambio de alumnos para perfeccionar el idioma, Londres no había cambiado mucho, según me decía. Iba todo el tiempo señalándome cosas con el dedo.

—Mira, loqui, ¿ves esos picos que sobresalen allí al fondo? Pues eso es la Abadía de Westminster.

—¡Qué guay! Supongo que ya la veremos más de cerca, ¿no?

—¡Pues claro, boba! Tú no te preocupes, que no te va a quedar ni un solo edificio ni monumento de Londres por ver. En el finde, nos montamos en el bus turístico y nos hacemos el tour completo.

—¡Bien! —La idea me gustó—. ¡Ah! Y otra cosa que me gustaría hacer es montarme en la noria esa desde la que se ve toda la ciudad...

—La noria, dice la menda —Evita se echó a reír—. No me seas paleta, ¿eh? Tú te refieres al London Eye. Aquí a cada cosa hay que llamarla por su nombre.

—Usted perdone, Ms Margaret Thatcher.

Con esa salida mía, ya es que se tronchaba. Creo que el conductor debía entender algo de español, porque de tanto en tanto nos echaba una ojeada por el retrovisor, sonreía y reprimía la risa ante nuestras bromas. El viaje en taxi se nos hizo un suspiro con la cháchara. Habíamos llegado ya al Meliá.

—¡Heyyyy! ¡Qué chulo!, ¿no? —exclamó Eva, volviendo la cabeza hacia la ventanilla mientras esperaba a que el hombre le diese el cambio. Mi amiga llevaba una carterilla con un fondo monetario común.

—Pues sí, pero... si te digo la verdad, a mí esto no me suena mucho —le respondí.

—¿Cómo que no?

—Lo que yo te diga. Me acuerdo de las fotos de la fachada que vi por Booking y esto no tiene nada que ver. Nuestro hotel era un edificio muy llamativo también pero no en ángulo como este. Y no tenía árboles delante tampoco.

—¡Ay, Dios! ¡No me fastidies, Carola! Tía, ¿tú estás segura de lo que estás diciendo?

—Y tan segura, Evita de mis amores...

—Bueno, tranquila. Lo que no podemos hacer es quedarnos aquí como dos pasmarotes sobre la acera con las maletas. ¿Entramos a ver qué pasa?

—Venga, va.

Lo que pasó fue muy sencillo. Ese no era el hotel que yo había reservado. Cuando yo le dije que nos hospedaríamos en el Meliá, a mi amiga también le había parecido una buena elección.

Por lo que me contó, hablando cierto día con una cliente de la peluquería, le había comentado nuestra intención de viajar a Londres en un futuro inmediato. La señora le dijo que íbamos a disfrutar allí como enanas, que ella había estado el año anterior con su marido y que volvió encantada.

—¿Y dónde os quedaréis, cielo? ¿En casa de unos amigos? —le preguntó.

—No, no, en el Meliá.

—¡No me digas! ¡Qué coincidencia! Justo en él nos alojamos mi Antonio y yo. Es una maravilla. Además, está a dos pasitos del Hyde Park. No dejéis de verlo...

—Descuide, Luisa. No pensamos perdernos nada.

No, no nos perdimos nada. Bastante ya con estar perdidas nosotras. De ahí había partido la confusión. Al montarnos en el taxi, Eva le dio esa referencia al hombre, o sea, que tirase hacia el Hyde Park porque andábamos buscando el Meliá.

La cuestión es que ese no era el único hotel que la célebre cadena hotelera tenía en la zona. Perdimos tiempo y otro buen puñado de euros, pues sí que entramos para cerciorarnos, pero, efectivamente, allí no pintaban nada nuestros nombres, así que... otra vez para la calle y otro taxi rumbo al hotel en que verdaderamente nos esperaban. ¡Vaya dos!

## Capítulo 7

Se me viene a la memoria que, tras lo ocurrido, no quisimos volver a meter otro patazo, conque revisamos en el móvil las reservas y apuntamos en un papelito la dirección exacta para dársela en mano al siguiente taxista.

Yo ya no me fiaba siquiera de que Eva fuera a explicarse bien, por más que se desenvolviese con soltura con el idioma. Al fin llegamos a nuestro hotel y la entrada fue como para habernos grabado en vídeo.

Cruzamos las puertas como dos marquesas, dándonos unos aires de superioridad que para qué con nuestras gafas de sol de marca y nuestros andares forzados cual de un par de modelos recorriendo la pasarela Cibeles.

Tengo que decir que seguía impresionada por el lujo de todo lo que iba viendo a mi paso. Londres es una ciudad elegante de cabo a rabo. Pasas por cualquier calle y, al ver las fachadas de los edificios con esa ornamentación y esas columnas por delante, te parece que se trata de una hilera de hoteles de categoría, unos junto a otros.

Yo nunca había estado en ella, pero había visto infinidad de fotos y sabía que me gustaría. Lo que no me imaginaba era hasta qué punto. Cuando alcanzamos el mostrador, la dejé a ella hablar con el recepcionista.

Nuestra habitación estaba situada en la segunda planta. Ese ascensor donde no se detectaba ningún movimiento ni ruido mientras subíamos, esos pasillos con esas alfombras relucientes de limpias, esos maravillosos cuadros colgados en las paredes de ambos lados, con sus pertinentes foquitos de luz alumbrándolos... Todo era un gusto por allí.

Lo malo vino cuando abrimos la puerta del dormitorio que nos habían asignado y nos encontramos con que este tenía una sola cama. Grande como para un par de elefantes, sí, pero una sola.

Me considero muy maniática para esas cosas. No maniática, sino que soy muy especialita yo para dormir. Cualquier ruidito me molesta, y ya no hablo de los movimientos.

En las ocasiones en que había dormido con mis ex, me había pasado media noche en vela. Bastaba con que se dieran media vuelta en la cama o que metiesen un brazo bajo la almohada para que yo ya abriese los ojos como los búhos. Y Eva sabía también cómo era yo en ese sentido.

—¡Ea! Otra vueltecita para abajo a protestar, ¿no? —me preguntó, conociendo de sobra ya lo que le respondería.

—No lo dudes. ¡Y mira que lo especifiqué en la reserva! Dejé bien clarito que queríamos una habitación doble, pero con dos camas. Estos ingleses deben ser sordos, además de más serios que un cuarto de especias...

—¡Sooooooooo! Cálmate, Ms Caroline.

—Oye, déjate de chorradas, ¿eh? A mí me llamas tú por mi nombre como siempre, aquí, en Perú y en Pakistán.

—¡Mamma mía! Buenas estamos hoy, Carola. Anda, tira para fuera.

De vuelta en el mostrador, Eva le explicó el error al chaval, pero este debía ser novato y no daba pie con bola, de manera que nos pidió que esperásemos un momento para ir a buscar al encargado.

Volvió acompañado por un hombre de unos treinta y cinco años aproximadamente, alto, bien formado, pelirrojo y con unos ojos verdes rasgados de impresión.

Para no variar, vestía con esa misma distinción que se apreciaba en cada rincón del hotel; traje de chaqueta oscuro, camisa de un blanco immaculado y corbata negra con nudo doble.

Es curioso porque, cuando llegó hasta el mostrador para hablar con Eva, apenas la miró. Sin embargo, a mí ya me había revisado de arriba a abajo conforme se acercaba a él.

El joven recepcionista le colocó frente al ordenador y le señaló algo con el dedo. Su encargado fijó la vista en el lugar que le estaba indicando. *“Don't worry. Nothing happens”*, le contestó al chico.

Ese “no te preocupes, no pasa nada” lo pillé del tirón. El hombre enfocó la vista nuevamente en la pantalla y fue entonces cuando alzó la mirada hacia mi acompañante, quien andaba a su bola distraída, rebuscando no sé qué en el bolso.

—¿Eva Durán? Eva... ¿eres tú? —le preguntó como con incredulidad.

—¿Arthur? —Se llevó las manos a la cabeza y puso los ojos como platos—. ¡Santo cielo! ¡No me lo puedo creer!

Yo tampoco me podía creer lo que veía. Mandaba narices la coincidencia desde luego, fuera quien fuera el apuesto hombre. Pues resultó que ese apuesto hombre era ni más ni menos que uno de los hijos de aquel matrimonio que acogió en su día en su casa a Eva y a Claudio por lo del intercambio de estudiantes.

O sea, primero ella y su hermano habían estado en casa de Arthur, con el cual ambos habían hecho muy buenas migas a pesar de separarles unos añitos de edad, y es que Arthur tenía 32, cuatro más que ellos. Y que yo...

Después, el atractivo pelirrojo y su hermana habían pasado un mes y medio en España en casa de mi intimísima amiga. Había llovido mucho desde entonces, pero era evidente que el cariño entre ellos seguía intacto.

—Mira, Carola. Alguna vez te he hablado de Arthur, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo, lo recuerdo.

Es más, pensé, si me hubiese enseñado de aquellas también una foto suya, no se me habría olvidado en toda mi vida ya. ¡Qué guapo era el tipo! Guapo y simpático, porque en tanto que Eva me lo preguntaba, el otro ya había salido sonriendo de detrás del mostrador para plantarme un par de besos en la cara.

No se me olvidará ya tampoco, así pasen mil años más, la sensación al sentir el roce de sus labios en mis mejillas cuando me las besó y ese exquisito olor a perfume caro que desprendía su cuello.

De la sonrisa ya ni hablamos. Arthur tenía una dentadura perfecta que radiaba tal blancura que parecía que se la acababan de encalar. Vamos, que ya quisieran muchas estrellas de cines. Además, hablaba correctamente nuestro idioma, mejor que muchos españoles.

—Pero ¿qué hacen dos muchachas tan preciosas por aquí? —le preguntó a Eva.

—Pues ya ves, ¿tú qué crees? ¿Y tú?

—¡Ja, ja, ja! ¿No se nota? Trabajo aquí, querida.

—A ver, si no me equivoco, tú ibas a estudiar Periodismo, ¿no?

—Así es, señorita, no te equivocas. Lo que pasa es que me di cuenta de que aquello no era lo mío, nada más empezar la carrera. Terminé el primer año y ahí lo dejé. Me pasé a las ramas empresariales.

—Ammm. Por cierto, que ya tiempo tendremos de hablar, ¿algún problema con la habitación?

—le preguntó Eva.

—No, ninguno, ya está todo arreglado. Había sido una confusión de Eric. El chaval no lleva en el puesto ni un mes y todavía hay cosillas que se le escapan. Esperad un segundo, que ahora mismo os doy la llave.

Nos dio la llave y algo tan o más gratificante todavía que la propia llave; la propuesta de cenar aquella misma noche con él en un sitio cercano, una vez que terminase de trabajar.

—Niña, qué pedazo de bombón tu amigo, ¿no? —le solté a Eva mientras subíamos a la nueva habitación.

—No está mal el Arthur ya de adulto, no. A ver, que era un chiquillo de dieciocho añitos cuando nos conocimos. No es que entonces fuera feo ni mucho menos, pero a este le ha pasado como al buen vino con el paso del tiempo.

Entre la avería del tren, la espera en la cola para coger taxis en aquel pueblecito y las dos vueltas que nos habíamos dado en un par de ellos por todas las calles hasta dar con nuestro hotel, la tarde se había echado encima.

Eran casi las siete y el manto oscuro de la noche ya había cubierto a Londres hacía más de un par de horas. Eso es lo único que no me hacía mucha gracia en aquella espectacular ciudad, que anocheciese tan pronto.

A poco que te descuidaras almorzando, estirándote con el postre y un cafelito para rematar, salías ya de los restaurantes completamente de noche. Aparte, estaba esa neblina y esa llovizna...

Nosotras hicimos ese viaje a mediados de enero, de modo que nos pilló de todo, aunque eso no impidió que, efectivamente, disfrutásemos como enanas desde el primer al último minuto, tal cual vaticinó aquella clienta de Eva.

En vista de que habíamos quedado con Arthur a las nueve, nos dio pereza coger la calle para empezar a explorar la ciudad. Teníamos cerca de siete días por delante enteritos para nosotras, por lo que nos echamos un rato en la cama al objeto de descansar un poco antes de arreglarnos para la cena....

## Capítulo 8

Si ya habíamos entrado por la puerta del hotel como dos marquesas, cuando salimos por la de la habitación éramos dos delicadas hadas caminando por los pasillos para reunirnos con aquel pelirrojo príncipe de cuento.

Particularmente a mí, no se me había apartado ni un instante del pensamiento. Me había puesto un traje de cuero estrecho y cortito y unos botines marrón chocolate a juego, con tacones de aguja de trece centímetros.

Un pañuelito de seda anudado en un lado del cuello ponía el toque chic a mi vestimenta. Por encima, un chaquetón de piel. Y con el paraguas también por lo alto porque caía una antipática lluvia finita, calabobos, como se le llama en España.

Eva también iba que daba gusto verla. Más sencilla vestida, sí, pero con ese tipazo que ha tenido toda la vida, nunca le había hecho falta vestir con ropa ostentosa. Siempre llamaba la atención allá por donde pisaba. Me acuerdo que me hice unas ondas por delante en la melena.

Había estado dudando entre hacerme una buena cola de caballo o dejármela suelta. Al final, opté por esto último. Me veía yo más sexy. Cuando preparé la maleta para ese viaje, me dio por meter en él las planchas rizadoras, un aparato que normalmente no suelo llevarme por no cargar con tantos trastos.

Por si acaso, me dije en aquel momento. Fue como si tuviese el pálpito de que algo importante iba a vivir en Londres, como que me vería obligada a arreglarme con más esmero de lo normal...

Arthur ya nos estaba esperando en la calle, apostado contra la fachada del hotel y resguardándose de la lluvia con el paraguas abierto. De repente se me antojó como una tontería el que nos esperara allí, pues bien podría haber estado esperando dentro, pero enseguida me di cuenta de que estaba fumando.

Llevaba unos vaqueros negros, jersey de lana color crudo con cuello vuelto y un abrigo de paño gris de tres cuartos; *arreglao* pero informal, como hubiera dicho la Martirio en caso de haberse cruzado con él. Tiró el cigarro al vernos y nos dedicó una de esas sonrisas que a mí empezaban a volverme ya loca.

—Pero ¡qué guapísimas que están mis chicas!

—Vaya, habló el feo —le contestó Eva con una sonrisa picarona—. ¿Puede saberse a dónde vamos?

—Claro, está un par de calles más allá —dijo señalando con un dedo a un monumento a lo lejos.

Y hasta allá que nos fuimos los tres. Qué gracioso, yo me había imaginado que nos llevaría a algún local en plan finolis, pero nuestro galán tenía otros planes para nosotras.

No es que el sitio donde acabamos fuese cutre ni mucho menos, pero era una pizzería. Eso sí, original donde las haya. Recordándola, todavía puedo sentir ese golpe de calor al entrar que tanto agradecí, y es que las temperaturas de aquella noche londinense habían caído en picado.

Bueno, eso creía yo, que me estaba estrenando como turista nocturna por sus calles. Como pude comprobar en los días posteriores, a esas horas había que dejarse de tontunas con la ropa y abrigarse bien de los pies a la cabeza.

Por dentro, el restaurante era muy cuco. Desde las mesas, los comensales podíamos ver a los

cocineros preparando las pizzas en un horno de piedra tras un mostrador de ladrillos rojizos.

Farolillos con velas encendidas, regados por todas partes, aportaban una iluminación muy sugerente al local. Las mesas eran redondas y más bien bajitas y las sillas eran de enea. Estaban pintadas con colores vivos y decoradas con florecillas. Todo aquello me recordó a las ferias andaluzas.

Cuando un camarero se acercó para tomarnos nota de lo que íbamos a beber, mi amiga se llevó la mano al estómago, se lo frotó suavemente e hizo una mueca como de molestia.

—Pues la verdad es que yo no sé qué me apetece —le contestó.

—Por favor, póngame a mí un vino de Rioja, si es tan amable —dijo Arthur con sus exquisitos modales.

—Que sean dos, por favor —añadí yo—. Eva, ¿te encuentras bien? —le pregunté a continuación a mi amiga en cuanto el camarero se dio la vuelta.

—No mucho, Carola. Te digo... creo que lo mejor será que me marche. Tengo náuseas.

—En ese caso, te acompañamos —dijo Arthur.

—¡Ni hablar de eso! Yo ya me he quedado con el camino. Vosotros quedaos aquí tranquilamente cenando.

—Pero... —quise replicarle, pero no me lo permitió.

—No hay peros que valgan. No me va a pasar nada. Me han debido sentar mal los pastelitos que nos zampamos esperando al taxi en aquel pueblo. Seguro que echo una buena vomitona en el hotel y me quedo nueva.

—Como quieras—contestamos Arthur y yo a la par.

Puestas así las cosas, de repente me encontré cenando a solas con un desconocido, pero me alegré de ello. Más tarde supe la verdad: la alcahueta de la Eva no se encontraba mal ni nada que se le pareciese.

Todo había sido una maniobra suya para quitarse de en medio al ver mi interés por aquel hombre. Nos conocíamos bien la una a la otra. De haberme dicho mientras nos maquillábamos que pensaba hacer esa comedia para arreglarme una cita a solas con Arthur, me habría negado tajantemente.

¡Qué vergüenza, madre mía! Así que maquinó el plan por su cuenta y allí tenía servidora el resultado. Pero tengo que decir también que la vergüenza desapareció rápido.

Él era una de esas personas que charlan hasta con las piedras y simpático a rabiar. No me permitió que me quedase cortada ni un segundo tras ausentarse aquella bruja a la que ya le leería yo la cartilla.

—Qué extraño lo de Eva, ¿no?

—Sí, bueno. Nos cogimos un par de dulces cada una en una pastelería mientras llegaba un taxi libre. Pero bueno... lo mismo no eran náuseas como dice sino hambre. Estaban riquísimos.

—¿Hace mucho que os conocéis?

—Unos diez años —le respondí—. Coincidimos en el ambulatorio cuando ella estaba embarazada de la niña.

—¡Vaya! No sabía que tenía una hija. Al veros por aquí solas a vuestras anchas, pensé que no teníais vuestra propia familia.

—Sí. Eva tiene pareja y esa niña.

Empecé a enredarme hablándole de ella, de Abel, de lo bien que se llevaban, de la peluquería que habían montado... En un momento dado, Arthur hizo un gesto con las manos hacia los lados como pidiéndome que parase.

—Prefiero que ahora me hables de ti.

Aquello me sonó a música celestial. ¿Podía ser? Yo ya me había percatado de que me miraba muy fijamente a los ojos, pero no había querido echarle cuenta, no por nada, sino porque no quería hacerme ilusiones.

Le hice caso y comencé a contarle mi vida, obra y milagros, mientras degustábamos una crujiente pizza que estaba para chuparse los dedos, bajo la tenue luz de una lamparita que colgaba del techo y que apuntaba al centro de nuestra mesa.

Arthur me iba preguntando todo lo que le parecía, con tal de darle chispa a la conversación. Cuando me quedaba durante un par de segundos callada sin saber qué más contarle, me saltaba con otra pregunta.

Hay que reconocer que fue discreto y no me interrogó sobre si estaba soltera, casada o viuda. Yo tampoco quise hablar de ello sin más para que no se me viese el plumero, pero estaba claro que tenía que salir el tema tarde o temprano.

—Y dime, ¿qué os ha traído hasta aquí?

—Verás, no teníamos planificado este viaje. Ha sido un poco sobre la marcha, digámoslo así. Yo llevaba unos días muy decaidilla y Eva lo organizó todo por su cuenta para que me animase.

—¿Algún problema grave? Perdóname mi indiscreción...

—No te preocupes. Nada que perdonar. Y no, ahora entiendo que el tema no tenía nada de grave. Se trataba solamente de un desengaño amoroso.

Ahí también fue muy sutil al no tratar de tirar de hilos, pero la veda ya estaba abierta. Aproveché para contarle por encima lo ocurrido omitiendo los detalles y terminé dejándole claro como el agua con la mayor naturalidad del mundo que estaba soltera y sin compromiso.

A raíz de ese momento, la conversación fue mucho más... ¿cómo explicarlo? Le notaba más contento, más eufórico, no sé. Incluso bromeó conmigo diciéndome que quizás el destino había querido mandarme en un avión a dos mil kilómetros de distancia para reunirme con un príncipe galo.

Me eché a reír, y es que me lo imaginé tal cual como en las ilustraciones de los cuentos, con una casaca azul añil con cinturón y pasamanería dorada, montado a lomos de un caballo blanco.

Mientras esperábamos el postre, una tarta que Arthur eligió para compartir a medias conmigo, me levanté para acudir al baño un momento. No es que tuviera muchas ganas de hacer nada, pero debía preguntarle a Eva cómo seguía. ¡Qué menos!

Ni wasaps ni pepinillos en vinagre. No tenía tiempo que perder encerrada entre aquellas paredes. La llamé por teléfono.

—Hola, guapa, ¿cómo te encuentras? ¿Mejor?

—¿Yo? Divinamente —acto seguido, se echó a reír.

—¿Has vomitado o qué?

—Que no, Carola, que no, bobita mía. Parece mentira que todavía no me conozcas... Tu macho cabrío bien, ¿no?

Mi macho cabrío... hasta ese preciso instante no caí en que todo había sido una estrategia bien tramada. Ya me daba igual, es más, le daría un beso en todo el hocico cuando la pillase por banda. Flaco favor me había hecho saliéndose de la escena aquella noche.

Arthur no me permitió de ningún modo pagar la mitad de la cuenta, lo cual era mi intención. Le dije que, siendo así, me sentía en deuda con él y que me llevase a cualquier otro sitio donde poder invitarle a una copa.

—¿En serio?

—Claro, hombre.

Se levantó de la silla, yo hice lo mismo y fui a echar mano de mi chaquetón, que lo tenía dejado de caer sobre el respaldo, pero Arthur se me adelantó, lo levantó y me lo colocó sobre los hombros. Era un caballeroso galán de cine por el que cualquier mujer podría llegar a perder el norte.

No fue una copa, sino tres las que nos tomamos en un pub guapísimo de las inmediaciones, todo decorado a base de madera por fuera y por dentro. La suave música nos permitió seguir dándole a la lengua a destajo.

Y digo bien con eso de “darle a la lengua”, ya que, sobre aquel cómodo sofá, me besó por primera vez. Más de una docena de besos grabados a fuego llevábamos encima cuando salimos y enfilamos de vuelta hacia ese hotel que guardaré en mi corazón hasta el día del juicio final.

Allí había comenzado esa misma tarde para mí la felicidad en estado puro, y es que el emocionante cierre de ese primer día de nuestra aventura londinense fue tan solo un pequeño aperitivo.

Me acuerdo de que esa noche, al volver, me temblaban las manos tratando de meter la tarjeta por la ranura de la puerta de nuestra habitación. Eran las dos y pico de la madrugada y Eva estaría dormida como un tronco, por lo que traté de no hacer ningún ruido para no despertarla.

De nada me sirvió entrar con tanto sigilo. Aunque el suelo estaba enmoquetado, me descalcé en la entrada y me acerqué a mi cama de puntillas. Me quité el abrigo y dejé mi bolso tipo saco en una esquina de la mesilla de noche.

Mal puesto por culpa de la oscuridad, ya que no quise ni dar ninguna luz. Al instante de soltarlo, se cayó. Cartera, llaves, móvil, espejo, neceser... allá se estrelló todo contra el suelo. Eva abrió los ojos de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó sobresaltada.

—¡Ay, dios! ¡Lo siento! —le dije juntando las palmas y poniéndolas por delante del pecho como quien suplica perdón—. No pasa nada, se me ha caído el bolso.

Mi amiga alargó el brazo y encendió el foquito central, el que había entre ambas camas. Entornó un poco los ojos para acomodar la vista a la luz y me miró fijamente.

—¿Seguro que no pasa nada? Guapita, se ve que no te has mirado al espejo...

Se echó a reír. No entendí a qué se refería hasta que me fui al baño y lo hice. Tenía los alrededores de la boca de pena, a cuenta de los restos del lápiz de labios. El morreo final con Arthur en el escalón de entrada del hotel antes de despedirnos había sido ya cosa fina.

Menos mal que no me crucé con nadie desde que nos dijimos adiós hasta alcanzar la habitación. Cuando salí del baño para acostarme, ya con el cutis bien limpito y el pijama puesto, Eva dormía de nuevo plácidamente...

## Capítulo 9

A las ocho de la mañana del día siguiente, me despertaron unas palmadas delante de mis narices. Yo estaba todavía en los siete sueños, pero mi amiga no estaba dispuesta a dejarme alcanzar el octavo ni bien ni mal.

—¡Hey! ¡Arreando, que hay mucho que hacer, como te diría mi madre!

—Mmmmm...joooo...nooo

—¿Cómo que no, pendón desorejado? —me dijo, dando a la vez un tirón de mi edredón y dejándolo caer a los pies de la cama.

—¡Venga, que tienes también mucho que contarme!

Cualquiera no le hacía caso. Me duché, me vestí a la carrera y en menos de veinte minutos ya estábamos las dos desayunando en la enorme cafetería del hotel. Entre sorbos de café y mordiscos de croissants a la plancha le conté paso a paso todo lo sucedido la noche anterior.

—Me alegro de que lo pasarais tan bien, Carola. La pena es que viváis tan lejos el uno del otro, porque le conozco un poco y creo que os podríais llevar muy bien, que haríais muy buena pareja, vamos.

—Ya —le contesté con gesto de resignación.

—Bueno, mientras estemos aquí, tú déjate llevar y disfruta. Nunca se sabe en esta vida...

No, nunca se sabe. Al salir a la calle, nos topamos con Arthur, que entraba a trabajar y llegaba con cinco minutos de retraso. Me hizo gracia. “Mea culpa”, me dije para mis adentros.

—Buenos días. ¿Dónde van mis chicas favoritas? —nos preguntó con esa alegría natural que le caracterizaba.

—Pues mira, creo que vamos a hacer el tour por toda la ciudad en el bus. ¿Cómo lo ves? —respondió Eva.

—Me parece genial, así lo veis todo al paso. Ya luego podéis ir visitando tranquilamente cada cosa, el Tower Bridge, Picadilly Circus, la catedral de San Pablo, tú sabes...

—Sí, algo así había pensado.

—Yo también he estado pensando una cosa mientras desayunaba, a ver qué os parece —dijo Arthur mirándonos a las dos—. ¿Os apetece que quedemos esta tarde y nos montamos en el London Eye?

—¡Ay, sí, por favor! —le contesté, exaltada, por ambas. No me corté ya ni un pelo—. Le dije ayer a Eva que eso no me lo quería perder.

—Venga, pues no se hable más, que ya entro justo de hora. Aquí mismo os recojo a las siete de la tarde. Quizás te dé una buena sorpresa a ti, Eva —le dijo a mi amiga.

—Perfecto.

El día pintaba bien. La perspectiva de volver a compartir unas horas cerca de Arthur me hizo una ilusión tremenda. De camino a la parada del bus del tour, ya iba dándole vueltas al coco con qué ponerme para esa ocasión.

—Estarás contenta, ¿no? —me preguntó luego Evita allí en la acera, mientras esperábamos la llegada del vehículo.

—¡Puffff! ¡Ja, ja, ja! Pues sí.

Hacía un frío que pelaba esa mañana. Habíamos entrado en una de las tiendecillas junto a la

parada en que lo cogimos y nos habíamos pillado unos simpáticos gorritos de lana con pompón y visera, de esos de estilo peruano que se anudan bajo la barbilla.

Incluso así, íbamos más tiesas que un par de flamenquines en el congelador, recorriendo las calles de la ciudad desde allá arriba en la planta alta, esa en que los viajeros van al aire libre.

Entre el frío y la velocidad de aquel bicho por las avenidas, subiendo y bajando cuestas, llegó un momento en que me temí que hasta los ojos se me fueran a congelar.

Llevábamos también guantes gordos tipo motorista, por lo que nos turnábamos a la hora de sacar el móvil del bolso para hacernos fotos con tal de no quitárnoslos.

Nuestros *selfies* son para verlos; con la lengua fuera, poniendo morritos, con los pulgares levantados...se nos nota en todos ellos a cuál más feliz. Aquel segundo día, ya a pata sobre el asfalto, presenciábamos también el cambio de la guardia real ante el Palacio de Buckingham, un espectáculo que ningún turista debiera perderse.

La gente se arrima todo lo que puede para hacerse fotos con esos hombres que, más que hombres, son verdaderas estatuas humanas. Dan hasta miedo porque no hay un dios que los vea ni siquiera pestañear cuando están allí firmes con sus cascos y sus despampanantes uniformes.

Hasta los caballos en que permanecen montados algunos parecen de piedra. El momento del relevo en sí es un show total; una serie de movimientos bien coordinados, pero como si se tratase de una cuadrilla de rígidos muñecos de juguete a los que hubieran dado cuerda, pegando vueltas y taconazos acojonantes en el suelo.

Si le llegan a dar a una un pisotón con ese ímpetu, le hacen papilla el pie y se lo tienen que amputar. ¡Qué puntazo aquellos clips de Playmobil de tamaño humano! También estuvo cachondo nuestro almuerzo. No teníamos aún claro por dónde tirar.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Nos metemos en un Burguer King? ¿Un Telepizza? —me preguntó Eva.

—Ufff, no me apetece pizza otra vez. Ya la cené anoche con Arthur.

—¡Qué *joía!*

Justo en ese instante pasábamos por al lado de un local de esos de comida ya preparada para llevar. El olorcillo a pollo asado se nos metió por la nariz a las dos. Teníamos más hambre que el perro de un ciego y nos miramos a los ojos. Evita y yo, a veces no necesitamos ni palabras para entendernos.

—Que sí, ¿no?

—¿Y por qué no? Lo malo es que no tenemos cubiertos —le dije.

—Ni falta que nos hacen, Carola.

No, no nos hicieron ninguna falta. Fue de risa. Para haber visto también a aquel par de cabras sentadas en el banco de un parque, pegándole bocados a los muslos de pollo... Ahí sí que de verdad terminé chupándome los dedos, aunque no fui la única. Parecíamos dos adolescentes.

De todas formas, de todo lo visto y vivido en aquella segunda jornada, me quedo con el episodio del London Eye. Para esa tarde, elegí una vestimenta que me abrigaba más pero que no por ello resultaba menos sugerente.

¡Poco chula que iba yo con mis leggins negros imitando cuero y mis botas mosqueteras de flecos, vamos! Me las había comprado esa misma mañana en una famosa zapatería de Carnaby Street, otro de los rincones de Londres que no tiene ningún desperdicio.

La sorpresa para Eva anunciada por Arthur esperaba allí de pie en la calle junto a él, sin papel de regalo ni lazo. El pelirrojo que por la noche había hecho palpar mi corazón se había traído a Helen, esa hermana con la que Eva había tratado igualmente años atrás, tanto en tierras británicas

como españolas.

También tengo aún fresco en la mente ese abrazo en que se fundieron después del impacto inicial, pues ninguna de las dos sabía que se encontraría en ese escenario y en ese momento con la otra cara a cara.

El muchacho tampoco le había dicho a Helen a dónde iban ni con quién. Tan solo le pidió que se dejase llevar sin hacer preguntas, que se reunirían con una persona del pasado y que ese reencuentro le encantaría. Y vaya si les encantó a las dos.

Y a mí me vino de perlas el hecho de que tuviesen que ponerse al día de sus respectivas vidas porque eso me permitió mis buenos ratos charlando a solas con Arthur por las calles.

Ellas iban siempre por delante de nosotras enfrascadas en su propia conversación, pues el asunto no se limitó a subirnos a aquel gigantesco aro que ofrecía unas increíbles vistas del Támesis y de todo Londres desde arriba. La tarde noche nos cundió tela.

A pesar de la lentitud del ascenso, cuando la cabina de cristal en que íbamos los cuatro alcanzó ya cierta altura, empecé a sentir algo de vértigo. Arthur me lo notó enseguida.

—¿Te ocurre algo? Te veo un pelín pálida.

—Tranquilo, es solo que las alturas y yo no nos llevamos muy bien.

—Cierra los ojos un momento —me dijo—. Imagina que estás en una habitación con unas grandes cristalerías desde las que se ven los tejados de todos los edificios de la ciudad.

Diciéndome esto, ya estaba colocado a mis espaldas, me tenía cogida suavemente por la cintura y me guiaba lentamente hacia delante, hasta hacerme alcanzar la barra metálica horizontal a la que se agarran los viajeros.

Con sus manos en mi cintura y pidiéndome que me imaginara dentro de una habitación, cualquiera se concentraba. Sentí un beso en mi nuca antes de que volviera a abrir la boca.

—Ahora, agárrate a esta barra, abre los ojos despacito y recuerda que estás en una habitación, ¿vale?

—¡Guauuuuuuuuu! —exclamé cuando los tuve abiertos, mucho más tranquila ya.

Miré de reojo a Eva y a Helen. Se hacían las suecas contemplando las vistas a un par de metros de distancia de nosotros, pero apoyadas sobre la misma barandilla. Seríamos unas veinte personas las que estábamos dentro de aquella cápsula.

Es de suponer que se habrían coscado del tema y habían preferido hacerse las tontas, muy discretas ellas. Fue una experiencia preciosa, la verdad, pero nada que ver con la guinda del día.

Después de bajar de esa colosal noria (ahora que Eva no me escucha ya puedo llamarla así), dimos un buen paseo por la zona y nos hicimos un millar de fotos más.

Tengo enmarcada en el salón una de ellas junto a Arthur con el Parlamento detrás de nosotros, y es que viajar a Londres en plan turistas y no hacerse fotos cerca del Big Ben es imposible.

Me tiene echado el brazo por encima del hombro en ella. En realidad, ya apenas me lo quitó en todo el tiempo tras hacérsosla. Desde allí, nos fuimos a cenar a un bonito restaurante. No era muy grande, pero tampoco le faltaba su gracia. Nos lo pasamos pipa los cuatro.

—Chicas, ¿qué os parece si nos vamos a alguna discoteca a echarnos unos bailecitos y tomarnos unas copas? —propuso Arthur al terminar la cena.

—Te soy sincera, niño —respondió mi mosqui—. Yo estoy bastante cansada y me duelen ya las plantas de los pies de tanto trote que nos hemos metido hoy para el cuerpo, pero podéis irnos vosotros sin mí.

—A mí tampoco me hace mucho el tema, Arthur. Mañana me toca madrugar para currar —le dijo la hermana.

Pensé por un momento que tal vez estuviesen ya compinchadas para que me volviera a quedar a solar con él. Por mí encantada, ya ves tú. Y sí, sí que estaba una en lo cierto, era una trama entre ellas, según me contó Evita al día siguiente.

—¿Y tú que dices, preciosa? —Arthur ya no tuvo ningún reparo en referirse a mí de aquella forma delante de las otras dos.

—Que ni me duele nada ni tengo que poner el despertador esta noche. Además, estoy deseando ver alguna discoteca de Londres...

Ya estaba todo dicho, así que terminé viendo una discoteca londinense acompañada por el hombre más maravilloso con que se pueda soñar, antes de rozar esa misma noche las estrellas junto a él sobre el colchón de su propia cama...

## Capítulo 10

Fue increíble aquella primera vez con Arthur. Con la retirada de Helen y Eva, habíamos vuelto a quedarnos solos con toda la noche por delante. Al día siguiente era sábado y él no trabajaba, con lo que tampoco tenía ninguna prisa.

Creo que lo mismo hubiese dado que fuese miércoles, lunes o cualquier otro día de la semana. Apuesto lo que sea a que no le hubiese importado un pimiento entrar a currar empalmado con la noche.

No podría decir quién de nosotros dos estaba más entusiasmado en aquellos momentos. A mí se me caía la baba con él y a él se le iban a caer los ojos de tanto mirarme de aquella forma. La sonrisa tampoco se le apartaba de esa preciosa boca que me había cautivado nada más verla.

—Así que quiere usted ver una discoteca de Londres, señorita...

—Hombre, si puede ser...

—Cómo no. Sus deseos son órdenes para mí.

—¡Hey! Te recuerdo que además has sido tú quien ha propuesto el plan en el restaurante —le dije.

—Tienes toda la razón del mundo. Y estaré encantado de guiarte por lo más selecto de la noche londinense —me contestó.

Sonreí interiormente, pensando que lo más selecto de la noche londinense para mí era él. De la noche y del día. Paramos el primer taxi libre que vimos al paso. Mi bombón de ojos verdes le dio las indicaciones al conductor y este se puso en marcha.

Durante el recorrido, Arthur no me soltó la mano ni un segundo. Fuimos todo el tiempo en silencio e imagino que los dos íbamos pensando en lo mismo. Quise pagar la carrera cuando llegamos a nuestro destino, pero no me lo permitió tampoco aquella vez.

—¡Eh! Quieta ahí —me dijo al intentar abrir el bolso para echar mano de la cartera.

—Pero...

—Nada de peros —Pagó al taxista, nos bajamos y continuó con la porfía—. Solo te voy a pedir un favor, ¿vale? Cuando estés conmigo, ni se te ocurra sacar jamás un céntimo de la cartera.

—Bueno, hombre. Si te pones así, te haré caso —le sonreí.

Yo no tenía ni pajolera idea de dónde estábamos. Ni me importaba, para qué mentir, pero Arthur debió leerme la mente porque enseguida me lo explicó sin necesidad de preguntarle.

—Esto es Ganton Street.

—Como si me dices que estamos en el planeta Marte. Estoy totalmente desubicada—le respondí.

—¿Te acuerdas de la calle donde decías que te habías comprado esas botas?

—Más o menos.

—Pues está ahí al lado, al volver esa esquina—me la señaló volviendo el cuello hacia la derecha.

—Ammm. Muy bien. Pues sí que estoy yo buena.

—Y tanto que sí...—nos echamos a reír a la vez. Creo que debí ponerme como una amapola, porque sentí cómo el calor repentino me subió a la cabeza.

El sitio en cuestión al que entramos no podía ser más original. En mi vida he visto nada así.

Era un local enorme en el que se fusionaba el mundo del circo con el mundo de la noche y sus entresijos.

De pronto nos vimos tomando gin tonics entre shows de magos, payasos, acróbatas, contorsionistas... Hasta individuos montados en zancos se paseaban por allí entre las mesas.

No faltó ni el clásico numerito del fuego, ese en que la persona porta un par de palos prendidos, se mete uno de ellos en la boca y termina echando fuego por ella como si se tratase de un dragón.

Se lo vimos hacer a una mujer vestida con un body ajustado de látex y los brazos tatuados desde los hombros hasta la punta de los dedos. La gente bailaba como poseída, la música era buenísima...

Recuerdo que casi todo el mobiliario estaba tapizado con brillante terciopelo rojo, incluso las barras para pedir copas y los bandós de ondas colgados del techo eran de la misma tela.

Todo era una pasada allí dentro, todo estaba diseñado para sorprender al público bajo aquellas luces de neón. Con el tercer cubata, empecé a sentirme una miaja achispadilla.

No puedo asegurar si fue exactamente por el alcohol o por el escándalo del ambiente. Arthur y yo también habíamos bailado lo nuestro, alternando a ratos con apasionados besos y tragos en uno de tantos sofacitos esquineros. Empecé a agobiarme por el calor.

—¿Y si nos vamos para otro lado?

—¿Quieres ir a algún pub más tranquilo o es que quieres descansar ya? —me lo preguntó un tanto desilusionado, diría yo. Era como si temiese que le fuera a contestar que prefería que me llevase de vuelta al hotel, pero esta que está aquí no tenía ninguna intención de eso aún.

—No, no me estoy refiriendo a que me quiera acostar ya. Solo que me gustaría tomar la última en algún sitio menos ruidoso. Esto está muy bien, pero prefiero sentarme ahora a charlar contigo donde podamos estar más tranquilos —le respondí.

—Te propongo algo, pero sin compromiso ninguno, ¿vale?

—Vale.

—¿Te apetece que vayamos a mi casa? Tengo de todo para beber y una buena terraza acristalada. Más tranquilos que allí no vamos a estar en ninguna parte. A mis amigos les encanta.

No lo dudé ni un solo segundo. La casa de Arthur resultó ser un ático de esos que quitan el hipo, en pleno corazón de la ciudad. Me quedé con la boca abierta nada más entrar en él, sin saber para dónde mirar.

—¡Jopé! Esto te ha debido costar un ojo de la cara —no pude evitar decírselo tal cual se me pasó por la cabeza.

—Bueno, ahora te cuento. ¿Qué te apetece tomar?

—Algo suavecito, no quisiera más alcohol.

—¿Te preparo un cóctel San Francisco?

—Perfecto—le respondí.

La susodicha terraza era un placer para los sentidos, decorada al estilo árabe. Estaba cubierta por una gran alfombra turca, tenía unos sofás bajitos con cojines de todos los tamaños y colores, farolillos morunos por las esquinas y un precioso lamparón colgado del techo, con borlones, de tela de algodón color crudo.

Arthur no dio la luz. Encendió varias velas y las metió en los faroles de forja del suelo, creando un ambiente de lo más relajante e íntimo. Tras brindar por nosotros dos, fue en aquellos mismos sofás donde me contó la historia del piso.

Tanto él como su hermana habían heredado de los abuelos maternos una serie de tierras

irlandesas. Estuvieron dudando sobre qué hacer con ellas y al final terminaron vendiéndolas por una pasta gansa.

Él había invertido su parte en aquel espléndido ático y Helen tenía guardado aún su dinero con idea de invertirlo en un negocio, en un futuro ya a la vuelta de la esquina.

La chica pretendía montar una boutique de abrigos, bolsos y carteras piel y andaba ya buscando un local apropiado por los barrios de más prestigio de la ciudad.

Una vez que diera con él, todo sería ponerse rápidamente manos a la obra. Serían más o menos las cuatro de la mañana cuando me formuló la pregunta del millón. Las preguntas, más bien...

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Quieres que te lleve al hotel con Eva o prefieres quedarte a dormir conmigo?

No tuve que responderle. Mi mirada clavada en la suya mientras me mordisqueé la comisura de los labios bastó para que entendiese que tenía las mismas ganas que él.

Arthur se acercó a mí y me dio el último de tantos besos que ya me había dado a lo largo de la noche, antes de cogerme de la mano para llevarme hacia su dormitorio. Allí me caería un puñado de ellos más.

Íbamos casi a tientas por el pasillo, ya que tampoco quiso encender ni una triste lamparilla por el camino. La única iluminación que guiaba nuestros pasos era la débil luz de la luna que entraba por los cristales de las ventanas.

—Espera un momento, que necesito hacer algo —me pidió ante la puerta de su cuarto.

—Ok, pero un momento solo o me largo, ¿eh? —le dije en broma.

—Qué mala eres —desapareció en la boca del lobo—. Entra ya, me dijo pasados unos segundos.

Cuando puse los pies en aquella habitación, sí que casi me da algo de la impresión. Eso sí que era una auténtica suite de lujo y lo demás son tonterías.

Una cama redonda, vestida con una elegante colcha blanca de hilo y cojines con tiras bordadas, predominaba en el centro de aquella estancia cuyo techo estaba recubierto de punta a punta por un espejo en el que se reflejaba todo lo que dentro del cuarto había.

Este último detalle en concreto de la decoración me recordó inevitablemente la escena del principio de “Instinto básico” en que se ve a Sharon Stone montándose con Michael Douglas.

El majestuoso cabecero de piel blanca con forma de media luna hacía juego con las dos mesillas semicirculares a ambos lados de la despampanante cama que poco después nos acogería.

No sé qué imagen le estaba dando bajo esa suave luz tan cálida que no sé ni de dónde venía. Solo sé que me llevé las manos a la cabeza, aún parada allí en la entrada sin poder avanzar por la elegante moqueta burdeos que cubría totalmente el suelo.

—¿Te gusta? —me preguntó Arthur, que estaba en la pared del fondo, delante de unos cortinajes también de película.

—Madre mía, ¿y a quién no?

Mi príncipe de las mareas avanzó hacia mí despacito y yo fui avanzando hacia él. Estiró los brazos ofreciéndome las palmas de sus manos vueltas hacia arriba y se las tomé.

Nos fundimos en un largo beso que parecía que no iba a terminar nunca. Arthur me rodeó con un brazo por la cintura y con la mano libre me fue acariciando el pelo a la altura de la nuca hasta ir hundiendo sus dedos bajo él.

Parece que aún puedo sentir el tironcillo que me dio de aquellos mechones, forzándome a dejar caer la cabeza hacia atrás para besarme el cuello a su antojo. Yo me dejaba hacer con los ojos cerrados, sin poder creer que todo eso me estuviera pasando a mí.

—Eres preciosa, Carol. Lo sabes, ¿verdad?

Ni le respondí. Tan solo me aparté un poco, le sonreí y empecé a desabrocharle los botones de la camisa. Mi chico ya me estaba bajando también los leggins.

Cuando ya no me quedaba ni uno por quitarle y su pecho bien depilado quedó al descubierto, me hizo tumbarme a los pies de la cama para quitarme las botas y poder sacarme los leggins.

Mi minúsculo tanga de perlitas salió detrás. Lo que no me esperaba era que, teniéndome ya desnuda de cintura para abajo, volviese a colocármelas antes de que me abriese con esa delicadeza las piernas.

—Así estás más sexy —le oí susurrar antes de que su cabeza se metiera entre ellas, buscando un tesoro que rebosaba humedad para entonces.

Ya no pude ni contestarle, solo gemir como un gatito. Aunque puedo garantizar que el sexo oral siempre me ha chiflado, no tengo palabras para definir lo que sentí tumbada en aquella cama, a merced de su lengua.

Arthur era un fogosísimo amante en pleno furor de la batalla que me hizo tocar el cielo dos veces antes de que su miembro viril me atravesase como una espada.

Consiguió encenderme como nunca nadie lo había hecho hasta esos momentos. Todavía puedo escucharle diciéndome “sigue, sigue, no pares, no pares, por favor”, en los segundos previos al orgasmo, cuando era yo quien ya llevaba las riendas y le tenía debajo de mí.

¡Y yo que pensaba que Mario era el mejor amante sobre la faz de la tierra! Ahora me río acordándome. Solo Arthur y yo sabemos lo que nos dieron de sí esas horas sobre el colchón y la felicidad que nos envolvió desde que llegáramos al piso hasta que el negro firmamento empezara a despojarse con disimulo de su oscuridad.

Sin embargo, la amenaza de que mi cuento de princesas terminase con las primeras luces del alba apareció de golpe en mi pensamiento y me dio una estocadilla en el corazón. Qué equivocada estaba con ese temor, aunque no era tan fácil prever lo que el destino me tenía reservado.

Aquel punzante pensamiento me asaltó entre las paredes del ostentoso baño con jacuzzi, sentada sobre la tapa del wc mientras Arthur dormía ya como un bendito. Yo estaba escribiéndole en esos momentos un wasap a Eva.

“Niña, me he venido con él a su casa y dormiré aquí. Sabe dios a qué hora nos despertaremos, así que no sé decirte cuando volveré. Procuraré que no sea muy tarde ¡¡¡Perdóname, mosqui!!!”

## Capítulo 11

Creo que fue una sirena en la lejanía lo que me despertó, cuando el reloj marcaba las nueve de la mañana. Me costó unos segundos saber dónde estaba. Aquello no era la cama de mi piso madrileño ni la del hotel en que me alojaba con mi amiga.

Estaba en un escenario indescriptible, acostada a pocos centímetros de un hombre con un cuerpo escultural que había sido mío toda la noche. Traté de levantarme sin despertarle, pero en ese instante se dio la vuelta y me apresó echándome un brazo por encima.

—Mmmm... ¿dónde va usted, señorita? ¿Ya me va a abandonar?

—Hey, buenos días. Te hacía dormido —le respondí.

—Y así es. Y sueño que estoy plácidamente en mi cama con la mujer más bonita y sensual de todo el planeta —me hablaba con los ojos aún cerrados— y no quiero que me deje nunca...

Esas palabras me recordaron de inmediato aquel último pensamiento antes de echarme a dormir, sentada sobre la taza del wc. Vi a las claras que no, que, por suerte, no había terminado todavía mi papel de princesa a esas horas.

En cambio, un nuevo puñal me abrió otra herida en el pecho: en cuatro días regresaría a España y ahí sí que terminaría todo. Aparté a la velocidad del rayo aquel pensamiento de mi cabeza para no empezar el día con ninguna amargura.

—Arthur, Eva ya sabe que estoy aquí contigo, pero debería reunirme ya con ella. Está sola y me da apuro.

—No te preocupes, cielo. Escríbele y dile que ahora mismo te llevo para allá.

Volví al baño a por el teléfono y vi que ya tenía su respuesta desde hacía un ratillo:

“Ok. No te preocupes. Me acaba de llamar Helen. Dice que tiene media hora para desayunar a eso de las diez y que le gustaría que fuésemos. Trabaja relativamente cerca del hotel y quisiera enseñarnos un local para no sé qué. Tranqui, me voy para allá sin ti. Tú a lo tuyo, bruja. Ya hablamos”.

La llamé inmediatamente y acordamos vernos más tarde. Imagino que lo que me dijo también acerca de comprar unos regalitos para algunos amigos y que estaría entretenida yendo de tiendas no fue más que otra excusa para darme cuartelillo a solas con mi pedazo de pelirrojo.

—Estupendo. Vamos a desayunar y luego te llevaré a un sitio que te va a encantar —me comentó Arthur al saber ya lo que había—, pero antes ven aquí, desertora...

—Mmmm... ¿vas a besayunarme?! —le pregunté.

—¿Algún inconveniente?

—Ninguno, ninguno. Yo también tengo hambre...

Pues eso. Volvimos a hacerlo con una entrega total. Si la noche había sido redonda, la mañana no pudo empezar mejor. Después de ducharme y limpiarme la cara como pude, tiré para la cocina, donde mi chico me esperaba con un desayuno como para un cuartel entero.

—¡Hala! ¿Dónde vas con todo eso?

—¿No decías que tenías hambre?

—Ya, pero...

—Mujer, come solo lo que te apetezca.

Me tomé un café, dos vasos de zumo de naranja recién hecho y una tostada tamaño patera con

mermelada de melocotón. Hice bien cogiendo fuerzas, porque los planes que Arthur tenía para mí consistieron en patear y patear toda la santa mañana de un lado a otro.

Desde su casa, cogimos un taxi hasta el barrio de Camden, famoso por tener el mercado más grande de Londres con sus más de mil puestos y tiendas alternativas.

Allí se puede hacer de todo; comprar un regalo único, comer en cualquiera de sus puestos callejeros e incluso escuchar música en directo. En Camdem High Street te encuentras con tiendas de pintorescas fachadas temáticas, en las cuales pillar ropa gótica o hacerte un tatuaje.

Eso, entre mil cosas más. Compré unas cuantas pijotaditas, tanto para mí como para algunas amigas de Madrid. A Evita le cogí unos pendientes hippies que sabía que le iban a molar un montón.

Después de visitar aquel extravagante lugar, nos subimos a un segundo taxi en dirección a otra zona aún desconocida por esta que habla y bajamos de él en el punto exacto que Arthur le indicó al taxista.

A continuación, nos recorrimos de cabo a rabo Oxford y Regent Street, dos célebres calles londinenses donde a cualquiera se le va la cabeza por completo con el sinfín de hiper maravillosas tiendas de todas clases.

Híper maravillosas e híper caras, por supuesto. Me quedé prendada de unas botas cowboy negras con la caña entera bordada de flores de colores que vi en un escaparate.

—¿Quieres probártelas? —le oí decir a mis espaldas.

—Ufff, qué va, qué va, que se me van a poner los dientes largos —respondí.

—¿Por qué?

—¿Te has fijado en lo que cuestan, chiquillo?

Los casi trescientos euros al cambio eran ya demasiado para lo que podía permitirme con mi sueldo. Igual dio el precio, porque Arthur no me contestó.

Me cogió de la mano, tiró de mí hacia dentro y en menos que canta un gallo salía yo ya por las puertas con las flamantes botas en una preciosa bolsa con asas de tela que aún conservo como recuerdo de su primer regalo. Evita bizqueó más tarde al verlas.

—¡Son un flipe total, niña! —exclamó cuando se las enseñé.

—¿A que sí?

—Anda que no vas a fardar tú enseñando pisos por los madriles con ellas puestas...

Su comentario me hizo bajar de golpe de las nubes y estrellarme contra la cruda realidad. Me había trasladado de repente a ese otro mundo tan lejano donde ya no habría relax ninguno con el trajín diario y, lo que era mucho peor aún, donde no vería ya a Arthur por ninguna parte.

—¡Eh, tú! —exclamó mi amiga—no quiero caras mustias ahora, ¿vale? Acuérdate de lo que te dije, disfruta del tiempo que pasemos aquí y ya se verá lo que pasa.

—Lo que pasará ya lo sabemos tú y yo, mosqui. El jueves que viene a esta misma hora ya estaremos volando otra vez de vuelta para casita... y a tomar por saco la bicicleta.

—Que sí, hija, que sí —contestó, dándome la razón como a las locas—. Yo te voy a decir lo que vas a hacer ahora mismito. Ponte bien guapa, plántate las botas y date prisa en vez de estar ahí sentada lamentándote, que a las tres tenemos que estar abajo en la recepción.

Habíamos quedado nuevamente a esas horas del sábado con los dos hermanos para almorzar, tras haber pasado la mañana de aquí para allá. Lo hicimos en otro céntrico restaurante donde Helen se playó contándonos su proyecto sobre aquel negocio que tenía intención de abrir.

El resto de la tarde lo echamos también sin parar, yendo de lado a lado de la cosmopolita ciudad. Nos hicimos selfis en grupo en Trafalgar Square y, ya que estábamos allí tan cerquita,

entramos en la National Gallery, un museo que alberga una de las colecciones de arte más grandiosas del mundo.

A cierta hora antes de la cena, Helen se despidió porque tenía un compromiso con unos amigos para ir al cine, de manera que nos quedamos solos nosotros tres.

—Vaya por Dios, ahora me toca de sujetar velas —dijo Evita en cuanto aquella se giró y enfiló calle abajo.

—No seas tonta, niña —le dije yo—, ahora cenamos los tres por ahí tan ricamente.

—Claro —intervino Arthur. ¿Os apetece cenar comida mexicana?

Cenamos en el mexicano, cómo no, y es que cualquier cosa que nos hubiera propuesto nos habría servido igualmente en aquel paraíso urbano. Unos chupitos de tequila parecía que iban a echar el cierre a la jornada.

Bueno, en realidad, ese fue el punto final del día para Eva, pero no para mí. Arthur era una caja de inagotables sorpresas que, aunque nos había dejado a las dos en la entrada del hotel, volvió a dar señales al cabo de cinco minutos.

Aún ni nos habíamos desvestido. Recuerdo que soltamos los bolsos y los abrigos y que estábamos todavía sentadas en las camas descalzándonos y paliqueando cuando me envió un wasap preguntándome si quería conocer la suite...

—¿Estás loco? ¿Dónde andas? —le pregunté desconcertada.

—No muy lejos de ti, en la última planta.

A Eva no le hicieron falta muchas explicaciones para entender lo que estaba pasando cuando la miré a los ojos y me encogí de hombros.

—Vamos, que otra vez duermo sola, ¿no? —fue decírmelo y echarnos las dos a reír.

—Va a ser que sí.

—Anda, tira millas, golfanta. Ya mañana me cuentas. ¡Bueno, no! ¡Ahórrate los detalles, que ya me los imagino!

## Capítulo 12

Arthur descorrió las cortinas. Yo no sabía ni en qué mundo estaba, pero fuera el que fuera, no podía ser más perfecto, ya que en él se encontraba el hombre que se estaba acercando a mi corazón a pasos agigantados.

Que Arthur y mi corazón estuvieran en la misma frase, se traducían para mí en que la afilada daga del destino se insertara en mi costado, provocándome un dolor difícil de describir. El paso de los días no estaba sino afianzando aquel intenso vínculo que se había creado ya entre los dos y el miedo a la separación se convirtió en mi acompañante vespertino.

Sin poder evitarlo, me sorprendía a mí misma contando con los dedos los días que me quedaban por disfrutar con él y, por más que lo pretendía, no sumaban más de cuatro. El jueves mi mosqui y yo estaríamos pisando el asfalto madrileño y me daba pavor pensar lo que ocurriría con Arthur y conmigo.

—¿Qué te pasa, bonita? ¿Por qué le estás dando tantas vueltas a esa cabecita?

—Nada, solo es que me he rayado un poco, como decimos nosotros.

—¿Rayado? Yo creía que eso solo les pasaba a los discos—bromeó, sabiendo de sobra lo que me pasaba.

No quise entrar al trapo y enseguida comencé a hacerle unos arrumacos que debieron saberle a gloria a juzgar por la carilla que puso. La complicidad que rezumábamos Arthur y yo se dejaba ver a cada instante; en cada risa, en cada caricia y sobre todo en cada mirada... Miradas penetrantes que, sin decir nada, lo decían todo.

Si dicen que una imagen vale más que mil palabras, no digamos ya una mirada. Una mirada tiene el poder de escribir de golpe mis versos en un papel en blanco, una mirada traspasa la mente del otro e inserta en ella incontables emociones, una mirada tiene el poder de trascender el tiempo...

—¿Sabes, bonita? Estoy pensando algo, no sé si es factible o no.

—¿Pensando? Ya te digo yo que no lo es—bromeé y quité un poco de hierro al asunto, no estaba demasiado fina aquella mañana de domingo.

—Hoy tampoco tengo que trabajar y me deben unos días... Podría unirlos y quizás estaría genial que hiciéramos una escapada a algún lugar en las cercanías de Londres...

—¿Te refieres a conocer otros lugares?

—A eso mismo, pero sin que el cuartel general sea el hotel. Hablo de una escapada total, de varios días. Creo que ya has visto lo más representativo de Londres y Eva ya se lo conoce bastante bien. Sin embargo, me gustaría enseñaros ciertos lugares aledaños de los que sé que podréis llevaros inmejorables recuerdos.

—¿Cómo por ejemplo? A mi dime sititos que me motiven o no me muevo de aquí, te lo advierto.

—Como por ejemplo York, mis padres viven ahora allí. Se trasladaron cuando pasaron a mejor vida...

—Espera, tus padres viven, ¿no? —yo no estaba borracha ni drogada ni nada y en los últimos días les había escuchado hablar mogollón de sus padres a él y a Helen.

De hecho, yo pensaba que ambos sentían devoción por ellos. Esa parte me gustaba mucho de

Arthur. Bueno, ¿y cuál no me gustaba? Pero me refiero al hecho de que dicen que quien es buen hijo y buen hermano, es buen marido y buen padre.

Ya estaba mi fantasía echando a volar como una cometa. Suspiré porque tenía que ir controlando aquellos pensamientos antes de que crecieran y me envolvieran como una sábana. En cuanto a lo de que no estaba ni borracha ni drogada, hasta ahí de acuerdo. Aunque sí era cierto que a veces me comportaba como si me hubiera tomado una tortillita de setas alucinógenas... Pero ese era parte de mi sello personal.

—Claro que están vivos, pero pasaron a mejor vida el día en que se jubilaron, ¿no te parece? —ríe a mandíbula batiente.

Yo quería perderme en esa risa, en esa mandíbula y en esa vida tan entusiasta que tenía...

Nos fuimos a buscar a Helen para desayunar no sin antes hacer honor al archifamoso título de “Show must go on” de mi idolatrado Freddy Mercury y volver a repetir eso que tan bien se nos daba hacer y que habíamos practicado entre las sábanas con tanto ahínco la noche anterior.

Tocamos en la puerta de Evita y la vimos aparecer en plan zombi.

—¿Todavía estás así, empanada mía? Corre a vestirse ya, hombre...

—Mira quién fue hablar, cuando estás sola conmigo no tienes prisa. Bien se nota que ahora te están dando candela y eso te reactiva—me guiñó el ojo con esa gracia suya que le permitía decir las mayores barbaridades con indulgencia plena.

—¿Te va bien la calefacción? —le preguntó Arthur, notando que allí hacía más frío que en la Primera Comunión de Pingu.

—Se estropeó anoche, ¿se nota? Me he tapado hasta con el albornoz, la cabeza y todo.

—Mujer, tenías que habérmelo dicho y te hubiéramos reubicado anoche de inmediato.

—Claro y te pillo en pleno asalto sexual y Carola me mata. No sabes cómo se las gasta. No es por nada, pero ha estado muy falta de... tú ya me entiendes.

—Mosqui que te estoy escuchando, a ver si te crees que estoy sorda...—puse los brazos en jarra.

—Tú a lo tuyo, arpía... Y bueno, tú cámbiame de habitación esta noche y ya está, que o mucho me equivoco o vuelvo a dormir sola como la una... así que al menos lo haré calentita—le comentó a Arthur.

—Calentita vas a dormir, pero a cachetadas como no te aligeres, mosqui, que tengo un hambre que no veas. Y despreocúpate de esta noche, que aquí el pelirrojo de mis amores dice que vamos a cambiar el tercio.

—¿Cambiar el tercio? ¿Por fin se han dado cuenta de que somos de alta alcurnia y nos van a alojar en el Palacio de Buckingham?

—Sí, hombre, en eso estaba yo pensando, en ir a reírle las gracias a la reina Isabel, como la jodida tiene tanta gracia... Yo es que me parto con ella, vamos... No, atontada, nos vamos a ir donde mis suegros—bromeé—a una casita que tienen en York.

—¿Nos vamos a ver a tus padres? —miró a Arthur con emoción—Evita les tenía mucho cariño, de eso no había duda.

—No, todavía mejor, mis padres están de vacaciones y tenemos su casoplón para nosotros solos. Ya he avisado a Helen y dice que se viene.

—Mucho mejor, que ya me veía todo el día de carabina con vosotros y con algún salpicón que otro.

—No digas porquerías, que ya me has levantado el estómago, mosqui.

—Vaya, que se me olvidaba que la señorita es de hocico fino. Pues nada, que no sabía yo si a

su majestad le iba a molestar la presencia de una plebeya como yo en la corte, ¿mejor así?

—Apéame el tratamiento, súbdita. No hace falta que me trates de majestad, al menos en privado—le dije sabedora de que me iba a llevar un buen zurriagazo con la camiseta que tenía en la mano.

—Ya te la has ganado, ¿y qué es eso de apéame? Un peo es lo que me voy a tirar para ti, subidita, que estás tú muy subidita.

Hasta las cejas nos pusimos los tres de desayunar antes de partir rumbo a York. A renglón seguido, recogimos a Helen y los cuatro partimos hacia ese destino perfecto para hacer una escapadita desde la capital de Inglaterra.

Cuatro horas de coche nos separaban de una de las ciudades más bellas del Reino Unido, como iba a comprobar muy pronto. Cuatro horas y un millón de canciones en español y en inglés que fuimos cantando durante el trayecto. Yo iba con Arthur de copiloto y las chicas detrás.

El sumun de la guasa llegó cuando comenzó a caer una tormenta de no te menees y casi por inercia a los cuatro nos dio por cantar la mítica canción de *“quiero rayos de sol, tumbados en la arena y ver cómo se pone tu piel dorada y morena...”*

Ajustándonos a la realidad, allí los rayos de sol eran un bien bastante escaso, vamos que el rastro rey se cotizaba que era un gusto. Pese a que el agua corría a chorros por los cristales del coche empañando el paisaje, lo disfruté mucho. Es más, caí entonces en que no había un solo detalle desde que habíamos llegado a tierras inglesas que no hubiera disfrutado, con independencia de que hubieran venido mejores o peores dadas. ¿Sería esa una señal?

Llegamos a York y lo primero que me llamó la atención fue que Arthur nos contó que tenía uno de los pasados vikingos más importantes de todo el país.

—Buena cosa le vas a decir a esta, ¿no te ha contado lo de cuándo iba con los frikazos esos? —le preguntó Eva a Arthur.

—¿Qué frikazos? Cuenta—la miró él con atención. Yo ya me había dado cuenta de que a Arthur le encantaba saber cosas de mi pasado, indagando en mis vivencias, gustos e ilusiones.

—Acabáramos, ya os va a poner la cabeza como un bombo. Se ve venir—me quejé.

—¿No te ha dicho nada? Pues allá voy.

Hice un redoble de tambores, porque sabía que lo que venía no tendría desperdicio.

—Pues la niña que se me mete hace años en un grupo de esos de frikis de rol en vivo y se me hace vikinga. Tenías que verla, no sé cuántas indumentarias tenía; que si la de gala, la de diario, la de guerra...

—¡No me fastidies! —los ojos de Arthur de pronto parecían saltones de lo mucho que pareció gustarle el tema.

—Sí, es verdad, no veas si nos lo pasábamos bien, espadazo va y espadazo viene.

—¿Participabas en combates y demás?

—Hombre claro. Es que tú no has escuchado a José Mota, claro, pero “si hay que ir se va, pero ir pá ná...” Yo ya que iba, repartía palos a diestro y siniestro...

—Y también te llevabas alguno, que recuerdo una vez que llegaste a mi casa con un huevo en la frente que a mi Nerea le dio hasta miedo, se puso a llorar la pobre.

—Es que tu Nerea es un poco quejica, como su madre—bromeé porque yo adoraba a esa niña, que para mí era como mi sobrina.

—Oye, todito te lo consiento menos meterte con mi Nerea, que me sale la vena Belén Esteban y te arrastro por todo York—me advirtió con aquella risa franca tan característica de ella.

—Eso, tú a mí me llamas friki y todo lo que te venga en gana, pero que a la niña no te la toque.

—Ahora lo has pillado.

Como el perro y el gato parecíamos llevarnos a veces, pero no era más que eso, un parecido. Lo cierto es que yo no sabía vivir sin mi mosqui ni ella sin mí y esa era la única verdad verdadera del mundo entero mundial.

Entre pitos y flautas ya habíamos llegado a la puerta de la casa de los padres de Arthur y Helen, que desde luego tenía una pinta imponente.

—¡Guauuuuuuuuuuuuuuu! Esto no es una casa, esto es una mansión señorial de esas de las películas—señaló Eva al bajarse de un salto del coche.

—Sí, sí, esto es un testimonio vivo del rico patrimonio de este país—me salió del alma el comentario.

—Oye, tú, cursi, ¿te has tragado una enciclopedia? Abrase visto la niña esta, que nosotras somos de barrio, que no te enteras, Contreras...

—Hija, déjame, para una vez que me he metido yo en el papel...

Majestuosa, así era la casa en la que íbamos a alojarnos. Según nos contaron los hermanos, a sus padres no les había ido nada mal en sus últimos años de trabajo, por lo que vieron cumplido su sueño de disfrutar de su vejez en un lugar como aquel.

Con varias hectáreas de terreno a su alrededor imaginé en sus jardines un concierto mágico de aquellos de música clásica ofrecidos por célebres sopranos y tenores que cierran con un magnífico espectáculo de fuegos artificiales.

Me fui un poco por los cerros de Úbeda, pero es que a mi hermano y a mí la afición por la ópera nos venía desde niños, ya que mi madre solía ponernos la colección de obras de la gran Maria Callas, día sí y día también.

Resultó que entrar en aquella sublime casa de campo nos supuso a Eva y a mí una especie de viaje al pasado, pues su estilo victoriano continuaba intacto en gran cantidad de estancias. De hecho, su enorme cocina contaba incluso con su trascocina, un detalle que indicaba que aquello no era moco de pavo precisamente.

En sus relucientes estancias se notaba el buen hacer de sus dueños a la hora de acometer impecables obras de restauración. Alfombras y papel de pared eran buena muestra de ello. Si he de quedarme con algún rincón de aquella casa, elegiría sin duda la insigne biblioteca, en la que me imaginé enfrascada leyendo obras de suspense en lluviosas tardes de domingo...

## Capítulo 13

La planta superior de aquella mansión habría de acogernos por varios días, ya que no volveríamos a pisar suelo londinense hasta la tarde del miércoles, víspera de nuestra marcha a España.

Ni corta ni perezosa, dado que ya pocas explicaciones habíamos de dar al respecto, me instalé con mi pelirrojo favorito en el que venía siendo su dormitorio en la casa de sus padres. Por suerte, contaba con cama doble, por lo que la intimidad estaba asegurada.

—Yo no es por nada, Mrs. Caroline, pero parece que ahora ya no te importa lo de compartir catre—la muy deslenguada de Eva ya estaba echando leña al fuego.

—No me buscas que me encuentras, ¿eh? Tienes guasa para dar y regalar tú, puñetera.

—Es que aquí donde la veis, la señorita no podía dormir en la misma cama que yo en el hotel, bueno tú ya lo viste Arthur, pero se ve que siempre hubo clases...

—¿Te callas la boca o empiezo a soltar yo algunas de tus especialidades, guapita? A ver si te crees que aquí la única que tiene manías soy yo. De hecho, voy a contar alguna que...

—Soooo. Ya no te busco más, pero no le des a la sin hueso que también puedes ser muy cruel cuando quieres y me vas a hacer daño en el corazoncito—matizó ella poniendo cara de puchero.

—¿Veis por qué es una mosca cojonera? Tira la piedra y esconde la mano.

Los hermanos se echaron a reír y es que las que formábamos en un momentito mi amiga y yo eran un puro sainete.

Una vez nos hubimos acomodado, nos dirigimos a la ciudad, ya que la mansión estaba en las afueras, con la idea de hacer algo de compra y de recorrer sus calles con total tranquilidad.

—Yo no es por nada, pero tengo más hambre que el perro del afilador, vámonos ya chiquillos...

Cierto que las alacenas de la casa estaban llenas de comida, allí parecía que hubiera viviendo un regimiento, pero compraríamos algunos productos perecederos que consumir en aquellos días.

Por el camino los hermanos nos fueron contando que era una de las ciudades más bonitas que podíamos visitar en el Reino Unido y que rezumaba historia por sus cuatro costados.

—Menudo contraste, hemos pasado del cosmopolita Londres aquí a York, que parece que estamos en una fortaleza medieval. Y lo malo es que me he dejado el corsé en mi casa, una pena...

—El corsé es lo que te vas a tener que poner cuando vuelvas a casa con tu Abel que lo tienes dejadito de la mano de Dios, mosqui.

—Nada, nada, yo cuando vuelva le hago una función privada y ya lo tengo hipnotizado otra vez para seis meses, esto funciona así.

Mi amiga siempre bromeaba con el hecho de que a su marido le había dado en su día una especie de conjuro para tenerlo comiendo de su mano toda la vida y algo de cierto debía tener aquella historia. Fuera de bromas, lo que a Abel le fascinaba era ver en Eva a una mujer de los pies a la cabeza que se había hecho a sí misma.

Comenzamos nuestro paseo por la que Arthur nos contó que era la calle medieval más antigua de toda Inglaterra y que tenía fama de ser la mejor conservada del Viejo Continente. En The Sambles disfrutamos como un cochino en un charco.

Situada cerquita de la céntrica Plaza del Mercado y a un tiro de piedra de la icónica catedral

de York, la calle no es que diera mucho de sí, pues era más bien cortita, pero sí nos resultó inconfundible.

—Mira, mosqui, esta calle es tan estrecha que solo cabes tú por ella, pasa y ya nos cuentas— bromeé porque la jodida no cogía kilos ni a tiros.

Fuera de bromas, la estrechez de la emblemática calle te hacía pensar que ibas a poder tocar las fachadas de ciertos edificios de los dos lados al mismo tiempo.

Mientras buscábamos un restaurante, y suerte que habíamos picado algún snack antes de salir de la casa, nos encontramos con fachas inclinadas y contorsionadas de las formas más llamativas.

En una de ellas, Arthur nos sacó una foto a las tres chicas que, cuando horas más tarde Eva se la envió a Nerea, la niña decía que parecían para jugar al tetrís. Yo aproveché el comentario para reírme un rato de mi amiga y decirle que tenía una hija muy anticuada, que ese juego solo lo conocían los viejos y que si tal y que si pascual.

Siguiendo con nuestro recorrido nos encontramos con bellísimos escaparates de tiendas que parecían recién sacadas de un cuento, al conservar su aire medieval.

Después de picar algo un poco al salto de mata porque ya no eran horas y no encontramos ningún sitio decente con la cocina abierta, seguimos con nuestro paseo. Para mí y para Arthur tenía una connotación especial por lo romántico que nos resultó al ir todo el tiempo cogidos por la cintura.

A la par, las chicas, conscientes de que lo nuestro eran habas contadas por la inminencia de nuestra marcha, nos dejaban nuestro espacio e iban delante en todo momento, asomándose a todo escaparate que se preciara y merodeando por doquier.

—¿Tú no quieres entrar? —me preguntó Arthur cuando las perdimos, pues entraron en una callejuela estrecha que no podía resultar más misteriosa.

—Yo prefiero inspeccionarte a ti, sobre todo a esas dos esmeraldas verdes que tienes por ojos.

Cuando le decía aquel tipo de cosas, el rubor cubría sus mejillas, hecho que a mis ojos le hacía parecer todavía más atractivo, si es que eso era humanamente posible, algo harto discutible.

—¿Sabes? No puedo recordar cuando fue la última vez que alguien no me hacía sentir como me haces sentir tú. Eres muy especial, Carola.

—Arte que tiene una.

—Y tiros dados—añadió Eva, que salió a tiempo del callejón para empaparse de nuestra charla, oportuna como era ella.

—Yo no digo nada, pero no os podéis ir de York sin que deis un paeito en barco por el río Ouse, que es todo un clásico—nos advirtió Helen, quien también estaba por la labor de que nos lleváramos de nuestro viaje todo lo bueno que pudiéramos grabado en nuestras memorias.

—Pero ¿puede ser otro día o tenemos que ir corriendo hoy a todos los lados? Qué trajín, como no aflojemos un poco, yo voy a llegar baldada a la pelu y le voy a tener que pedir a Abel otra semana de vacaciones.

—Tres puñetas te va a dar Abel más, las que se le perdieron al borrico... con las patas, cuatro y con el rabo, cinco—le recité a Eva y los otros dos me mirando seguramente pensando que los españoles éramos muy originales en lo que a darle la lengua se refería.

Convinimos que el mencionado viajito en barco podía quedarse para otro día y poco después de oscurecer nos marchamos para la casa. Antes pasamos por una pequeña tienda de ultramarinos donde compramos algunas frutas y algunas otras cositas que se nos antojaron para picar, habida cuenta de que en la casa tampoco es que fuéramos a parar demasiado.

Helen y Eva cenaron más, pero en el caso de Arthur y en el mío debía ser que las mariposas

nos ocuparan buena parte del estómago, por lo que de verdad deseábamos era subir a nuestro dormitorio y darle una patada al reloj, a ver si éramos capaces de parar el tiempo.

—Los señores pueden retirarse a sus aposentos cuando lo deseen, que estamos viendo que les urge—nos dijo Eva, con una pizquita de retintín.

—Luego, pero antes de eso vamos a descorchar uno de esos buenos vinos que tiene nuestro padre para las grandes ocasiones—sugirió Arthur.

—Yo no es por nada, guapa, pero aquí el Arthur parece que lo que quiere es emborracharte para llevarte al huerto.

—Será eso, que le haga falta emborracharme—le saqué la lengua a Eva, gesto que sabía que era para ella una especie de declaración formal de guerra.

—Es verdad, no alardees, anda, que una está falta estos días...

—Será en estos días, porque yo creo que Abel y tú cuando no le estáis dando a la zambomba es porque le estáis dando al almirez.

Mi gestito libidinoso hizo que ella soltara un “guarri” que le salió de lo más profundo de su ser.

—Bueno, mejor que os pongáis una cremallera en la boca, que yo sí que llevo una época de sequía que no se la deseo a nadie—bromeó Helen.

—Bueno, pues por ti sí lo hago, Helen, no voy a mentar más la sogá en casa del ahorcado...—repuse.

—¿Por Helen haces tú las cosas? ¿Así me pagas que te haya traído hasta aquí para que ahogues las penas en vino? —Eva estaba de lo más suelta...

—Venga, haya paz, vamos a brindar con un buen Jerez—propuso Arthur una vez que descorchó la botella.

—¿Y para terminar tomando un Jerez hay que venir hasta aquí? Vivir para ver—concluí y mi mosqui ahí sí que me dio la razón.

Claro está que aquel no debía ser un Jerez cualquiera, sino que sus propiedades debían ser cuando menos afrodisíacas. O eso o que bebimos más de la cuenta, porque a esa botella le siguió otra y claro...

Yo la situación no la tenía muy controlada, para qué decir otra cosa... Vamos que la habitación me daba tantas vueltas que no sabía si estaba en una cama o en el carrusel de la verbena de mi barrio.

Arthur parecía estar bastante más sobrio y por esa razón yo me dejé hacer por sus expertas manos. Bueno, por eso y porque las cosas que me hacía en la intimidad me gustaban más que un buen bocadillo de calamares, que eso para una madrileña ya es decir.

—¿Qué voy a hacer yo cuando no tenga a mano esa lengua que es para enmarcar? —le pregunté mezclando el gustillo con la penosidad cuando pasó a mayores con su boca.

—Deja la mente en blanco y disfruta, amor—me dijo mientras daba buena cuenta de mi monte del placer...

Los siguientes días fueron un estupendo compendio de risas, comilonas, paseos, visitas y, para Arthur y para mí, unos duelos sexuales interminables que a menudo nos hacían unir la noche con la mañana.

Las únicas que salían poco favorecidas de aquella eran nuestras caras, porque era innegable que arrastrábamos más sueño que un canasto de gatitos, pero poco nos importaba, para qué vamos a decir lo que no es.

Sin que fuéramos conscientes de ello, el tiempo fue pasando y el miércoles por la tarde tocaba

recoger nuestros bártulos y volver a Londres.

Pese a que la meteorología parecía habernos dado una tregua desde nuestra llegada a York, fue ponernos en carretera y comenzar a llover a cántaros.

Yo interpreté aquello como una nueva señal del destino, que también consideraba de lo más injusto que al día siguiente mi galán inglés y yo tuviéramos que poner tierra de por medio.

La última noche la pasaríamos nuevamente en la suite del hotel, contando los minutos que quedaban para decirnos un adiós que ambos rezábamos porque no fuera definitivo.

Aquella noche no desaprovechamos la posibilidad de volver a fundir nuestras pieles en una, aunque, en un intento de ir más allá, fundimos también nuestras almas...

Tras amarnos por tiempo indefinido encaramos la aventura de intentar conciliar el sueño, cosa que no fue nada sencilla. Arthur terminó por rendirse antes que yo, por lo que me dediqué a velar su sueño.

Cuánto iba a echar de menos aquel perfil en la penumbra y el tenue sonido de su respiración. Tampoco era desdeñable lo mucho que extrañaría esos abrazos que me regalaba todos y cada uno de los instantes que duraba nuestro sueño. Minuto a minuto veía que la nostalgia se apoderaría de mí camino de Madrid y sentí miedo de que esta fuera un enemigo prácticamente imbatible.

## Capítulo 14

Nuestra despedida en Louton fue un drama de los de aquí te espero, y nunca mejor dicho. Arthur le echó el brazo a Eva por lo alto y le dio dos cariñosos besos en las mejillas. Distinto fue el abrazo que me pegó a mí, que casi me rompe las costillas apretándome contra su pecho.

Aquel beso tan largo y cálido que me dio a continuación hizo que las lágrimas empezaran a caerme como ríos y que estuviese a punto de decirle a mi amiga que se fuese sin mí, que yo de allí no me movía. La noche anterior, Arthur y yo habíamos estado hablando bien en serio del futuro.

—¿Serías capaz de venirte a Londres conmigo? —me soltó de sopetón mientras tomábamos una última copa en la sala de fiestas del hotel, oyendo música de piano en directo.

—¿Que vuelva más adelante a verte yo sola?

—No, cariño, me refiero a que te vengas a vivir aquí. Podríamos ser muy felices juntos.

—Arthur, me encantas, pero yo... —la verdad es que estaba un tanto sorprendida con lo que acababa de escucharle.

—Ya... supongo que crees que es mucho riesgo, que tienes miedo.

—Tengo mi vida hecha en Madrid, mi trabajo, mis amigos, mi hermano...

—Entiendo. Bueno, ahora me conoces a mí, conoces a Helen y podrías hacer nuevas amistades. Además, así también podría venir Eva más veces a Londres con su pareja y la niña. Las puertas de nuestra casa estarán siempre abiertas para todos los tuyos.

—Lo sé, eres un encanto—lo de “nuestra casa” me sonó muy fuerte, aunque me imaginé por un segundo viviendo allí con él y la idea me hizo una ilusión loca—. Pero sí... reconozco que me da un poco de miedo. Eres el hombre más especial que he conocido en mi vida, pero... ¿y si por un casual luego no nos entendiésemos?

—Te comprendo, aunque te diré una cosa, no voy a olvidarme tan fácilmente de lo nuestro. Pienso pelear por ti lo que haga falta y un poco más. De hecho, en cuanto pueda, voy a ir a verte a tu casa. Si me invitas, claro —sonrió.

—¿Lo dudas?

—No, no lo dudo. Y tú no dudes de que cumpliré mi promesa. Y quiero que ahora me prometas tú también que vas a pensar en todo lo que te estoy diciendo, ¿vale?

—Lo haré, te lo prometo.

No sé ni lo que llevaba encima cuando aterrizamos en el aeropuerto de Adolfo Suárez, en Madrid. ¿Tristeza infinita por haberle dejado lloricoso allí delante del control policial del aeropuerto, sin valor siquiera para girarme y mirarle por última vez?

¿Miedo a que según yo me embarcase en el avión se olvidara de todo lo que habíamos vivido en esos siete días? ¿Rabia por ser tan cagueta a la hora de tomar decisiones importantes en mi vida? Mi cerebro era una coctelera.

“Aquí te estaré esperando. Cuídate mucho mientras, preciosa mía”. Eso decía el wasap que me entró nada más quitar el modo avión de mi móvil, en tanto esperábamos ver aparecer nuestras maletas en la cinta transportadora de equipajes.

Eran las mismas palabras exactas que me había dicho por la noche cuando nos dijimos adiós tras hacerlo por última vez en la suite y acompañarme hasta la puerta de mi habitación.

Allí me estaría esperando... ¿hasta cuándo?, ¿conocería a otra mientras yo me lo pensaba?,

¿sería capaz de dejarlo todo para emprender una nueva vida con Arthur? Demasiadas preguntas cuyas respuestas estaban por verse.

Los días empezaron a correr en el calendario y los dos seguimos con nuestras respectivas actividades, pero el contacto entre nosotros se iba haciendo cada vez más frecuente. En lugar de enfriarse el tema, aquello seguía creciendo.

Los wasaps a todas horas desde que amanecía y las llamadas interminables iban echando más y más leña a la hoguera que habíamos encendido allá en su tierra.

En cambio, necesitaba tiempo para aclararme un poco, puesto que no podía despedirme del trabajo así sin más y lanzarme de cabeza a la piscina, coger un avión rumbo a la aventura...

Arthur no desaprovechaba ocasión para tirar de mí recordándome su propuesta y yo me estaba volviendo loca. Eso es lo malo que tienen las relaciones a distancia.

No paraba de insistirme en que vendría a verme en cuanto tuviera ocasión, pero andaba últimamente muy liado porque habían tenido que despedir al chico de recepción y otro de los empleados que jugaba un papel importante en el hotel había sufrido un accidente y estaba de baja.

Aunque en ningún momento dudé de la veracidad de todo aquello, no veía la hora de verle caer en España. En esas, una mañana me crucé de pura casualidad con Andrea al salir de un centro comercial.

Siempre me ha dado muchísima alegría verla, pero lo malo es que aquel día no iba sola... Debí quedarme blanca al toparme de frente también con Mario. A ella la abracé como de costumbre y le di dos besazos. A él tan solo le dije un simple “hola” sin apenas mirarle a la cara.

—¿Qué tal andas, Carol? —me preguntó, a pesar de la sequedad de mi saludo.

—Bien, muy bien —no me digné a preguntarle yo también que qué tal le iba a él. No me importaba.

Andrea se quedó un poco cortada al notar la tensión y salió al paso contándome que habían ido a comprar unos regalos de cumpleaños para su madre. Hablamos unos minutillos más entre nosotras y ahí quedó la cosa.

Bueno, rectifico: ahí quedó ese encuentro. Pero “la cosa” tuvo una coletilla que ya fue de traca, y es que ese encontronazo con ambos hermanos dio pie luego a algo más, a algo totalmente inesperado para mí.

Por la noche, después de hablar un buen rato con Arthur antes de dormir según solíamos hacer, recibí un mensaje de Mario queriendo saber si podía llamarme un momento. Debía estarle espiando, porque fue terminar de hablar, soltar el móvil y entrarme el wasap del otro de inmediato.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue hacerle el caso de la pared y dejarlo en visto, pero me lo pensé mejor y le contesté que él y yo no teníamos nada que hablar. Me suplicó que le escuchase, que no me entretendría y que solo serían un par de minutos. Accedí a que me llamara.

—Buenas noches, Carol.

—Buenas noches. ¿Se puede saber qué quieres ahora?

—Por favor, Carol, escúchame. Quiero pedirte perdón por todo lo que pasó, ¿vale? Te debo una explicación.

—No, no me debes nada. Ya me da igual todo.

—Carol...

Lo de que me llamase Carol varias veces seguidas me estaba poniendo nerviosa. Por un lado, me incomodaba porque lo interpreté como una cercanía por su parte que ya no procedía, por más que él tuviera remordimiento de conciencia.

En cambio, ese detalle me estaba recordando a la vez su faceta más cariñosa, aquella con la que me atrapó al principio y que fue desapareciendo con el tiempo. Volver a escucharle además ese tono tan dulce de su voz de nuestros mejores momentos fue un flash.

No fueron dos minutos lo que duró la conversación sino diez por lo menos, tiempo suficiente para irme dando ceba y ablandarme hasta el punto de que, antes de colgar, ya había accedido también a tomarme un café con él a la mañana siguiente en el bar de al lado de mi trabajo.

Cuando me levanté, empecé a darle vueltas al coco, cabreada conmigo misma por haber sido tan estúpida dejándome engatusar. Estuve a un tris de agarrar el teléfono y decirle que se olvidara del asunto. Pero al final no lo hice...

Mario llegó antes que yo. Cuando entré, ya estaba sentado en la barra. Me acerqué a él y vi que echó el cuerpo hacia delante como para darme un par de besos, pero le frené apartándome. Una cosa era una cosa y la otra la otra.

Si me había citado con él allí, era por suavizar un poco el asunto, más que nada por Andrea y porque no me gusta estar a mal con nadie. El encuentro del día anterior había sido muy violento para mí y no me apetecía que volviera a darse esa situación.

Lo pasado, pasado estaba y yo ya era feliz con mi historia con Arthur.

Para ser honesta, tengo que reconocer que encontré guapísimo a Mario con el pelo engominado, la camisa caqui de cuello mao que él sabía de sobra que tanto me gustaba y los vaqueros ajustados.

—Buenos días, Carol. ¿Qué quieres tomar?

—Buenos días. Un manchado.

—¿Nada más? ¿No te apetecen unas tostadas o lo que sea para comer?

—No, además, no tengo mucho tiempo. Mi jefe está a punto de llegar.

Estuvimos hablando unos veinte minutos más o menos. Por lo visto, lo suyo con Lourdes había durado lo que duran dos peces de hielo en un whisky on the rocks, como diría Sabina.

Vamos, que en dos semanas ya andaban a leches, por no decir otra palabra que suene peor. Fue entonces cuando comprendió su error y se arrepintió de muerte de lo hecho conmigo, pero ya era tarde.

Lo cierto es que no podía olvidarse de mí, me dijo. Lo había hablado incluso con su madre y esta le había aconsejado que me buscara, que tratase de hablar conmigo si es que yo le interesaba tanto y era tan buena chica como él me estaba pintando ante ella.

A Andrea no había querido meterla en el ajo después de todo lo que había pasado. Bastante mal lo pasó al final viéndose ahí en medio. Es más, la chiquilla ni sabía de sus intenciones de hablarme siquiera, me contó también.

Mario entendía que lo había hecho muy mal conmigo y era consciente de que yo seguramente no quisiera saber ya nada de él, pero necesitaba que le perdonase y que al menos fuéramos amigos, si es que eso era posible.

Le dije que bueno, que se quedase tranquilo porque ya todo aquello había quedado atrás y no le guardaba rencor, pero que yo estaba conociendo a otra persona de fuera que me tenía muy ilusionada. Se le cambió por completo la expresión con la noticia.

—Ya... eres una mujer muy bonita y una persona excelente.

—Gracias, Mario. Me lo dijiste muchas veces en su día. Discúlpame, pero tengo que irme ya.

—Claro, ¿pero podremos tomar entonces una cervecilla alguna vez?

—Quizás. Venga... vale.

No tenía nada que perder. Las cosas habían quedado muy claras entre nosotros. Más bien, le habían quedado claras a él, al saber de la existencia de otra persona en mi vida, aunque mi amado se encontrase tan lejos.

El domingo de esa misma semana me escribió para decirme que me invitaba al cine por la tarde, si es que me apetecía y no tenía otros planes. No solo no los tenía, es que llevaba todo el finde metida en casa y aburrida como las ostras, de manera que acepté...

## Capítulo 15

Fui tonta, pero de capirote. Me lo dijo Eva, me lo dijeron un par de buenas amigas que habían seguido en su día al detalle mi historia con Mario e incluso a Andrea le pareció una locura.

La chica siempre ha sido muy diplomática y no me expuso abiertamente que era un error, o sea, que era un sinsentido volver a quedar con él, pero me consta que esa hermana suya a la que yo quería como si fuese mía propia no lo entendió.

Como ya expliqué, no me gusta estar a mal con nadie, me resulta muy violento encontrarme de frente por capricho del azar con una persona con la que he compartido momentos tan intensos y tener que hacerme la tonta como si no la hubiera visto, como si no la conociera de nada.

Además, como ya dije también, yo estaba feliz con Arthur y el rencor por el fin de fiesta tan feo que me dio Mario había quedado atrás. Así pues, me arreglé bien, como suelo hacer siempre que salgo, y tiré para el C.C. Madrid 2, La Vaguada.

Habíamos quedado a las 7 de la tarde en la escalinata de la entrada para subir a los cines. Le vi llegar por la avenida en su coche y aminorar la velocidad para meterse en la boca del parking subterráneo que tenía delante de mí.

Él también me vio allí en la acera plantada y me dedicó a distancia una sonrisa de oreja a oreja. Ya en la cola de las taquillas empezó a tirarme los tejos con mucha sutileza.

—Estás muy elegante con ese abrigo. Te sienta genial.

—Gracias —le dije, sin añadir más.

No podía decirle ni de coña cómo le veían mis ojos. Él sí que se había arreglado a conciencia aquella tarde para sacarse el máximo partido. Estaba guapo a rabiar. Evidentemente, venía a por todas, cosa que a mí, si he de ser sincera, no se me había pasado por la imaginación.

Deduje de la conversación desayunando que le había quedado todo bien clarito, que yo ya tenía pareja y que lo nuestro estaba muerto y más que enterrado, pero Mario venía ya con la pala preparada para empezar a cavar e intentar rescatar del hoyo los restos del naufragio.

Por mi parte, también tenía bien claro que, si me encontraba allí con él delante de la pantalla de cine, era porque pensé que se trataba de lo mejor para los tres, es decir, para Mario, para Andrea y para mí.

A fin de cuentas, la chiquilla se veía en medio del pastel y en cierto modo aún se sentía culpable por lo ocurrido. Yo tan solo quería romper un poco el hielo a favor de la amistad. Estaba dispuesta a demostrarles que entre adultos civilizados todo era posible. Eso fue lo malo, que TODO era posible...

Todavía no sé por qué me dejé agarrar la mano cuando a media película sentí la suya buscando la mía en la oscuridad de la sala, rozándome los dedos... Bueno, sí, supongo que mi mente se bloqueó en esos instantes.

Concentrada en el argumento de la peli, era como si nada de mi vida reciente existiese. Me encontraba allí sentada en el butacón como tantas y tantas veces lo hiciéramos en su día, junto a ese chico tan atractivo y de palabras y gestos tiernos por el que tanto había sentido en su momento.

No habrían pasado ni cinco minutos cuando giró la cabeza, me miró fijamente a los ojos como tanteando el terreno y se acercó lentamente a mi cara. Del resto no puedo culparle cien por cien.

Simplemente me dejé llevar y un par de segundos después ya nos estábamos besando

apasionadamente. Estábamos fundidos en ese largo beso cuando me entró un wasap de Arthur y ahí se cortó el rollo.

—¡Hola, cariño! ¿Dónde anda mi princesa?

—¡Hey! Me pillas en el cine con mi amiga Julia. Ahora no puedo llamarte, pero en cuanto llegue a casa hablamos. ¿Todo bien? —le respondí.

—Sí, tranquila. Luego por la noche te comento una cosilla. Disfrutad las dos. Un beso, preciosa.

Después de aquello ya apenas hice caso a Mario. Hizo algún intento que otro de retomar lo que había quedado en *stand by* con el inesperado wasap de Arthur, pero, al ver de reojo sus intenciones de aproximarse a mí, me hice la sueca e incluso giré levemente la cabeza hacia el lado contrario.

Ni hablamos de lo sucedido cuando abandonamos la sala al finalizar la peli ni quise dar lugar a la posibilidad de que saltase una nueva chispa entre nosotros.

Le pedí que me llevase a casa y no chistó, no trató de prolongar la tarde conmigo. Debí entenderlo a la primera. La cosilla que quería comentarme mi amado por la noche me hizo poca gracia también.

—Cielo, como sabes, tengo reservado el billete de avión para este viernes que viene, pero voy a tener que posponer el viaje a Madrid casi un par de semanas más.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? —le pregunté sorprendida y desinflada a la vez.

—A Charles, el chico accidentado, no le ha dado el alta el médico aún. Por lo visto, necesita unos cuantos días más para incorporarse...

Ajo y agua, como dicen. No podía hacer otra cosa que patalear, tragarme mi rebote por el nuevo retraso y callarme la boca. El trabajo es así y hay que cumplir con él, si no, que me lo digan a mí. Quién me hubiera dicho lo que me encontraría días más tarde por no centrarme en lo que debía...

Estaba enamorada de Arthur, y mucho, pero el haber establecido de nuevo contacto con Mario me estaba afectando. Dos o tres días después de lo del cine, sin encomendarme ni a Roma ni a Santiago, cogí el coche y me presenté en su casa.

No le avisé previamente. Sabía que estaba librando por un comentario que me hizo al salir del centro comercial, así que puse de parapeto las gafas de sol que me había pedido que le guardase en mi bolso y que olvidé devolverle al llevarme de vuelta a casa. Se quedó sorprendido al verme allí.

—¡Carol! No te esperaba. ¿Cómo tú por aquí?

—Yo, yo... —titubeé un poco antes de poder contestarle—. He venido nada más que a traerte esto —alcé las gafas por lo alto de la cancela.

—Pero pasa, mujer, espera que te abro.

—No, yo... debería irme.

—¿Tanta prisa tienes? ¿No te tomas una cerveza?

En realidad, prisa no tenía ninguna, por lo que entré y... no solo me tomé una cerveza. Nos tomamos tres cada uno mientras cantamos allí en el porche una docena de canciones con el karaoke, algunas por separado y otras a dúo, como en nuestros mejores tiempos.

Y nuestros mejores tiempos se extendieron hasta el alba, cuando el trino de los pajarillos en los árboles del jardín me despertó. Al girar la cabeza y ver a Mario desnudo a mi lado tomé conciencia de lo que había hecho y el mundo se me vino encima.

No quise despertarle. Me vestí en silencio, abrí con cuidado la llave de la puerta y la cerré

muy despacio para no hacer ruido. Conduciendo de vuelta a Madrid, llevaba un agobio de dos pares de narices.

Por un lado, por ese remordimiento que me quemaba en el alma. Por otro, llegaba ya una hora tarde al trabajo, y es que no me había tomado ni la molestia de poner por la noche la alarma en el móvil.

Ya tenía un wasap de Sacho, mi jefe, preguntándome si estaba bien. Me había excusado con que el coche no me arrancaba y un vecino me había estado poniendo las pinzas, pero mi cara no dejaba lugar a dudas de que me había pasado media noche en vela.

Llevaba hasta el maquillaje corrido por no haber querido perder más tiempo en lavarme la cara. Sacho me miró y no dijo nada, pero nos conocíamos bien y me di cuenta de que no se había tragado mi bola.

Por más que me juré que aquello no se repetiría, mi estado de nervios en los días siguientes me hizo meter un par de veces más la gamba. Mario había seguido escribiéndome, me decía que lo de aquella noche le había hecho entender que yo era la mujer que quería en su vida, que por favor me lo pensase y tal y cual.

Arthur me hablaba también a todas horas, que ya quedaba muy poquito para vernos, que estaba deseándolo... Yo también contaba las horas para verle aterrizar en el aeropuerto, pero... pues eso, que me estaba viendo entre la espada y la pared.

Me estaba volviendo loca literalmente y no daba una a derechas. Un día me sorprendí guardando un paño de cocina en el frigo tras prepararme el desayuno, cuando en realidad pretendía guardar el brik de leche. Y, tal y como ese, podría poner un montón de ejemplos más.

Actuaba como una autómatas y eso terminó pasándome factura. Un mediodía, Sacho me llamó muy apurado. Eran las dos y media de la tarde y yo ya estaba comiendo.

—Carolina, ¿se puede saber dónde estás?

—En casa, comiendo. ¿Por?

—¿Comiendo? ¡No me lo puedo creer! Me acaban de llamar Paloma y Paco. Dicen que habían quedado contigo a las dos para que les enseñases el piso de Sanchinarro, el de Joaquín.

Tierra, trágame. Me había olvidado por completo de esa cita. Esos clientes me habían llamado a primera hora de la mañana. Tenían muy poco tiempo para ver el piso debido a sus horarios de trabajo, así que les dije que si querían aprovecharíamos el hueco de mediodía.

Quedamos en vernos en un punto determinado de aquella urbanización a las afueras de Madrid, pero a continuación tuve que atender otras llamadas en la oficina y se me fue el santo al cielo. Ni anoté la cita de Sanchinarro en la agenda ni me volví a acordar.

—¡Dios mío! ¡Perdóname, Sacho! Ahora mismo les llamo y les digo que voy volando para allá.

—No te molestes. Estaban muy enfadados porque decían que tenían el tiempo justo y se tenían que ir. Me han dicho que ellos son unos clientes formales y que no están dando vueltas haciendo perder el tiempo a nadie, pero que en vista de nuestro pasotismo ya mirarían en otras inmobiliarias, que pisos en Sanchinarro los hay a patadas.

—Sacho, yo...

—Ni Sacho ni nada, Carolina. Es posible que hoy hayamos perdido veinte mil euros de comisión por una venta. Ese piso está a un precio muy atractivo y además no lo tenemos en exclusiva, con lo cual es posible que se lo enseñe cualquier otro comercial y se lo queden.

—Lo siento...

—Más lo siento yo. Pásate esta tarde un poco antes por la oficina, que necesito hablar contigo.

Lo que necesitaba decirme ya me lo imaginaba yo. No solo había sido ese olvido y el llegar

tarde aquella otra mañana con cara de zombi. Días atrás, por culpa de otro despiste, había hecho un cruce de horarios sin querer con las visitas y un propietario se había quedado más de tres cuatro de horas esperándonos en el piso mirando a las musarañas.

Ya entonces mi jefe me había dado un buen toque de atención, diciéndome que no entendía lo que me estaba pasando pero que, fuese lo que fuese, él no podía pagar el pato. A las cinco menos cuarto de la tarde, me estaba esperando en la oficina con cara de juez.

—Mira, Carolina, estás muy rara desde que volviste de Londres, como ausente...

—Lo sé, perdóname.

—Lo siento, pero no se trata tan solo de perdón. Esa pareja me dijo antes de colgar que no éramos serios y que ya se encargarían de correr la voz para que ningún familiar ni amigo pisase por aquí. Tú sabes que el boca a boca en estos negocios es lo fundamental y, gracias a tus olvidos, ya vamos de culo.

—Lo siento, de verdad... No volverá a pasar.

—Yo también lo siento. Y no, no va a volver a pasar porque voy a llamar ahora mismo al gestor para que prepare tu liquidación.

No me eché a llorar sobre aquella mesa de milagro, pero no por falta de ganas. Yo también tengo ese punto orgulloso que me impedía armar un numerito de lágrimas y rogarle que me diera otra oportunidad.

Además, mi caos no me daba para eso. Ni para eso ni para nada. Solo sabía que en cuestión de apenas una semana mis circunstancias habían cambiado de medio a medio. Me había quedado de golpe sin trabajo y había sido infiel a mis principios por doble partida.

Uno, por volver a acercarme a un hombre que tanto daño me había hecho tiempo atrás, después de haberle echado la cruz. Dos... porque le había puesto los cuernos a la persona que amaba. A una persona que, encima, no se lo merecía ni de lejos.

Era esa misma persona que al día siguiente caería por fin en Madrid, de manera que aquella noche no quise anticiparle nada de lo ocurrido por teléfono. Ya tendría ocasión de contárselo cara a cara...

## Capítulo 16

Yo sabía que mi mosqui me azotaría con el látigo de la verdad, pero necesitaba hablarlo con alguien, por lo que aquel aciago viernes quedé para almorzar con ella.

A las seis de la tarde enfilaría para el aeropuerto. La noche anterior no dejé de recibir wasaps de Arthur y no digamos ya por la mañana que, “si no veo la hora de estrecharte entre mis brazos” que si “no se puede desear más ver una carita bonita como la tuya” que si “va a ser un fin de semana de fábula” y tantos otros.

Esa era la cara de una moneda cuya cruz la representaban los muchos mensajes que también me estaban llegando por parte de Mario, que parecía haber desarrollado una extraña adicción hacia mí.

Tuve que tomar una determinación rápida, pues de otra manera no iba a poder impedir que tratara de contactar conmigo por activa y por pasiva ese fin de semana e iba a ser que no.

Lo he definido bien antes porque en una cruz era en lo que se había convertido Mario para mí en las últimas horas. Yo no podía explicarme cómo podía haber sido tan mema de dejarme embaucar por ese encantador de serpientes otra vez...

Y no contenta con eso había sido yo quien, voluntariamente y sin mediar una pistola de por medio, me había dirigido a su casa más ancha que pancha días atrás. Vaya, con las ganas que debía tener el tío de hincarme el diente y yo voy y me exhibo ante él en bandeja de plata... Para matarme a escobazos.

—Mosqui, he metido la pata hasta el cuadrejón. No solo quedé con Mario para ir al cine, sino que días después lo busqué en su casa y...—me quedé parada, hasta la respiración se me cortó.

—¿Y...? Termina, bonita, por favor.

—Y nos acostamos, cariño, nos acostamos.

—¡¡¡¿¿¿Qué???! La madre que me parió, dime que es una broma Carola, de mal gusto, pero una broma.

—Ojalá, pero no... Fue una ida de pinza en toda regla.

—¿Una ida de pinza? Todavía si me dijeras que te habías fumado tres canutos quizás pudiera entenderlo, pero así a palo seco, ¡que me aspen! Niña lo tuyo es digno de estudio.

—Ya lo sé Eva y ahora no puedo con la culpa.

—No me extraña, si yo le hubiera hecho eso a Abel me costaría hasta mirarlo a la cara.

—No me estás ayudando mucho, mosqui.

—Si quieres te río la gracia y te bailo unas sevillanas hasta con castañuelas, no te jode.

—Siento que te he fallado hasta a ti, fijate.

—No digo que me hayas fallado, pero decepcionado un poco como que sí. Leches, hice todo lo posible para que estuvieras con Arthur, hasta nos fuimos de Londres rumbo a York para que tuvierais más intimidad en la casa aquella victoriana que parecía que iba a salir el primo hermano de Drácula de cualquier armario.

—¿No te gustaba la casa?

—Hombre, yo soy muy aprensiva y allí estaba hasta acojonada entre tanta alfombra y cortina rimbombante, pero por tu felicidad me corto un brazo. Ahora, esto que me estás contando no tiene ni una mijilla de gracia.

—Perdóname, mosqui.

—No, si el que tiene que perdonarte es Arthur, bueno en el supuesto caso de que vayas a tener los ovarios de decírselo, que esa es otra. Ahora tienes una buena papeleta por delante.

—Por carajota, me lo he buscado yo solita por carajota y llega esta tarde.

—Pues tienes poco margen para pensar.

—Y un bloqueo de narices—resoplé.

—¿Te ves preparada para contarle la verdad y asumir las consecuencias?

—Estoy hecha un trapo, Evita, ahora mismo creo que no sirvo ni para estar escondida.

—Entonces mal vamos. Pensemos... ¿Para ti qué ha significado?

—¿El polvo con Mario?

—No, el cambio climático, ¡no te jode!

—Nada, un mero desahogo de un día triste.

—En ese caso, seamos prácticas. A Arthur lo quieres y le vas a partir el corazón si se lo cuentas. Creo que será mejor que guardes un sepulcral silencio y entierres ese acto de mierda muy hondo en tu mente. Pero si lo haces no puedes volver a desenterrarlo nunca, ¿me oyes? O te volverás loca a causa de los remordimientos.

—Pero eso es alta traición, no sé si podré hacerlo.

—A buenas horas mangas verdes, ¿ahora me hablas de traición? Eso lo tenías que haber pensado antes de bajarte las bragas en su casa. A lo hecho, pecho.

El pecho y el resto es lo que tenía que haber dejado yo guardadito y no entregárselo de nuevo a quien sabía que no lo apreciaba en lo más mínimo. ¡Con lo bien que estaban las cosas!

—Mosqui, una cosa...

—¿Qué? —Estaba más mosqueada que un pavo escuchando una pandereta.

—¿Tú crees que soy un desastre?

—No, no creo que seas un desastre y si alguien viene a hablarme mal de ti, me lo como por los pies, ya lo sabes, Pero estás un poco descentrada, Carola.

—Pues hay otra cosa más...

—¿Otro susto? Espera que me pillo una tila triple, please. ¿No estarás embarazada?

—No, lo que estoy es desempleada.

—¿Qué dices? Oye, ¿tú y yo cuánto tiempo hace que no nos vemos, unos días o unos años?

—Es que se me ha juntado todo y he metido la gamba unas cuantas veces en el curro y Sacho me ha mandado a hacer gárgaras.

—Cojonudo, Carola, de mal en peor. Bueno, míralo por el lado positivo. Ahora ya no tienes curro, puedes buscar uno en Londres y estar cerca de Arthur. Así te olvidas de toda la mierda que te ha salpicado últimamente. Igual te mete hasta de botones en el hotel.

—Sí, como el botones Sacarino, ese de los cómics...

—Y luego la antigua es mi Nerea por gustarle el tetris, Dios ¿de dónde has sacado eso del botones Sacarino...?

Dos horas estuvimos mi amiga y yo paliqueando y salí de allí bastante más reconfortada. Arthur llegaba esa misma tarde y yo tenía que afrontar la nueva situación. Pensándolo bien, quizás el destino me hubiera echado una manita con lo de mi despido para que me decidiera a dar el salto londinense, pues una de las cosas que más me echaban para atrás a la hora de planteármelo era la de dejar mi trabajo, claro.

El avión de Arthur llegaba a las siete de la tarde y allí estuve yo con puntualidad británica—dicho sea en el doble sentido—para recibirle.

Mi abrigo negro de doble botonadura de estilo militar era mi mejor carta de presentación, dado que me daba un aspecto soberbio. Claro está que si lo analizaba de otra forma también era un fiel reflejo de la negrura de mi alma.

Lo vi de lejos y pensé que ya podían ahorrarse todas las luces del aeropuerto, porque su amplia sonrisa lo iluminó por completo. Arthur venía guapísimo con aquellos vaqueros desgastados y sus zapatillas deportivas azules marinas a juego con aquella parka que parecían haberle confeccionado a medida.

—No se me ha hecho un vuelo más largo en mi vida, preciosa—me dijo mientras me cogía en volandas y yo miraba de reojo a nuestro alrededor, como si la culpa me dijera que los que nos rodeaban me dirigirían una mirada reprobatoria por pécora.

Tenía que tratar de calmarme o al final yo solita provocarían el caos, parecía estar pidiéndolo a gritos.

—Yo también estaba deseando verte, mi amor, se me han hecho muy largos estos días sin ti.

—¿Y qué has estado haciendo, cariño? —me preguntó, bromeando.

Bromeando, sí, pero aun así me dolió la pregunta como si me clavaran una aguja bajo las uñas. Estaría bonito que le soltara allí en medio lo que había estado haciendo. No me cabía duda de que sería decírselo y coger mi bombón galo el siguiente avión de vuelta, después de leerme la cartilla.

—Calceta, he estado haciendo calceta, mi niño...

Me sentí patética. Aquello no iba demasiado bien porque me estaba costando más de lo que pensaba mantener el tipo y actuar con naturalidad. Tenía que buscar una nueva estrategia antes de que fuera demasiado tarde.

Ya lo tenía, si me parapetaba detrás de mi despido, él entendería que yo no estuviera a full, que me faltara gas, que pareciera necesitar un empujoncito...

“Un empujoncito”, más bien una serie de ellos y no dados por mi novio sino por Mario eran los que me habían llevado a aquella desesperante situación, así que esa palabra mejor ni mentarla.

—Calceta, ¿qué es calceta?

Una cosa es que Arthur se defendiera a la perfección en nuestro idioma y otra que tuviera que conocer términos como la calceta o personajes como La Vieja del Visillo, que ya hubiera sido el colmo.

—Es una labor, amor, tejer a mano con agujas.

—Qué cosas tienes, no te veo yo a ti tan hacendosa—me guiñó el ojo y me derretí. Se ve que él me veía más proactiva y ya me imaginaba yo dónde, en la cama, en ese sitio al que se veía que el pelirrojo de mi corazón estaba loquito por llevarme.

Avanzamos hacia el parking de la mano y a Arthur le salía la felicidad por cada poro de su piel. A mí un poco menos, pero tenía que disimular a toda costa.

—¿Te pasa algo, Carola? —me preguntó cuando nos subimos en mi coche, al que le presenté como “mi huevito”, pues yo lo llamaba así.

—Tengo algo que contarte, cariño, algo que ha sucedido estos días y que motiva que no esté todo lo entusiasmada que debiera.

—¿Algo relacionado conmigo? —me preguntó al instante con tono más que preocupado.

—¿Contigo? No, tiene que ver con mi trabajo. O, mejor dicho, con el que era mi trabajo, porque me han despedido.

—¿Despedido? ¿Así, sin más?

—Bueno, puede que yo no haya sido todo lo diligente que debiera y que eso provocara el enfado de mi jefe.

—¿Y eso por qué, mi niña?

Ahí tuve que tirar de mentirijilla piadosa si quería que aquello se sostuviera...

—Supongo que porque llegué de Londres con la cabeza llena de pajaritos y no me concentré lo suficiente...

—¿Con la cabeza llena de pajaritos y el estómago de mariposas? —me preguntó sin parecer demasiado afectado por mi pérdida de empleo.

—Seguramente, sí.

—Pues entonces igual yo soy un poquito culpable también de tu despido y pueda echarte un cable. Se me ocurre una propuesta que hacerte y de antemano te advierto que me harías el hombre más feliz del mundo si la aceptas.

—¿Una propuesta? Desembucha—aquello se ponía interesante y yo ardía en deseos de escucharla.

—Ya sabes que Helen sigue a tope con su proyecto de montar la boutique de abrigos, bolsos y carteras de piel...

—Sí, ¿y? —¿estaba queriéndome decir lo que yo creía que estaba queriéndome decir?

—Y no para de comentar que necesita alguien que la ayude y que se implique con ilusión en el negocio.

—¿Y tú piensas que ese alguien puedo ser yo?

—Más bien lo que pienso es que nadie mejor que tú para ayudarla. Estoy segurísimo de que si se lo propongo se va a poner loca de contenta y además para ella va a suponer un alivio total.

—¿Me lo dices en serio o solo es para que me conforme? Porque no quiero caridad, eso te lo digo desde ya...

—¿Me crees capaz de actuar así contigo? Otros defectos tendré, pero soy muy clarito—sonrió.

Otros defectos tendría, pero yo todavía ignoraba cuáles eran, ya que debía tenerlos muy bien escondidos.

Procesé su propuesta en un momento y llegué a la clara conclusión de que era inmejorable. Yo estaba enamorada hasta las trancas de Arthur y me moría por estar con él. Precisamente, la metedura de pata de días atrás había estado propiciada por la soledad y la angustia que me produjo su ausencia.

Además, pensándolo así, mataba dos pájaros de un tiro, pues mi culpabilidad parecía disminuir, estimando que en otras circunstancias las cosas no hubieran sucedido como lo hicieron.

—No, yo confío en ti plenamente, mi pelirrojo—le contesté con una sonrisa de oreja a oreja.

—Y yo en ti, mi niña, sé que nunca me harías una jugada...

Nuevo puñal en mi costado. Menos mal que el pobre Arthur solo lo había comentado y no había puesto la mano en el fuego por mí, porque si no hubiera acabado en urgencias. En cualquier caso, me consolaría pensando que yo no era ninguna pone cuernos al uso y que jamás volvería a pasar una cosa así.

—Entonces, ¿llamas a tu hermana? —le pregunté enarcando una ceja.

—¿De veras? ¿Te viene a Londres conmigo?

—Este mismo lunes, mira si todavía hay posibilidad de que vuele contigo.

—Seguro que sí porque desde este justo momento me considero el hombre con más suerte del mundo—me besó apasionadamente.

Sin abandonar el parking, llamó a Helen y yo misma pude constatar en primera persona su grito de júbilo cuando supo que iba a trabajar codo con codo con su cuñada, como ella misma me llamó.

Increíble pero cierto. Arthur era para mí un talismán. No había hecho sino poner los pies en España y ya estaba dando solución a todos mis problemas. Bueno, quedaba colgando el hilillo de mi infidelidad, pero yo iba a sacar las tijeras y cortarlo.

No merecía la pena que, con semejantes planazos por delante, me comiera el coco por un desgraciado como Mario. Procuraría enterrar lo pasado, como me había recomendado Eva, y proyectarme solo en mi próximo y halagüeño futuro.

Antes de llegar a mi casa ya habíamos corroborado que podríamos viajar juntos el siguiente lunes, pues no había plaza en el vuelo de Arthur, pero por una módica cantidad de dinero, él hizo un cambio.

Fue el momento perfecto, porque una vez que cruzamos el umbral de mi puerta ambos estuvimos demasiado distraídos. Tocaba recuperar el tiempo de los días perdidos y en esa asignatura mi chico y yo sacábamos matrícula de honor...

## Capítulo 17

Nos despertamos practicando de nuevo nuestro deporte favorito, del que la noche anterior habíamos disputado también varias partidas...

—Hoy te va a tocar que vayamos a comer con tus suegros y tu cuñada, como Dios pintó a Perico.

Arthur se echó a reír por mi frase hecha y asintió con la cabeza.

—Me parece la mejor de las ideas, ¿eso quiere decir que voy a contar con su beneplácito?

—A priori sí, aunque ahora que me marcho contigo a Londres lo mismo te cogen un poco de ojeriza.

—Bueno, mientras no me envenenen por ello...

—Mira, con lo rico que le sale a mi madre el cocidito madrileño, que es lo que nos va a preparar, te digo yo que vale la pena comerlo, aunque estuviese envenenado...

Mi madre, Juani, y mi padre, Alfonso, estuvieron encantados de conocer a Arthur. Lo mismo le ocurrió a mi hermana menor, Sonia.

—Señora, esto está para chuparse los dedos, como dicen ustedes—le comentaba él mientras daba buena cuenta de unos garbancitos que se deshacían en la boca.

—Ay, hija, no me habías dicho que el muchacho, aparte de tener buen comer, era tan educado... Y tú no me llames señora, que voy a ser tu suegra y te dejarás caer muchas veces por los madriles para ver a la niña...

—Mamá, la niña va a hacer como la Lola, la que se va a los puertos...—comencé a decirle con parsimonia antes de soltar la bomba.

—¿Qué quieres decirme, hija?

—Mamá, que me voy a Londres con Arthur. Sabes que aquí me he quedado sin curro y ya no se me ha perdido nada en Madrid cuando mi novio está en Londres. Además, voy a trabajar con su hermana en la boutique que va a abrir.

—Hija, yo sé que estamos en invierno, pero hoy no será el día de los inocentes, ¿no?

Mi madre echó mano de su móvil como para comprobarlo y mi hermana Sonia negó con la cabeza.

Por unos segundos se hizo un incómodo silencio que pronto rompió mi padre.

—Juani, mujer, tendremos que descorchar una buena botella y brindar por la nueva vida de los chicos, ¿no te parece?

A mí lo que me parecía era que mi madre se había quedado en shock, pero la buena mujer brindó y hasta terminó pareciendo entusiasmada por la idea de que emprendiéramos una vida en común.

—Ya se te ha puesto mejor color, mamá—le comentaba Sonia un rato después— y míralo por el lado positivo, así podremos ir a Londres cada vez que nos apetezca, ¡y gratis!

La juventud es lo que tenía, que a todo le sacaba partido...

Después del almuerzo, mi chico y yo nos fuimos a casa a reposar un poco la comida y a terminar de jugar en la cama una partida que habíamos empezado por la mañana, una de esas que podía durar horas y horas.

Habíamos quedado para cenar con Eva, Abel y Nerea, con idea de que Arthur conociera al

marido y a la hija de nuestra amiga.

Desde el primer momento se notó que había una estupenda sintonía entre todos y Arthur estaba pletórico.

—A mí me parece una extraordinaria idea lo de la boutique esa de artículos de piel en la que vas a trabajar—le comentó Abel a Arthur—, mi familia es de Ubrique y yo conozco bien el género.

—¿Dónde está Ubrique? —preguntó Arthur.

—En la provincia de Cádiz, en la sierra, es un pueblecito con gran tradición en el comercio de piel, en él existen cantidad de negocios dedicados a ello—le explicó Abel.

—¿No me digas? ¿Y crees que tu familia y mi hermana podrían colaborar en la venta de artículos de piel? —se interesó Arthur.

—Estoy seguro, mis padres colaboran con comerciantes de distintos lugares de la península, no veo por qué no habrían de hacerlo también con alguien de fuera de nuestras fronteras. Todo es hablarlo, ellos tienen la mente muy abierta.

—Yo lo que creo es que entonces Helen debería darse una vueltecita por Ubrique y hablar personalmente con ellos. Yo podría acompañarla si se decide a hacerlo en las próximas semanas, amor...

Allí estábamos todos cerrando un negocio que sería la llave de mi futuro con Arthur y yo no podía sentirme más ilusionada.

—Me parece una extraordinaria idea, mañana mismo se lo propondré.

Qué bien se está cuando se está bien, como suele decirse. Entre Arthur y yo todo parecía estar fluyendo a la perfección y cada minuto que pasaba yo lo percibía como un paso adelante en nuestro nuevo y maravilloso futuro en común.

Después de la cena acabamos la velada tomando unas copichuelas en el salón de la casa de nuestros amigos, mientras Nerea se quedaba frita en su camita.

—De modo que te llevas a mi amiga así de sopetón, gandul—le dijo mi mosqui a Arthur cuando el alcohol empezó a subírsele un poco a la cabeza.

—Pero vendremos muchas veces a veros, no lo dudes.

—El que no tiene que dudarlo eres tú, porque como no lo hagas voy y te corto las orejas—añadió ella a quien las copas se le subían bastante pronto a la cabecita.

A Eva la iba a echar de menos hasta decir basta, esa era la realidad. Pero yo entendía que, de la misma manera que ella había encontrado la felicidad en Abel, yo lo había hecho en Arthur. Ya habría muchas ocasiones para reunirnos y a partir de este momento mi amiga y yo sabríamos cambiar el chip y apreciar la calidad en vez de la cantidad en los momentos que compartiéramos.

Ya tenía claro que aquella decisión implicaba dejar atrás también a mi familia y a todo mi entorno, pero cuando el amor llama a la puerta de una romántica como yo, no existe obstáculo que no pueda salvarse. Además, Londres se encontraba a poco más de dos horas de vuelo de Madrid, por lo que tampoco estábamos hablando del fin del mundo.

—Bueno, ya nos vamos a acostar que estos señores querrán irse—bromeó mi mosqui a las tres de la madrugada.

Y sí, no era plan de trasnochar más, que al día siguiente me quedaban por hacer todos los preparativos para el vuelo del lunes.

—¿Estás contenta? —me preguntó Arthur acurrucándome muy fuerte ya en la cama, después de hacer el amor.

—Estoy que me salgo del pellejo, no puedo creer lo bien que está saliendo todo—reí de

felicidad.

No era para menos. En ese instante recordé el miedo que sentí al conocerlo en Londres, por la posibilidad de quedarme colgada de él y el ostracismo que supuso para mí volver a caer sin él en Madrid. Y ahora estaba rozando con la punta de los dedos la felicidad máxima a su lado...

El domingo supuso un ir y venir de ropa de un lugar para otro que se convirtió en una paliza de muerte.

—Amor, no vas a poder llevarte de golpe todo lo que pretendes. Yo de ti me llevaría la mitad y cuando podamos nos venimos en un saltito y pillamos el resto.

—¿En un saltito? Ni que fuéramos canguros...

A Arthur le hacían muchísima gracia mis arranques y siempre terminaba doblado en dos de la risa.

—Es un decir, mi niña, no te preocupes que nos vamos a organizar fenomenal...

—Claro, como no eres tú quien tiene que dejar aquí la mitad de la ropa, hablar es muy fácil para ti—me quejaba yo, un poco de los nervios ante la magnitud del cambio.

Tan pronto estaba muerta de miedo pensando en que no sabía hasta qué punto me iba a adaptar en la vida en Londres, como miraba sus ojos verdes y me decía que mientras aquellas esmeraldas brillaran de ese modo nada podría salir mal.

La mañana fue un visto y no visto y a las tres de la tarde nos preparamos un par de sándwiches para seguir con la tarea... Con la de preparar el equipaje y con la otra, porque parecía que nos hubiéramos propuesto estrenar todos y cada uno de los rincones de mi casa en pareja.

Después de almorzar caímos rendidos un rato, pues las copas en casa de Eva y Abel la noche anterior habían hecho mella en nosotros.

Por la tarde, después de darnos un buen tute y de dejar ya preparadita fuera de la maleta mi indumentaria para el día siguiente, nos dispusimos a caer en plancha de nuevo en el sofá.

Eran como las ocho y Abel propuso preparar un picoteo por si después no nos apetecía volver por la cocina. Mientras él se iba adelantando yo entré en el baño. Estaba allí de lo más relajada cuando escuché el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó con voz cantarina.

—A nadie, debe ser algún vecino que necesite algo, ¿puedes abrir tú?

No tardé más de medio minuto en salir, pero cuando lo hice la alegría se borró de un plumazo de mi cara. En la entrada me esperaba Arthur en compañía de Mario, que era quien había llamado a la puerta.

La cara del pelirrojo de mis entretelas era de no entender la situación. Lástima que no continuara siendo así, lástima que la lengua mordaz y viperina de Mario tuviera otros planes para nosotros, sesgando demoledoramente nuestra dicha.

—¿Es tu novio? —me preguntó Mario al verme.

—¿No te parece que soy yo quién debiera hacer las preguntas? ¿Qué estás haciendo en mi casa? —repliqué sin poder disimular mi extrema contrariedad.

—¿Qué querías que hiciera? Llevo dos días llamándote y mandándote mensajes, pero como te ha salido del alma bloquearme por todos lados, no podía contactar contigo. Era mi último recurso.

—¿Y se puede saber por qué estás tú queriendo contactar a todas horas con mi novia? —Arthur se plantó delante de él y yo me temí que entre los dos surgiera un rifirrafe de aúpa.

Claro está que no iba a ser entre ellos dos, sino más bien entre Arthur y yo, porque con su aparición Mario acababa de dejar “tocada” nuestra relación, pero en sus ojos descubrí su intención de no marcharse hasta dejarla “hundida”.

—Pues mira, campeón, eso igual se lo tendrías que preguntar a tu novia, que lo de la fidelidad lo lleva raspadito... Y no es lo único que lleva raspadito, por cierto, lo comprobé muy bien días atrás cuando se bajó las bragas y se metió en mi cama...

—¿Es eso verdad? —me preguntó Arthur con la mirada más encolerizada e iracunda que he visto en mi vida.

Temblé en un solo instante más de lo que lo había hecho en toda la edad que tenía. Es más, creo que temblé tanto que debieron removerse todos mis cimientos interiores.

—Cariño, lo es, pero todo tiene una explicación. No me juzgues sin saberla, por favor, escúchame...

—Sí, la explicación es que aquí la señorita da unos vaivenes al personal de no te menees, yo de ti me lo pensaba chaval, porque con ella no te van a faltar sobresaltos.

—Tú, gusano, márchate de aquí si no quieres que te reviente la cara—el gesto de Arthur le daba validez a sus palabras.

—Arthur, por favor, no vayas a hacer nada de lo que puedas arrepentirte...

Vi marcharse al crápula de Mario con la señal de la victoria en los labios al mismo tiempo que yo me sentí la más derrotada de las mortales.

—¿Arrepentirme? De lo único que tengo que arrepentirme es de haber confiado en una persona que no se lo merecía. Ahórrame los detalles, no eres mejor que él.

—Arthur, yo... si me dejaras explicarte estoy segura de que...

—¿De que me darías coba? Va a ser que voy a coger mi dignidad y voy a salir con ella por esa puerta. No esperaba esto de ti, yo he sido claro y transparente desde el primer día...

—Y yo también, lo único es que...

—¿De verdad vas a seguir esgrimiendo tu inocencia después de haberme confesado que me has puesto la cornamenta? Yo creo que a ti lo de haber sido vikinga se te ha pegado demasiado y se ve que lo de los cuernos lo llevas con mucha naturalidad...

## Capítulo 18

Muerta de la pena... Así me levanté la mañana del lunes.

Y digo bien, levanté y no desperté, porque no había podido pegar un ojo en toda la noche.

Tras la visita de Mario, Arthur cogió las de Villadiego y a esa hora ya debía estar camino del aeropuerto para volver a Londres.

Intenté en vano contactar con él durante horas, pero no leyó mis mensajes de wasap ni atendió mis llamadas. Normal si tenemos en cuenta el palo que acababa de llevarse. Me ponía en sus zapatos y tampoco querría saber nada de mí, de quien debía tener la imagen más rastrera del mundo.

Llamé a Eva y la puse al corriente de todo lo ocurrido la noche anterior. Su sorpresa fue mayúscula y me dijo que jamás podría haber imaginado un desenlace peor.

Tuve suerte de que no me dijera el consabido “te lo advertí” ni nada parecido. De hecho, tuvo mucho tacto y fue de lo más suave del mundo del conmigo, consolándome y soltándome una retahíla de palabras cariñosas al objeto de mitigar mi pena, sin lograrlo, por supuesto.

A un tris estuve de coger el coche y plantarme en el aeropuerto, pero después pensé que igual que Arthur yo también debía tener dignidad y apechugar con mis actos.

—Mosqui, si no lo recupero me muero, ¿me entiendes?

—Carola, no puedo decirte que vaya a ser fácil, no va a ser un camino de rosas, pero cuenta con mi ayuda para todo lo que te haga falta, como siempre...

—No sé qué haría sin ti, amiga.

—Pues lo mismo que haces ahora, pero sin la compañía de la mejor—bromeó para intentar que mi llanto cesara.

—Tengo que pensar, debe haber algo que pueda hacer.

—Podemos darle matarile al gusano de Mario, pero el mal ya está hecho. El mierda ese es peor que un cáncer...

—Tengo que buscar la manera de que Arthur me escuche. Lo que más me duele es que se haya ido con la sensación de que le puse los tarros como por afición, para mofarme de él, cuando bien sabe Dios que no fue así.

—Bien lo sabe Dios y bien lo sé yo, otra cosa es que lo sepa el galo, que se debe haber ido como un toro de Miura para Londres.

—¿No has encontrado otro símil más apropiado? ¿Tenía que ser un toro?

—No si verás, al final la culpa va a ser mía...

Con el correr de los días lo único que cambió fue mi talla de pantalones, que debió bajar como dos. El llanto se convirtió en mi compañero de piso y ni descorrer las cortinas por la mañana me apetecía.

Eva se pasaba al final de la tarde a verme y me ofrecía un ratito de compañía.

—Si sigues así, mi niña, te vas a volver agorafóbica, tienes que salir a la calle y que te dé el sol.

—Sí, será por el que luce en Madrid estos días, que están cayendo chuzos de punta.

Y es que hasta el tiempo parecía haberse solidarizado conmigo. Mis lágrimas solían caer al compás de las gotas de lluvia que veía posarse en las distintas ventanas de mi casa.

Mirara al rincón que mirara, era la cara de Arthur la que se me mostraba y los días comenzaron a convertirse en una especie de suplicio que cada vez llevaba como una carga más pesada.

Dos semanas después de la noche de marras yo iba de mal en peor. Aquella mañana de sábado me costó Dios y ayuda levantarme de la cama para abrirle la puerta a Eva.

—No me digas que vienes otra vez con churros, que ya te he dicho que no tengo hambre, mosqui—le espeté nada más abrirle la puerta.

—¿Tú ves churros por alguna parte? Pues sí que estoy yo apañada contigo. Anda, vístete.

—No quiero salir, ya te lo he dicho.

—Dúchate, hazme el favor, que tienes el flequillo que puede salir medio litro de aceite de él y adécéntate, que pareces una moribunda.

—¿Y se puede saber para qué tengo que hacer ese esfuerzo?

—Para ver al pelirrojo ese que te tiene como un alma en pena. ¿Te parece una buena razón o tengo que buscarme otra?

—¿Qué dices? ¿Arthur está aquí? ¿Ha cambiado de opinión?

—Templado, templado. Está en Ubrique con Helen y con la familia de Abel y todavía no ha cambiado de opinión, pero como Eva que me llamo que esto lo arreglo yo.

—Ay, Evita, cuánto me gustaría creerte... Pero eso es imposible.

—Los imposibles me los desayuno yo con tortitas, ¿me he explicado?

Se había explicado como un libro abierto, pero además es que las tortitas me las iba a llevar yo como no espabilara y me pusiera manos a la obra.

Hasta buscar algo de ropa decente que ponerme me costó, pues en aquellos días me había debilitado hasta la saciedad. Eva me ayudó a terminar de arreglarme y con miedo e ilusión a partes iguales nos subimos en el coche Abel, ella, Nerea y yo.

—Qué mala cara tienes, Carola—me dijo la niña cuando me vio aparecer.

—Cariño, es que he estado unos días metida...

—En un botijo, parece que llevas días metida en un botijo, como dice mi abuela.

—Sí o en un búcaro de Lebrija—puntualizó su madre, guiñándome un ojo y subiendo el pulgar en señal de que todo iría bien.

Una parte de mí quería creer que todavía lo nuestro tendría arreglo, pero otra me decía que aquello estaba demasiado en el aire, que mi futura felicidad pendía de un hilo y que la suerte estaría echada en muy pocas horas...

Si no supiera que era materialmente imposible, diría que el tiempo se ralentizó camino de Ubrique. Qué distinto ese viaje a tierras gaditanas de algún otro que había hecho hacia allí en momentos de mi vida bastante más sosegados.

Como cualquier hijo de vecino, yo a Cádiz siempre había ido en busca de sol, playas, pescadito frito, relax, desconexión y risas. Era la primera vez que iba hasta La Tacita de Plata en busca, nada más y nada menos que del amor, y el que anhelaba no era gaditano, sino londinense, todo un galimatías...

Pensaba en esas cosillas con tal de no abordar el meollo de la cuestión, el si mi chico me perdonaría o me mandaría definitivamente a tomar por donde amargan los pepinos cuando me viera.

Me miré las manos y comprobé que hasta mis uñas habían salido perjudicadas en los últimos días, pues se me estaban levantando a capas y su aspecto no era precisamente saludable.

Como un churro iba montada en aquel coche en el que mis amigos me insuflaban fuerza. Al final iba a tener razón mi madre sobre lo importante que era el estado de ánimo en la salud, pues

había sido venirme abajo y estaba de pena. Menuda carta de presentación para mi chico, que seguro que estaba guapo hasta no poder más, como siempre.

—Mosqui, la Biodramina esa que me has obligado a tomarme, ¿es de las que da sueño? Porque se me caen los párpados—le comenté mientras empezaba a acurrucarme con Nerea en el asiento posterior del coche.

—Jeje, no era una Biodramina, era un tranquilizante, tontuela, que necesitas echarte un sueñecito como el respirar.

—¿Me has drogado? —le pregunté mientras notaba que iba a ser imposible mantener los ojos abiertos.

—Drogado dice la jodida, ni que fuéramos a hacer la Ruta del Bakalao...

Me quedé con esas últimas palabras en el subconsciente, de eso no me cabe duda, porque cuando me desperté estaba soñando justamente que me tomaba con Arthur un bacalao con tomate frito natural, de ese tan exquisito que preparaba mi madre, mientras nos mirábamos con el amor y el afecto que solíamos hacerlo antes.

Algo tan sencillo como eso me hizo despertar con la miel en los labios, aunque no tardé en darme de bruces con la realidad.

—Cariño, despiértate, ya que hemos llegado—le escuché decir a Evita mientras trataba de espabilarme.

—¿Llegar?, ¿dónde?, ¿no estoy en mi cama?

Una ensarta de preguntas que no tardaría en contestarme Nerea.

—Vamos a recuperar a tu novio, ese que parece un actor de lo guapo que es—me informó y sus padres se echaron a reír por lo espabilada que les había salido la niña.

Dios la escuchara. Vimos a Helen y a Arthur salir de la fábrica de los padres de Abel, pero con lo que no contaban ellos era con vernos a nosotros. Matizo, Helen sí, que para eso estaba compinchada y bien compinchada con Eva, pero Arthur se quedó blanco como la leche al vernos aparecer.

—¿Esto es una encerrona? —le preguntó a su hermana.

—Esta es la única manera de que escuches a Carola, cabezón que no se puede ser más cuadrículado.

—Yo no tengo ninguna intención de...

—De escucharla a ella, ya lo sé, me lo recalcaste el otro día por teléfono—le contestó mi mosqui, que cuando se caracterizaba tenía un carisma de aquí te espero.

—Pues entonces, Eva, dejemos las cosas como están. Yo seguiré mi camino y tu amiga el suyo.

—Para empezar, mi amiga tiene nombre y se llama Carola, que no se te olvide. Y, para terminar, no voy a decirte que no se equivocara, pero es que la muy carajota de ella, con menos luces que un carrillo de manos, se cagó por la pata abajo cuando se vio aquí sola en Madrid sin ti, ¿me entiendes? Vamos que no es que saliera una tarde de picos pardos y te pusiera un monumento en la cabeza, no; es que te añoraba tanto que llegó a dudar de tus buenas intenciones. Porque así es ella, con sus defectos y con sus virtudes y eso lo tienes tú que tener en cuenta cuando vuelvas a ser su novio... En resumen, que le entró el canguelo y que se equivocó, pero que a ver si tú puedes decir que no te has equivocado nunca, listo... Y encima desde entonces ha llorado más que Jeremías, vamos que le tienes que dar una oportunidad sí o sí o nos queda poco para enterrarla—y después decían de los andaluces, anda que mi amiga no era exagerada.

Que vale que yo no tenía ganas de vivir, pero de ahí a que estuviera próximo mi entierro, como el de la sardina, mediaba un abismo.

A todo esto, yo no me había bajado del coche y cuando lo hice me tuve que poner hasta la mano en la frente a modo de visera del tiempo que llevaba sin recibir directamente la luz del día.

—¿Carola? —me preguntó Arthur cuando me vio en tan lamentable estado.

—Arthur...—murmuré sin saber qué decirle.

Se ve que mi deplorable estado le conmovió. Hasta ese momento estaba más tieso que un ajo, pero cuando detectó mi fragilidad al salir del coche no pudo seguir con una postura que tan solo le estaba generando sufrimiento, igual que a mí.

—Carola, ¿Eva está en lo cierto? ¿Sucedió todo como lo ha contado?

—Arthur, sí, me equivoqué porque era tan grande el miedo que sentía a perderte que hasta me dolía. No hubiera podido soportarlo, sé que no lo entiendes, pero...

—Carola debiste hablarme claro, debiste decirme lo que pasaba por tu cabecita. Yo nunca lo hubiera permitido, yo no iba a dejarte tirada...

—Pero yo no lo sabía y el miedo se apoderó de mí... Cometí un gravísimo error y ahora estoy pagando las consecuencias.

—Ya lo veo, mi vida, ahora me doy cuenta del enorme sufrimiento que todo esto te ha causado, no podía imaginarlo.

—¿Os queréis callar? Venga ya, lo que toca es menos cháchara y un beso de tornillo—Eva empezó a aplaudir y la pequeña Nerea la siguió. Tampoco Helen y Abel tardaron en unirse a ellas.

Los miramos risueños y entonces fue cuando tomé conciencia de que el universo se había posicionado de mi ladito, pues mi chico me tomó el mentón y me besó apasionadamente, mientras murmuraba que nunca es tarde para comenzar de cero...

## Epílogo

*3 años después...*

—La niña se ha hecho caca, Arthur—le dije justo cuando íbamos a cruzar el umbral de la puerta de mis padres, camino de la iglesia.

—La niña es una cagoncilla como su madre—me respondió él con unas ganas de buscarme que no podía con ellas, en su línea.

Lo adoraba, lo cual no quería decir que no nos diéramos un poquito de caña que mantuviera viva la llama de la pasión.

Corrijo, no nos dábamos un poquito, nos dábamos tela de caña. Y en lo referente a la llama de la pasión, la nuestra era tan alta que me resultaba imposible visualizarla por completo.

Tres añitos habían pasado desde que Arthur claudicó y se dio cuenta de que yo lo quería más que a mi vida y que lo de Mario no había sido más que el único manchurrón negro en el seno de nuestro currículum amatorio, que era de matrícula de honor.

Desde entonces la felicidad había sido la clave de nuestra vida en común, aunque como clave destacaría también la confianza, sin la cual no hubiéramos podido construir los cimientos de una relación que se revelaba la mar de sólida.

Durante ese tiempo, mi marido no había dejado ni un solo día de repetirme en que bendita la intervención de Eva, que puso sus santos cataplines encima de la mesa para lograr que él la escuchara.

Tal intervención hizo que, si yo ya la consideraba una hermana, pasara a ser uno de los grandes tesoros de mi vida, de esos que conforman el ramillete de personas únicas e imprescindibles para una, a la que ahora había que sumar una joyita llamada Sarah que contaba con dos meses de edad.

No he puesto antes lo de mi marido por casualidad ni porque el hecho de convivir con él me empujara a considerarlo como tal, que podía haber sido. Pero no. Arthur era mi marido por derecho desde hacía ya un tiempo.

Todo sucedió del modo más natural del mundo, ese que solo sale a la palestra cuando las historias de dos seres humanos están destinadas a fusionarse en una sola.

Pues bien, desde el famoso día en el que Arthur y yo nos reencontramos en Ubrique, no tuvimos valor de volver a separarnos más, por lo que días después ya estábamos en Londres compartiendo nidito de amor, osease, ese lujoso ático que era para perder el norte y el resto de los puntos cardinales, de paso...

Allí comenzamos a forjar una historia de amor que los dos deseábamos de corazón que llegara hasta el fin de nuestros días, por lo que decidimos hacer las cosas bien desde el principio. Para ello, y por eso que dicen que el ocio es el patio donde juega el demonio, me puse a trabajar codo con codo con Helen.

Mi cuñada y amiga se convirtió también en otra especie de hermana para mí, por lo que suplió en parte la pérdida de mi adorada mosqui en el día a día.

Solo había pasado un año desde que la tienda abrió sus puertas cuando tomamos conciencia de que el negocio iba viento en popa a toda vela y que aquel barco no estaba destinado a naufragar sino a surcar con orgullo la cresta de las olas mercantiles.

Tanto era así que mi cuñada, que tenía muy buena visión empresarial, no tardó en plantearme la

apertura de otra tienda, de modo que cada una regentáramos la nuestra, aunque siguiéramos asociadas.

Hacerlo así supondría para mí un buen desembolso económico, pero habida cuenta de que Arthur se había empeñado en que yo ahorrara todo lo que ganara con idea de ampliar horizontes en su momento, la cosa fue pan comido.

Mientras ese día llegaba, a él no le dolieron prendas en hacerse cargo de todos los gastos derivados de la casa y de nuestra vida en pareja, deseoso como estaba de que yo progresara.

Al mismo tiempo que aquella idea iba tomando forma en la mente de todos nosotros, en la de él se estaba fraguando una preciosa pedida de mano que llevó a la realidad unos meses después.

Nosotros viajábamos con cierta frecuencia a mis madriles, que yo llevaba en mi corazón, por mucho que Londres fuera mucho Londres y todo lo que queramos decir. En esos viajes, yo disfrutaba muchísimo de la compañía de mi mosqui y de mi familia y para mí eran imprescindibles para tomar una bocanada de aire fresco que después me permitiera seguir con mi rutina diaria lejos de los míos.

En aquella ocasión Arthur invitó a Helen y a sus padres a que nos acompañaran. Tontorrón de mí, no me di cuenta en absoluto de que el pelirrojo que yo quería más que a mi vida, estaba tramando algo.

No puedo decir que la nuestra fuera una pedida de mano habitual, pues Arthur se lo curró a tope. Él sabe que yo soy una chica de gustos y aficiones sencillas y que no necesito el lujo ni el glamur para sentirme viva.

Por esa razón, aproveché para organizar por la sierra de Madrid una preciosa ruta que todos pudiéramos hacer en familia. Una vez habíamos avanzado en el camino en cuestión, me sorprendió ver un enorme globo aerostático del que prendía un cartel que decía: “Carola, ¿te quieres casar conmigo?”

Todos rompieron a aplaudir, pues estaban conchabados con él, salvo yo, que estaba en la inopia y que rompí a llorar como sin consuelo por lo emocionante del momento.

Lloré hasta el punto de que el “sí” sonó tan hiposo que mi mosqui me dijo que no fuera dramática y que soltara un “sí” como Dios mandaba.

El segundo ya debió salir mejor, porque todos nos vitorearon y yo me sentí la mujer más especial del mundo de la mano de un hombre que era especialista en sacar mi mejor versión.

Nos casamos unos meses después, en Londres, y lo celebramos en el hotel donde seguía trabajando Arthur y donde comenzó a urdirse nuestra historia de amor.

Fue un día maravilloso en el que ambos vimos hacerse realidad nuestro sueño de convertirnos en marido y mujer. Habíamos hecho bien los deberes y las buenas calificaciones no tardaron en llegar.

Aunque hablando de deberes, a los dos nos rondaba ya por la cabeza con insistencia la idea de ser padres. Queriéndonos como nos queríamos y gozando de solvencia económica, no veíamos ningún motivo para demorar nuestra llamada a la cigüeña.

Fue la misma noche de bodas cuando, al mirarme al espejo para acostarme con mi preciosa lencería escogida al efecto, vi que mis melones habían crecido sospechosamente y sin pasar por el bisturí.

Me dio en ese momento por colocarme de perfil y observé que mi vientre estaba menos plano de lo habitual. No es que lo hubiera tenido yo nunca como una tabla de planchar, al estilo de mi mosqui, pero ahora menos.

Algo me había sugerido mi amiga Julia, que también asistió en Londres a nuestro enlace, pero

yo hice oídos sordos. Ningún síntoma había notado que indicara que ya llevábamos un bebé a bordo, pero la realidad imperaba y mi Sarah se había alojado en mis entrañas sin previo aviso.

Recuerdo la emoción del momento y cómo Arthur fue incapaz de esperar. Pese a que eran las tantísimas de la mañana, se echó a la calle y volvió provisto de un test de embarazo que no tardó más que unos minutos en revelar una realidad que nos hizo inmensamente dichosos.

Me cogió en brazos y me besó con suavidad durante un tiempo impreciso, pues yo estaba tan en las nubes como el día del globo aerostático y la pedida.

Unos meses después vino Sarah al mundo; pizpireta, rolliza y pelirroja con ojos verdes, como su papá.

Una auténtica muñeca que además era más buena que el pan y dormía prácticamente toda la noche del tirón, por lo que apenas nos estábamos dando cuenta de la crianza de la niña, salvo por eso de que salir de casa con tantos bártulos era todo un reto.

Y si lo era salir de casa, no digamos volar con ella a España, pero hacerlo para su bautizo era una idea irresistible a la que yo no estaba dispuesta a renunciar.

Por si esto fuera poco, viajar en aquella ocasión tenía un aliciente extra, que no era otro que conocer a Adela, la preciosa chinita que Eva y Abel acababan de adoptar. Sí, acababan porque, aunque en el momento de nuestro primer viaje a Londres mi amiga pensaba que ya lo tenía todo a punto de caramelo para su adopción internacional, posteriores problemas burocráticos hicieron que al final la cosa se torciera y que tardara mucho más de lo inicialmente previsto.

Dicen que lo bueno se hace esperar y así debía ser, porque al igual que Sarah, la pequeña Adela cayó sobre nosotros como una bendición y ambas niñas nos tenían sorbido el seso a todos. Y no digamos ya a Nerea, que ejercía a todas horas de hermana mayor de la chiquitina.

Aquella tarde mi niña se iba a cristianar, como decía mi abuela, y Arthur y yo íbamos a necesitar un babero tamaño gigante, porque Sarah nos tenía locos de amor.

Camino de la iglesia de mi barrio, y con mi pequeña en brazos, llegué a la conclusión de que había tenido que dejar muchas cosas en el camino para instalarme en Londres con Arthur, pero todo había valido la pena.

Miré mi reflejo en el suelo, con mi peque sonriente y con mi marido agarrando mi cintura y pensé que ningún otro reflejo en el mundo podría gustarme tanto como aquel. Mi hija y él me habían complementado de tal modo que yo ya no concebía la vida sin aquellos dos seres maravillosos que llenaban de alegría mis días.

Ese reflejo no me resultaba parecido en nada al de aquella otra mujer que antaño se dejó ningunear por individuos de la calaña de Israel y de Mario. Del primero nada volví a saber y del segundo sí manejaba cierta información por su hermana Andrea, que seguía siendo mi amiga y que estaba invitada al bautizo de mi hija.

Andrea me contaba que Mario, desgraciadamente, se manifestaba incapaz de centrarse en la vida y que al paso que iba se iba a quedar más solo que la una. La razón era muy sencilla; mujer en la que ponía los ojos, mujer que salía escaldada.

Que me lo digan a mí, que a punto estuvo el muy hijo de la gran china de llevarse por delante mi relación con Arthur. Gracias a Dios ahí estuvo rápida mi mosqui que tenía más huevos que el caballo de Espartero y a la que se le metió en la cabeza que el pelirrojo era para mí y yo para el pelirrojo.

Me encantó que mi hija se bautizara en la misma iglesia en la que lo hice yo. Durante toda la ceremonia, mi marido estuvo atento a ella y a mí, como hacía todos y cada uno de los días de nuestra vida, pues no podía ser más cariñoso y servicial.

No podía imaginar un mejor escenario para que Sarah se criara que nuestro hogar, en el que las risas daban siempre la bienvenida a todo aquel que tenía a bien acercarse a vernos, pues eran una constante en nuestra vida.

El hecho de que mi hija sonriera en vez de llorar al recibir el agua bendita, fue un motivo más de júbilo para su padre y para mí. Nuestra Sarah era una guerrera y eso nos llenaba de orgullo y satisfacción, aunque no fuéramos reyes, porque significaba que lograría en la vida lo que se propusiera.

Lo mismo nos sucedió en su día a Arthur y a mí; nos habíamos propuesto ser felices y lo estábamos consiguiendo con creces, comiéramos o no perdices...